

e-aquinas

Año 4

Septiembre 2006

ISSN 1695-6362

Este mes... **COR IESU, FONDS VITAE**
(Cátedra de Teología del IST)

Aula Magna:

JUAN ANTONIO MATEO, *Fuente de agua viva* 2-7

Documento:

PÍO XII, *Haurietis Aquas* 8-43

BENEDICTO XVI, *Carta al Preósito General de la Compañía de Jesús* 44-47
con motivo del I aniversario de la encíclica Haurietis Aquas

Publicación:

JOSÉ CALVERAS, *Comentario la encíclica Haurietis Aquas* 48-131

Noticia:

Congreso Internacional Cor Iesu, Fons Vitae 132

Comentario a la encíclica Haurietis Aquas

José Calveras, S.J.

Finalidad de la encíclica.

1. La celebración del primer centenario de la extensión a todo el orbe de la fiesta del Corazón de Jesús, decretada por Pío IX en 1856, ha dado ocasión al actual Pontífice para publicar una extensa encíclica acerca del culto debido al Sagrado Corazón. Toda ella va dirigida manifiestamente a intensificar la práctica de este culto, sea acrecentando todavía más su interés entre los devotos del Deífico Corazón, sea sobre todo despertándolo en aquellos «cristianos que no tengan éste nobilísimo culto en su debido honor y estima», entre los cuales a las veces se encuentran algunos «que se dicen animados de celo por la religión católica y por alcanzar la santidad» (316)¹.

Tema de la parte doctrinal

A este fin forma el núcleo de la encíclica una detenida exposición doctrinal, que de la Escritura, Santos Padres y teólogos, deduce las características y recoge las manifestaciones de la infinita caridad de Dios para con los hombres; y ello al objeto de que aparezca con todo su relieve «la excelencia incomparable y la inexhausta fecundidad en celestiales dones» del culto al Corazón de Jesús (315); no menos que la legitimidad de la forma en que lo ha aprobado la Iglesia. Porque la excelencia singular de la devoción al Corazón Divino y «sus perennes riquezas» (337) estriban en que su «naturaleza peculiar» (311) consiste precisamente en tributar a la infinita caridad de Dios el mismo culto que la religión católica le debe (316) y esto en forma excelente y mejor que las demás devociones. Y por otra parte la legitimidad de su forma actual queda a salvo, cuando la veneración moderna del Corazón físico como símbolo del amor divino, aparece como el término normal de la manifestación y proposición progresiva del infinito amor divino a la humanidad, a fin de moverla al debido retorno.

¹ «Haurietis aquas» AAS 48 (1956). Dentro del mismo texto y por la paginación de este volumen de «Acta Apostolicae Sedis», que registra la traducción literal, citaremos en adelante la encíclica de Pío XII.

Carácter y estilo.

Tal finalidad explica el carácter particular de la encíclica «Haurietis aquas», que conviene tener siempre presente, para no errar en su interpretación. No es ella una exposición doctrinal del culto o devoción al Corazón Divino, declarando y precisando su objeto, motivos, prácticas, etc., a la manera que Pío XI en la «Misericordissimus» expuso de intento la reparación y consagración; por ello en el desarrollo del programa que acabamos de esbozar no tiene lugar la exposición directa de estas y otras prácticas de la devoción, y asimismo es cuestión que queda algo al margen el precisar el objeto del culto o devoción al Corazón de Jesús. De los varios aspectos de este tema debatido la encíclica trata de lleno los que coinciden con puntos del programa fundamental, y toca de paso, o solo insinúa, los demás que de alguna manera se rozan con él.

Además, por el carácter manifiestamente apologético de la encíclica, el estilo no ayuda a la claridad de los conceptos. Insiste en ciertas ideas o conceptos de suyo complejos, repitiéndolos varias veces, siempre expresados en forma diferente, con nuevos pormenores. Sin una lectura detenida y la diligente comparación de los pasajes paralelos, no es dable acertar con el pensamiento completo y profundo del texto.

Siendo esto así, no carece de dificultad trazar el cuadro doctrinal del objeto del culto al Sagrado Corazón, según el verdadero pensamiento de la encíclica, ni basta el recurso a ella para zanjar definitivamente todas las recientes controversias acerca de tal objeto. Alguna en particular queda excluida definitivamente ante la insistencia con que se afirma la proposición contraria en la encíclica, la cual parece tomar entonces carácter dogmático.

Resumen de la exposición doctrinal.

2. Para que nuestro estudio, en la parte que se refiere al objeto del culto al Corazón de Jesús, se encuadre desde el principio dentro del marco general de la encíclica, daremos a manera de introducción una indicación sumaria de como desarrolla el texto pontificio su programa, notando de paso dónde se tratan los puntos que tocan a nuestro tema, o se resuelve alguna de las controversias actuales.

a) La infinita caridad de Dios.

Conforme al plan indicado, el texto declara, en primer lugar, las páginas del Antiguo y Nuevo Testamento, donde «se revela y propone la caridad infinita de Dios» hacia los hombres (315). Aparece esta puramente espiritual y divina antes de la encarnación del Verbo (317-322), y además humana, espiritual y sensible a la vez, en Jesucristo, dotado de perfecta naturaleza humana, no

menos que de naturaleza divina infinita, en unidad de persona (323, 324). Con esta ocasión enumera la encíclica varias veces las facultades de Jesucristo, a que se extiende la caridad acompañada de los demás sentimientos (voluntad divina y humana y apetito sensitivo con el corazón por complemento) (323, 327), expone su actuación y hace notar repetidamente la concordia que reina en el alma del Redentor, con otras particularidades de su psicología humano-divina (324, 328, 336, 338, 344). Reunidas todas las indicaciones, queda perfectamente descrito el corazón afectivo de Jesús.

Confirma luego la encíclica, con algunos pasajes de escritores eclesiásticos, la realidad de los sentimientos humanos, aun los sensibles, en Cristo (325-327), y termina con un recorrido de la vida terrestre y celestial del Redentor, a través de las repercusiones en sus sentimientos íntimos, que la variedad de las circunstancias provocaba en su Corazón, en el triple plano de la afectividad divina, espiritual y sensible (329-334). Por razón de tal participación de los sentimientos, considera la encíclica como dones del Corazón de Jesús la eucaristía, su Madre Santísima, la Iglesia, el sacerdocio y los sacramentos, y el mismo don del Espíritu Santo (331-335).

b) El culto debido al amor divino.

Al mismo tiempo se va declarando gradualmente cómo el culto al Corazón de Jesús enseña a practicar de manera excelente el culto debido al amor que el Redentor y la Trinidad Augusta tienen a los hombres todos (316). Porque el culto del Corazón de Jesús, tal como lo ha aprobado la Iglesia, «no es otra cosa, en suma, que el culto del amor divino y humano del Verbo Encarnado, y también el culto del amor con que a su vez el Padre celestial y el Espíritu Santo aman a los hombres pecadores, porque la caridad de la Trinidad Augusta es principio de la humana redención, en cuanto rebosando copiosamente en la voluntad humana de Jesucristo y en su adorable Corazón, le indujo, movido de la misma caridad, a derramar su sangre para redimirnos de la servidumbre del pecado» (338). «Siendo esto así, el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús es, por la misma naturaleza de las cosas, el culto del amor con que Dios nos amó por medio de Jesús, y al mismo tiempo el ejercicio de nuestro amor, que nos lleva a Dios y a los hombres» (345). Semejante declaración de la naturaleza del culto al Corazón Divino es prueba palmaria de que en el pensamiento de Pío XII el amor de la Augusta Trinidad para con el género humano entra directamente y por sí mismo en el objeto de este culto.

Importancia del culto al Corazón de Jesús.

«Por esta razón es tan importante» culto tal, «hasta ser considerado, en cuanto a la práctica y ejercicio, como la más perfecta profesión de la religión cristiana, porque es ésta la religión de Jesús, fundada toda en el Mediador

Hombre y Dios» (344); y, por otra parte, «los fieles, que rinden homenaje al Sacratísimo Corazón del Redentor, cumplen el deber, por demás gravísimo, que tienen de servir a Dios, y a la vez se consagran a sí mismos al Criador y Redentor con todas sus cosas, así sentimientos íntimos, como su actividad externa, y de esta manera observan aquel divino mandamiento: «Amarás al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza»². Tienen además «la firme convicción de que se mueven a honrar a Dios, no principalmente por el provecho propio corporal o espiritual, temporal o eterno, sino por la misma bondad de Dios, a quien pretenden rendir homenaje correspondiéndole con amor, adorándole y dándole las debidas gracias» (347)

El cuadro completo de los varios grados con sus prácticas propias, que integran el culto y la devoción al Corazón de Jesús, nos lo darían recogidas y ordenadas las varias indicaciones que el texto esparce acá y allá sin tocar este punto en apartado especial.

d) Legitimidad de la veneración del corazón físico.

3. En cambio es marcada su insistencia en justificar, contra el reparo de modernidad, la veneración particular del Corazón físico de Jesús, por su relación de imagen, símbolo, signo o índice con el amor del Redentor en los tres planos de su afectividad, divina, espiritual y sensible. En efecto, reconoce la encíclica que en cuanto al corazón de carne tal relación no se puede fundar en la Sagrada Escritura y; los doctores eclesiásticos: «Es indudable que en los Libros Sagrados nunca se hace mención cierta de un culto especial de veneración y amor tributado al Corazón físico del Verbo Encarnado, como símbolo de su encendidísima caridad» (317). Las citas bíblicas y eclesiásticas aducidas y aducibles, «aunque dicen claramente que Jesucristo sintió sensibles conmociones y afectos..., no obstante, nunca refieren estos mismos sentimientos a su Corazón físico, de manera que le señalen directamente como símbolo de su infinito amor» (326).

Los antecedentes que justifiquen tal finalidad manifestativa del Corazón simbólico de Jesús, para mover a los hombres al debido retorno de amor, los busca la encíclica en la proposición literaria del mismo amor en los libros sagrados, por medio de frases, imágenes, comparaciones y parábolas, en las obras con que el mismo Dios lo ha demostrado y proclamado, especialmente en la redención por la vida, pasión y muerte de Jesucristo, en la misma psicología natural de los sentimientos sensibles de Jesucristo y en la

² Mc. 12, 3.

piedad de los fieles hacia las sagradas llagas del Redentor, en especial la del costado, y por ella al corazón.

Anuncia Pío XII al principio de la exposición doctrinal, que «declararemos las páginas del Viejo y Nuevo Testamento, donde se revela y propone la caridad infinita de Dios para con el género humano, que jamás podremos escudriñar lo suficiente» (315). Y asienta como observación fundamental, de que no se puede dudar, «que la caridad divina hacia nosotros, que es la razón principal de este culto, tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento, se predica e inculca con imágenes sumamente conmovedoras» (317), las cuales «pueden considerarse como un anticipo (auspicium) del Corazón sacratísimo y adorable del Divino Redentor, que había de ser signo e índice nobilísimo del amor divino» (317).

En el Antiguo Testamento, que fue ley de amor, no menos, sino más que de temor, las semejanzas que «describen todas las relaciones y tratos existentes entre Dios y su nación», están «sacadas del amor recíproco de padre e hijos, o de los esposos, en vez de representarlos con imágenes severas, inspiradas en el supremo dominio de Dios o en la servidumbre que todos con temor le debemos» (318). «Ahora bien, tal amor de Dios tiernísimo, indulgente y longámene, que aunque desdeña por sus repetidas maldades al pueblo de Israel, nunca con todo llega a repudiarlo definitivamente, parece de verdad crecido y subido amor; pero no fue más que un augurio (auspicium) anunciador de la encendidísima caridad, que el Redentor prometido a los hombres, de su Corazón amantísimo, había de extender a todos, y que había de ser el ejemplar de nuestro amor y el fundamento del Nuevo Testamento» (319).

La manifestación máxima de la caridad divina es la obra de la redención, la cual es «primera y naturalmente un misterio de amor», de «amor justo de parte de Jesucristo para con su Padre celestial», por la satisfacción superabundante e infinita que le presentó para pagar las culpas de los hombres, y también de «amor misericordioso de la Augusta Trinidad y del Divino Redentor hacia la universalidad de los hombres», ya que por los méritos que Cristo nos ganó con su sangre, se «pudo restablecer y perfeccionar aquel pacto de amistad entre Dios y los hombres violado «en el paraíso terrenal por la desdichada caída de Adán, y después por los innumerables pecados del pueblo escogido» (321 s). Hace notar la encíclica que la obra de la redención humana tiene con respecto de la caridad divina dos relaciones, a saber, de efecto y de fin; es obra de la divina caridad para con los hombres, y es a la vez reclamo para mover al retorno de amor. «Repetida y claramente se lee (en los escritos de los Santos Padres), que Jesucristo asumió la naturaleza humana perfecta y nuestro cuerpo frágil y caduco precisamente para proveer a nuestra

salvación eterna y para manifestarnos y abrirnos con toda claridad su infinito amor, aun el sensible» (325).

Mas aún, «por medio del caduco y frágil cuerpo humano», sólo en el Redentor, «como Verbo Encarnado, se manifiesta a nosotros el divino amor, que comunica con el Padre y el Espíritu Santo (327); y «llegó la caridad divina al extremo de amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano con tantas maldades contaminado» (344), cuando la caridad de la Trinidad indujo a Jesucristo a derramar su sangre para redimirnos, inclinando su voluntad humana y conmoviendo su sensibilidad, como antes se dijo (n. 2). De esta suerte podemos venerar en el Corazón del Salvador «un signo y una como huella (quasi vestigium) de la caridad divina» (344), y considerar en él «como un compendio de todo el misterio de nuestra redención» (336).

Insiste la encíclica en poner de relieve el doble aspecto de efecto y fin, que tiene toda la actuación del Redentor en su vida, muerte y resurrección. «Sus palabras, actos, preceptos, obras milagrosas y especialmente aquellos hechos que más claramente muestran su caridad hacia nosotros (los dones de la Eucaristía, su Madre, la Iglesia y el Espíritu Santo), todas estas obras, repetimos, debemos admirarlas como documentos (o ejecutorias) de su triple amor» (328). Pero Jesucristo «quiso unir al don incruento de sí mismo bajo las especies de pan y vino el cruento sacrificio de la cruz, como principal documento de su íntima e infinita caridad» (333).

En busca de antecedentes manifestativos, acude la encíclica a la conmoción corporal de las emociones, que tienen su reflejo principalmente en la expresión del rostro y en los latidos del corazón. «Los evangelistas y los demás escritores eclesiásticos... frecuentemente ponen de relieve su divino amor y las conmociones sensibles que lo acompañan... según se traslucen por su rostro, palabras y ademanes. Principalmente el rostro de nuestro adorable Salvador fue el índice y como un espejo fidelísimo de aquellos afectos» (327), que como olas agitadas llegaban a alterar el mismo corazón físico. Semejante alteración del corazón, que se trasluce en los latidos, es el tema del recorrido de la vida sentimental de Jesucristo, que, como se dijo, traza la encíclica (329-334) (n. 2). Ésta nos recuerda que «debemos meditar con gran amor los latidos de su Sacratísimo Corazón, con los cuales pareció como que contase Él mismo el tiempo de su terrena peregrinación, hasta el supremo momento» de su muerte. «Entonces se paró y cesó la palpitación de su Corazón, y su amor sensible quedó suspenso, hasta que triunfando de la muerte se levantó del sepulcro» (328). La finalidad manifestativa de los latidos se hace resaltar en su reanudación en la vida gloriosa del Salvador. «El Corazón Sacratísimo

del Redentor, vencedor de la muerte, no ha dejado nunca, ni dejará de andar con imperturbable y plácido latido, ni cesará tampoco de significar su triple amor, con que el Hijo de Dios se une a su Padre celestial y a la universal comunidad humana» (329).

e) *La imagen simbólica.*

4. La figuración del amor en un objeto sensible, como el corazón, que lo metiese por los ojos, como vulgarmente se dice, representa el último paso en este proceso manifestativo, como evolución moderna de la antiquísima veneración de las llagas del Redentor, en especial la del costado. «Es persuasión nuestra, dice Pío XII, que nunca fue enteramente ajeno de la piedad de los fieles el culto con que veneramos el amor de Dios y de Jesucristo para con el linaje humano a través del augusto signo del Corazón traspasado del Redentor clavado en la cruz» (338). Si por Corazón traspasado entendemos la herida del Corazón de Jesucristo crucificado, esta afirmación parece muy llana y verdadera. Los fieles, adorando las llagas del crucificado, por la llaga del costado llegaban a la del corazón, y en ella veían un signo o señal de la caridad de Dios y de Jesucristo hacia el género humano. «De hecho nunca han faltado personas especialmente consagradas al Señor, que a ejemplo de la excelsa Madre de Dios, de los apóstoles y de insignes Padres de la Iglesia, tributaron culto de adoración, acción de gracias y amor a la santísima humanidad de Cristo, y sobre todo a las llagas que desgarraron su cuerpo en la pasión salvadora» (338).

«Pero aunque el Corazón herido del Salvador, esto es, la llaga de su Corazón, siempre ha atraído con gran fuerza a los hombres a venerar su infinito amor hacia el linaje de los mortales...; no obstante, hay que confesar que sólo poco a poco y progresivamente ha sido honrado con los homenajes de un culto particular el mismo Corazón, como imagen del amor humano y divino que radica en el Verbo Encarnado» (339). «Es de tiempos no lejanos a los nuestros la plena manifestación y admirable propagación universal en la Iglesia» de semejante culto, a consecuencia de revelaciones privadas a almas escogidas (338). Esto, no obstante, «no puede decirse de este culto, ni que debe su origen a divinas revelaciones privadas, ni que apareció de repente en la Iglesia, sino que brotó espontáneamente de la fe viva y de la ferviente piedad, que personas favorecidas con celestiales carismas, sentían por el adorable Redentor y sus gloriosas llagas, como testimonios de su infinito amor, capaces, como los que más, de quebrar los Corazones» (340).

La idea de símbolo en la herida del costado no fue desconocida, ni aun de los antiguos Padres y escritores eclesiásticos, al considerar a la Iglesia nacida del costado de Cristo por la sangre y agua que manó de la herida (333). Advierte la encíclica que «lo que aquí se escribe del costado de Cristo, herido

y abierto por el soldado, hay que aplicarlo a su Corazón, al que alcanzó sin duda el golpe de la lanza, asestado precisamente para que constase de manera cierta la muerte de Jesucristo crucificado» (334). Además en la misma herida del Corazón descubrió San Buenaventura una señal simbólica intencionada, no en el soldado que vibró la lanza, sino en el Señor que guiaba su brazo, cuando escribió las conocidas palabras: «Por esto fue herido (tu Corazón), para que por la herida visible viésemos la herida invisible de amor» ³(337). Con razón, pues, concluye la encíclica, «la herida del Sacratísimo Corazón de Jesús, pasado ya de esta vida mortal, constituye a través de los siglos la imagen al vivo de aquella caridad con que de propia iniciativa Dios dio a su Unigénito para redimir a los hombres, y Cristo nos amó a todos tan ardientemente, que se inmoló a sí mismo por nosotros como hostia cruenta en el Calvario» (334).

De aquí a tomar a todo el corazón con su herida simbólica en el mismo pecho de Cristo para formar con él una imagen del Corazón afectivo de Jesucristo, no había más que un paso, y lo dieron las revelaciones del mismo Corazón de Jesús a Santa Margarita, cuyo celo, con la ayuda del Beato La Colombière, «consiguió que este culto quedase establecido en una forma mucho más completa» (339). La importancia de tales revelaciones está, según la encíclica, en que «Cristo nuestro Señor, mostrando su Sacratísimo Corazón, quiso de modo extraordinario y singular atraer la atención de los hombres a contemplar y honrar el misterio del amor misericordiosísimo de Dios hacia el género humano. Ya que con esta peculiar manifestación Cristo, con palabras expresivas y reiteradas, señaló a su Corazón como símbolo que excitase a los hombres a conocer y reconocer su amor, y a la vez lo constituyó como señal (signum) y prenda (pignus) de misericordia y gracia para las necesidades de la Iglesia en nuestros tiempos» (340). Semejante apelación al testimonio categórico de Cristo en las revelaciones a la Santa de Paray, hecha por Pío XII en la seriedad de una encíclica, como última corroboración de su pensamiento sobre la razón de ser del corazón simbólico, y como motivo del «sumo aprecio» que merece esta devoción, «que el mismo Redentor nuestro se ha dignado proponer y recomendar al pueblo cristiano» (346), nos invita a que examinemos el mismo mensaje del Sagrado Corazón en los escritos de su confidente. Lo haremos en el cuerpo de nuestro estudio, como medio subsidiario para completar según el pensamiento del Papa los datos que la encíclica suministra.

³ SAN BUENAVENTURA. Opusc. X, *Vitis mystica*, c. 3, n. 5 (Quaracchi 1898) t. VIII, 164.

f) Participación en la vida y sentimientos de Cristo.

5. En contraste con empeño tan manifiesto a través de toda la exposición doctrinal por justificar el simbolismo del Corazón de Jesús, hasta fundar en él una razón especial del culto de latría al Corazón del Divino Redentor (316), queda muy en la penumbra la relación más íntima de este mismo Corazón con la vida física y afectiva del Salvador, que afirman de paso frases sueltas, como éstas: «Sin este excelentísimo miembro del cuerpo no puede darse la vida humana, hasta en lo que toca a los afectos» (324). «El Corazón Sacratísimo de Jesús, partícipe de la vida del Verbo Encarnado, de manera verdaderamente íntima, y aun empleado como instrumento de la Divinidad, no menos que los demás miembros de la naturaleza humana, en la realización de las obras de la gracia divina y la divina omnipotencia» (333). «El hecho de que el Verbo de Dios... se haya plasmado y como modelado un corazón de carne que, no menos que el nuestro, fuese capaz de sufrir y ser traspasado» (324).

Consiste tal relación en que el corazón, miembro físico, actúa no solo según las necesidades orgánicas del cuerpo, sino también acorde con el apetito sensitivo, como órgano o complemento suyo, para producir la conmoción corporal que acompaña más o menos a los sentimientos sensibles, y se manifiesta claramente durante las emociones, en la expresión alterada del rostro, y en el cambio de intensidad y ritmo en el pulso y en las palpitations del corazón, sólo perceptibles cuando el latido es intenso ⁴. Tales modificaciones son signo natural o índice de la existencia de los varios sentimientos sensibles.

De esta forma el corazón físico con sus latidos queda integrado en el corazón afectivo con el apetito sensitivo, en razón de complemento suyo, en el plano medio de la afectividad. Teniendo esto presente, se puede afirmar razonablemente que el corazón afectivo late cuando se excitan los sentimientos sensibles, al paso que en el plano superior actúa la voluntad con sus sentimientos espirituales. En Jesucristo, Dios y hombre en unidad de persona, la afectividad de la naturaleza divina lo dominaba todo con completa armonía y concordia, por la perfecta sujeción a la divina voluntad de toda la vida íntima del Verbo Encarnado (324) (n. 2).

g) El corazón afectivo en la encíclica.

6. Tal concepción del corazón afectivo y de su actuación en la vida íntima del Salvador, Dios y hombre en unidad de persona, está latente en las páginas de la encíclica, cuando se habla del Corazón Sacratísimo de Jesús, y asoma en indicaciones sueltas, esparcidas acá y allá en el texto, según su

⁴ CALVERAS, J. *La afectividad y el corazón según Santo Tomás* (Barcelona 1951) 74-81.

estilo propio en ir repitiendo los conceptos complejos en forma diferente con nuevos datos cada vez (n. 1). Esto nos explica que, al querer fijar el objeto del culto al Corazón de Jesús, según el nuevo documento pontificio, los comentadores hayan coincidido en señalar por tal el Corazón de Jesús como símbolo, y su amor en los tres planos, divino, espiritual y sensible, como cosa simbolizada; mientras están desacordes respecto del corazón ético o afectivo, de que se iba hablando últimamente en los estudios sobre la presente devoción. Unos dicen que la encíclica, sin excluirlo, no lo propone; otros afirman que lo excluye definitivamente, volviendo a la concepción tradicional más sencilla, y acabando así con las discrepancias en explicar el objeto de devoción tan fundamental en el cristianismo, que eran piedra de escándalo para alguno ⁵. Los tales parece que no han caído en la cuenta del carácter de la encíclica, que declaramos al principio, a saber, que no va principalmente a dar la doctrina definitiva sobre el objeto de esta devoción, sino a valorarla, mostrando su excelencia y vindicando su forma actual (n. 1).

Plan del trabajo.

7. Después de un estudio detenido y minucioso de la encíclica, completando con las ideas precisas sacadas así de su fondo, las que se proponen al descubierto en el texto, delinearemos el objeto del culto al Corazón de Jesús, que de este conjunto resulta.

Para proceder con orden, antes de entrar en esta exposición sintética del pensamiento pontificio, precisaremos qué amplitud hay que dar al concepto de culto, qué se entiende por su objeto, qué partes abraza, aplicando estas nociones por vía de ejemplo al culto del Corazón de Jesús según los escritos de Santa Margarita. Resumiremos luego lo que la encíclica propone sobre cada una de las tres partes del culto particular al mismo Corazón de Jesús: el corazón venerado, la imagen simbólica bajo la cual se le venera, y los motivos de su especial veneración, con alguna indicación acerca de los conceptos de índice, imagen y símbolo, sobre los cuales funda la encíclica un motivo especial para el culto de latría al Sagrado Corazón, y por fin daremos una breve idea de lo que el texto aporta a la devoción a la persona de Jesucristo en relación con su amor, es decir, a la persona del Corazón de Jesús. En el apéndice daremos alguna idea sobre las controversias recientes alrededor del objeto del culto, y qué posición guarda en ellas la encíclica de Pío XII.

⁵ Cf. NICOLAU, M. *La encíclica «Haurietis aquas»*. «Razón y Fe» t. 154 (1956) 283.

I. OBJETO COMPLETO DE LA DEVOCIÓN

8. Para concretar bien desde el principio qué debe entenderse por objeto del culto al Corazón de Jesús, empezando por la misma extensión que debe darse al concepto de culto, tomaremos el agua de más arriba, de los varios sentidos de la expresión Corazón de Jesús, con que designamos el objeto venerado.

A. GRADOS EN LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DIVINO

Dos sentidos de Corazón de Jesús.

Por «Corazón de Jesús» entendemos corrientemente el propio corazón de nuestro Salvador, así el órgano de carne escondido en su pecho, v. gr., al invocarle en las letanías: «Corazón de Jesús, traspasado por la lanza», como la sede y fuente de sus virtudes y sentimientos, al apellidarle en las mismas letanías: «abismo de todas las virtudes», «lleno de bondad y amor», excelencias que están en la voluntad y en la sensibilidad o apetito sensitivo de Jesús, y en su corazón de carne, no tomado aparte, sino en cuanto es complemento del mismo apetito sensitivo para producir la conmoción corporal concomitante del sentimiento sensible.

Pero no es menos corriente extender el nombre y entender por Corazón de Jesús, a Jesucristo amante, a Jesús corazón, a su misma divina Persona considerada en alguna manera en relación con su amor, como cuando decimos que el Corazón de Jesús lloró con las hermanas de Lázaro, acariciaba a los niños, cumplía siempre la voluntad de su Padre.

Dos partes de la devoción.

9. La distinción de los dos sentidos de «Corazón de Jesús», que acabamos de señalar, afecta también al objeto de esta devoción; porque puede ella proponerse venerar con culto especial al Corazón de nuestro Redentor, como se veneran sus llagas y aun los instrumentos de su pasión, o dirigirse a toda la persona de Jesucristo amante, a Jesús corazón, con fervorosa entrega a su servicio por el camino de su conocimiento y amor.

El culto al corazón, con su imagen, su fiesta litúrgica y sus prácticas particulares de piedad informadas de determinado espíritu, son el objeto inmediato de las revelaciones de Paray-le-Monial. Lo que el Señor encargó directamente a Santa Margarita Alacoque fue el establecimiento de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón y el ejercicio de otras prácticas de piedad, con que se diese culto público y privado de amor y reparación a su «Corazón de

Dios, bajo la figura del corazón de carne»⁶, caracterizado con los símbolos de cruz, corona de espinas, herida y llamas, y ello por la razón especial, así de lo mucho que nos ha amado, padeciendo y muriendo por nosotros, y quedándose en la eucaristía para ser sacrificio, alimento y compañía nuestra hasta el fin del mundo, como de lo indignamente que es correspondido en su amor por extraños y propios, y aun por sus más íntimos que le están consagrados. Todo lo que en este sentido se realice pertenece al culto particular del Corazón de Jesús⁷.

10. Pero la devoción al Corazón Deífico, además de este culto particular al mismo Corazón divino, que tiene razón de ser en sí mismo, abraza, como su natural desarrolló, la devoción a la misma persona de Jesucristo amante. Porque el reconocer y estimar mediante las prácticas de este culto los excesos con que Cristo nuestro Señor ha demostrado a los hombres su amor, lleva de suyo el conocimiento, amor e imitación de su persona divina; y por lo mismo su ejercicio frecuente y fervoroso da como fruto exquisito la vida de consagración a Jesús amante, que se reduce a cumplir exactamente nuestros deberes para con Dios y con el prójimo, y a seguir en todo los gustos de su Corazón, sólo por amor y en retorno del que nos ha mostrado. Esta fervorosa entrega al servicio de Jesucristo por amor forma la segunda parte, y es como el segundo grado, de la devoción al Corazón de Jesús, la cual porque mira más directamente al mismo Jesucristo en toda su persona, no pertenece ya propiamente al culto particular de su Corazón, sino a la devoción a la persona de Jesucristo amante, al Corazón de Jesús tornado por la persona de Jesucristo⁸.

Meta de la perfección.

11. Es de advertir aquí que ambos grados de la devoción al Corazón divino tienen por meta final la perfección cristiana y la santidad. Ello es así que creciendo el conocimiento de las perfecciones y virtudes de la humanidad de Cristo y de la infinita excelencia de su divinidad, puede llegarse al enamoramiento pleno de la persona de Jesucristo y de la misma divinidad, que robe todo el amor del corazón, con exclusión de todo otro amor que no sea en Dios y por Dios, a que se siga la total y perfecta entrega al servicio divino, para cumplir perfectísimamente la voluntad de Dios en todo, sin

⁶ Véase la narración de la segunda aparición del Corazón de Jesús a Santa Margarita en la carta 135 de ésta al P. Croiset (3-11-1689). GAUTHEY, *Vie et oeuvres de Sainte Marguerite Marie Alacoque* (Paris 1920), CALVERAS, J., *Los elementos de la devoción al Corazón de Jesús* (Barcelona 1955) 651 s.

⁷ CALVERAS, *Los elementos*, 22 s.

⁸ *Ib.* 24.

tener en cuenta para nada el querer, gusto y juicio propio, ni la propia gloria y conveniencia, sino la gloria y servicio de Dios únicamente. Con ello se habrá llegado a lo que es esencial de la perfección cristiana y se exige de todos para alcanzarla, a saber, al pasar a Dios todo el peso del amor del alma, y amar en Dios y por Dios todo lo demás, conforme a los dos grandes mandamientos de amar a Dios y al prójimo, renovados por Jesucristo, y al mismo tiempo se habrá alcanzado lo que constituye la suma de la religión, la devoción substancial o consagración total al culto y servicio divino, informada por la caridad o amor de Dios arraigado en el alma hasta mirarle como a otro yo. La adquisición real por sus pasos contados de estas disposiciones fundamentales en la santidad se hará manifiesta con la enmienda progresiva de las propias faltas y defectos y el perfeccionamiento constante de las acciones y obras, así en la vida privada como en la de relación con los demás.

Que a esta meta final o grado supremo apunta con los dos grados anteriores la devoción al Corazón de Jesús, lo afirma claramente Pío XI al tejer su máximo encomio en la encíclica «Misericordissimus», con estas ponderativas palabras que hace suyas Pío XII en la «Haurietis aquas». «En aquella práctica de piedad... ¿no es verdad que se contiene el compendio de toda la religión y aun la norma de más perfecta vida, como quiera que guía con más expedición las inteligencias a conocer profundamente a Cristo nuestro Señor, y mueve con más eficacia los Corazones a amarle con más intensidad, y a imitarle con más fidelidad?»⁹ (313 s). Según Santa Margarita, la perfecta entrega, fruto del pleno enamoramiento de Jesucristo, entra dentro del alcance de la consagración al Corazón Divino, en las almas que trabajan en ser perfectas, según la interpretación que de ella hacía al proponérsela¹⁰.

La Santa estaba íntimamente persuadida de la extraordinaria eficacia de la devoción al Corazón Divino para conducir las almas hasta la meta final de la perfección, cuando escribía: «No sé yo que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más propio para levantar un alma en poco tiempo a la más alta perfección, y hacerle gustar las verdaderas dulzuras que se

⁹ CALVERAS, *Los elementos*, 606.

¹⁰ Véase lo que escribe a la M. de Soudeilles, Superiora de Moulins: «Si deseáis llegar a la perfección que de vos desea, es menester hacer a su Sagrado Corazón un entero sacrificio de vos misma y de todo lo que de vos depende, sin reserva alguna, para no querer más nada sino por la voluntad de este amable Corazón, no tener afecto a nada sino por afecto a Él, no obrando más que por sus luces, no emprendiendo nunca nada sin pedirle primero su consejo y ayuda». CALVERAS, *ib.* 613.

encuentran en el servicio de Jesucristo»¹¹. Al fin descubre la raíz última de tan extraordinaria eficacia: «Es bien manifiesto, que no habría en el mundo quien no recibiera toda suerte de ayudas del cielo, si tuviera por Jesucristo un amor verdaderamente reconocido, cual se le demuestra por la devoción a su Sagrado Corazón»¹². Un amor tal rompe los diques que detienen las gracias de santificación, las cuales, derramándose entonces sin medida, dan eficacia extraordinaria a los medios de perfección establecidos en la ascética general cristiana.

Lo común y lo propio.

12. Un punto importante conviene hacer resaltar aquí. Siendo Jesucristo para todos el camino, la verdad y la vida¹³, y no pudiendo nadie llegar a la perfección y santidad, sino pasando por Él, mediante su conocimiento, amor e imitación, síguese que todos" los métodos o sistemas de vida espiritual han de encontrarse en Jesucristo para llegar a Dios, llámense Ejercicios espirituales de San Ignacio, vida y esclavitud mariana, infancia espiritual, abandono en Dios, don de la propia persona, etc., no menos que la devoción al Corazón de Jesús, y tanto son ellos más excelentes cuanto más segura y prontamente llevan a la concentración del amor en Dios y a la entrega consiguiente al perfecto cumplimiento de la divina voluntad, por el camino común y único del conocimiento, amor e imitación de Jesucristo.

Así, pues, en la actual devoción al Corazón Divino pertenecen substancialmente al fondo general de la ascética cristiana, en primer lugar, la meta final o grado supremo, a saber, la misma vida perfecta, de que es parte la plena y perfecta entrega al servicio divino, lo más subido a que alcanza la consagración al Corazón de Jesús (n. 11); y en segundo lugar, la devoción a Jesucristo, es decir, la vida de amor y consagración a Jesús amante con fervorosa entrega a su servicio por amor, segunda parte y grado de la devoción (n. 10). Lo propio y especial de ella se halla en su parte primera y primer grado, en el culto particular, público y privado al mismo Corazón de Jesús, plenamente constituido, con su imagen simbólica, fiesta litúrgica y prácticas propias, informadas del espíritu de amor de retorno, y de reparación de las injurias y expiación de los pecados, espíritu que puede animar todas las prácticas de vida espiritual de los otros grados, hasta convertirlas en actos de veneración y homenaje al mismo Corazón, ampliando así indefinidamente su culto.

¹¹ Carta 141 a su director. CALVERAS, ib. 707.

¹² Ib.

¹³ Io. 14, 6.

B. PARTES Y MOTIVOS DE LA DEVOCIÓN

13. La anterior distinción de dos partes o grados en la devoción al Corazón Deífico, aunque a primera vista parecerá una complicación nueva en el problema del objeto del culto, que nos ocupa, en realidad es fundamental para concordar algunas controversias actuales, empeñadas en reducir a un concepto único dos realidades distintas y paralelas, el culto y el servicio dentro del campo de la devoción, como se verá en el apéndice. Por lo mismo insistiremos ahora en los fundamentos teológicos de tal distinción de grados, analizando el concepto de devoción substancial, según la doctrina del P. Suárez en el 1. 2 «De oratione mentali et devotione» de su tratado «De oratione, devotione et horis canonicis»¹⁴.

Culto y servicio divino.

La devoción substancial, que merezca absolutamente el nombre de devoción en el sentido de dedicación o consagración al servicio divino por un propósito deliberado, pero sin promesa formal, la hace consistir el P. Suárez en la resolución general de entregarse al servicio de Dios por motivo de religión, informado de la caridad, «porque siendo general lo abarca todo en cierto modo, y por él parece el hombre dedicarse y consagrarse a Dios en cuanto se extiende, no sólo a ésta o aquella materia particular del culto divino, sino al servicio de Dios en toda su amplitud» (6, 14); la misma a que alcanzan las palabras con que San Ignacio propone el fin del hombre en el principio y Fundamento de los Ejercicios: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor» [23]. El «alabar y hacer reverencia» pertenece al culto divino, que mira directamente al honor debido a Dios por su infinita excelencia, manifestado con la alabanza y los actos externos de adoración; el «servir» coincide con el servicio de Dios, cumpliendo sus mandamientos y amoldándose a su voluntad y gusto en todo, porque es nuestro supremo Señor y Dueño soberano de todas las cosas, donde va comprendido el «elegir lo que más conduce para el fin que somos criados» [23] en cada caso particular, o lo que es lo mismo, el hacer la voluntad de Dios activamente, hacer lo que Dios quiere que haga hic et nunc. Culto y servicio integran la glorificación de Dios por la criatura, y constituyen su gloria extrínseca.

¹⁴ Tomo XIV de la edición Vivès (Paris 1859). Lo citamos dentro del texto con la cifra del capítulo correspondiente seguida del número marginal. Cf. CALVERAS, J., *Devoción substancial y accidental según Suárez*. «Manresa» 21 (1949) 66-68.

Motivos de la devoción.

14. La resolución de tributar a Dios toda la gloria posible, mediante el culto y servicio, puede fundarse en varios motivos: de religión, mirando a la excelencia y dominio de Dios en demostración de reverencia y sujeción, y por amor del mismo culto y servicio; de caridad, mirando a su infinita bondad y por pura amistad de Dios y por benevolencia y complacencia de su persona, amando la gloria divina; de esperanza, en cuanto a la glorificación de Dios corresponde el premio de la gloria; de amor de la virtud, por la bondad y ventajas espirituales que su práctica encierra, etc.; motivos laudables todos y provechosos (7, 19, 8, 11), aun los menos perfectos, a que será bien recurrir, cuando nos muevan más, conforme a la recomendación de San Ignacio a sus hijos en las Constituciones: «Siempre pretendiendo (en todas las cosas particulares) puramente el servir y complacer a la divina bondad por sí misma: y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas, ni esperanza de premios, aunque de esto deben también ayudarse»¹⁵. En el principio y Fundamento San Ignacio no propone ninguno de estos motivos, hasta el punto de callar el amor de Dios al proponer el fin del hombre [23], para que nadie venga a creer que hacer lo que más conduce al último fin exige obrar por motivo de caridad; basta cualquier motivo espiritual.

Según el P. Suárez, la resolución general de entregarse al culto y servicio de Dios sólo merece el nombre pleno de devoción, cuando nace del motivo de religión. El motivo de caridad le aventaja ciertamente, porque extendiéndose de por sí a la misma amplitud de objeto, es más noble en sí, él «principalmente hace pronta la voluntad del hombre para todo servicio divino, y de él más que de ningún otro se sigue la suavidad y deleite que suelen acompañar a la devoción» (7, 7), complementos ambos de la devoción fundamental (6, 5). Por todas estas razones opina el Doctor Eximio que la devoción, para ser perfecta, ha de reunir ambos motivos (7, 7).

C. VENERACIÓN DE UNA PARTE O ATRIBUTO. DEVOCIÓN A LA PERSONA

15. Establecidas las dos partes o sectores de la devoción, a saber, el culto y el servicio, veamos si pueden dirigirse y cómo, según la variedad de sus actos, a una parte o atributo de la persona, v. gr. el corazón.

¹⁵ Const. S. I., p. 3, c. 1, n. 26.

Grados de culto.

Culto es el reconocimiento de la excelencia de otro, conociéndola y apreciándola en el interior, y manifestando el aprecio exteriormente con la alabanza y muestras de respeto y honor. Tal reconocimiento se convierte en veneración, si considera la superioridad de la excelencia en la persona honrada, y puede llegar a la adoración, si implica protesta de sujeción al que está investido de autoridad y dominio. En la adoración caben grados, desde la suprema o latría, que se debe a solo Dios, Criador y Señor de cuanto existe, hasta la ínfima o dulía, que corresponde a los santos y siervos de Dios, que reinan en la gloria, pasando por la hiperdulía, propia de la Madre del Verbo Encarnado, y la protodulía, peculiar de San José, esposo de María y custodio del divino Infante, relacionado así con el orden de la unión hipostática.

A qué se aplican.

La veneración y adoración se tributan a la persona según el grado de su dignidad, y participan de ella las partes que naturalmente la constituyen, el alma y el cuerpo, con cada una de sus facultades y miembros, y las virtudes, cualidades y perfecciones de que la persona está adornada. Así, por razón de la divina maternidad, que la relaciona próximamente con la divinidad, se debe a María alabanza y veneración, más que a todos los ángeles y santos, con culto de hiperdulía. Y objeto de tal culto es ante todo la persona misma de la Santísima Virgen, a quien se dirige por su dignidad, y puede serlo además su alma con todas sus potencias, y su cuerpo con sus sentidos y miembros, que como pertenecen a su persona participan también de su dignidad, aunque por sola esta razón no se les suele venerar particularmente.

Pero aparte de la divina maternidad, existen en la Santísima Virgen otras excelencias y perfecciones, que merecen también honor y veneración por su valor en sí, aun prescindiendo de que están en la persona excelentísima de la Madre de Dios, de cuya dignidad participan. Si ellas sobresalen en alguna parte de la Virgen, darán motivo a que se la venere con culto especial.

Tal ha sucedido con su purísimo Corazón, que por las particulares excelencias que en él brillan, ha sido objeto de veneración en todos los tiempos, ora espontánea y como implícita en la devoción general a la Madre de Dios, según se trasluce en los Santos Padres y escritores eclesiásticos y en la liturgia antigua, ora organizada aparte y admitida gradualmente en la liturgia moderna desde los primeros ensayos de San Eudes¹⁶.

¹⁶ CALVERAS, *Los elementos*, 82-84.

16. Adviértase aquí que, aunque el culto tributado a una parte de la persona termina finalmente en la persona misma, de quien son en último termino las excelencias de la parte especialmente venerada; con todo no se pueden tributar a la parte todos los actos de culto que corresponden a la dignidad de la persona en sí misma considerada, como son los que implican sujeción y reconocimiento de superioridad y dominio, v. gr., la consagración, o miran al honor de la persona, como la reparación de las ofensas. Tales actos deben dirigirse a la persona venerada, aunque pueden a la vez enderezarse a su corazón por alguna razón particular o como devoto homenaje ¹⁷.

Respecto de la consagración del género humano al Corazón de Jesús, declaró expresamente León XIII en la encíclica «Annum sacrum», donde la proponía, que aunque es «razonable consagrarse a su augustísimo Corazón», porque el venerarle bajo su imagen simbólica «nos mueve a la mutua correspondencia de amor», esto, «sin embargo, no es más que entregarse y obligarse a Jesucristo, ya que todo honor, servicio y culto rendido al divino Corazón, al mismo Cristo verdadera y propiamente se tributa» ¹⁸. De hecho la fórmula de consagración propuesta por León XIII va dirigida al «Dulcísimo Redentor del género humano», y a Jesús se hacen todas las súplicas, apellidándole, «Oh Señor»¹⁹. Pío XII, al consagrar el género humano al Inmaculado Corazón de María en 1942, en la fórmula de consagración, inspirada en la de León XIII, expresó con toda claridad el verdadero sentido del acto, al emplear tres veces las palabras «a Vos, a vuestro Corazón Inmaculado», en las mismas frases que expresan la consagración. El acto va dirigido a la persona de la Santísima Virgen, «Reina del Rosario, auxilio de los cristianos, refugio del género humano, vencedora de todas las grandes batallas de Dios»²⁰.

¹⁷ Por parecido motivo la imagen de la parte venerada, separada del resto del cuerpo que representa a la persona, no debe ponerse en los altares, porque propiamente en el altar sólo debe estar una imagen, a la que se puede rendir plenamente, aunque relativo, el culto de latría o dulía el cual de suyo se dirige a la persona venerada, para reconocerle sujeción. Sus partes, aunque por participar de la dignidad de la persona, son acreedoras al mismo culto, pero presentadas aparte y como separadas, no pueden suplir a la persona, para recibir la plena veneración presidiendo en el altar. Según la respuesta del Santo Oficio de 26 de agosto de 1891, las imágenes que representan el Corazón solo, separado del resto del cuerpo de Jesús, «solo pueden permitirse por devoción particular, con tal que no se expongan a la veneración pública en los altares». «Il monitore ecclesiastico» 9 (1895-1896), p. I, 32. Cf. CALVERAS, *Los elementos*, 102.

¹⁸ CALVERAS, *Los elementos*, 580 s.

¹⁹ Ib. 583 s.

²⁰ AAS 34 (1942), 317-319. Cf. CALVERAS, *Los elementos*, 147.

Lo que acabamos de observar se aplica por igual a la reparación. Las injurias hechas a la eucaristía, por ejemplo, ofenden en último termino a la persona misma de Jesucristo, y así el pedir perdón para repararlas, ha de ser a su persona ofendida; pero el acto de desagravio puede hacerse a honra de su Corazón, por la pena que le han causado, y aun dirigirse al mismo Corazón de Jesús. El acto de desagravio, prescrito por Pío XI para el día del Sagrado Corazón, se dirige a Jesucristo: «Oh dulcísimo Jesús», «Oh benignísimo Jesús»²¹.

Servicio a la persona.

17. Por motivo de religión es debida la dedicación o consagración al servicio divino, en reconocimiento del dominio absoluto que sobre todas las cosas tiene Dios, Criador de ellas. Siendo supremo Señor y Dueño soberano de cuanto existe, a Él corresponde la plena sujeción de la criatura libre, mediante el cumplimiento de sus mandamientos y amoldándose a su voluntad y gusto en todo. A Jesucristo, Señor de todos los hombres, por su filiación natural como Hijo de Dios, y por derecho de conquista, como su Redentor, todos le deben pleno servicio. Y al servicio de los fieles en grado correspondiente es acreedora también la Santísima Virgen, reina con su Hijo de la heredad de Dios, por ser Madre del Verbo Encarnado y corredentora de los hombres.

Ahora bien, constituyendo la persona toda, y no sus partes consideradas en sí, el sujeto del dominio, a la persona y no a sus partes se presta propiamente el servicio. De donde se sigue que la devoción, que abrace culto y servicio, habrá de terminar también en la persona como su objeto directo. Aplicando esta conclusión a la devoción a los Corazones sagrados de Jesús y María, si la devoción se entiende en toda su amplitud, abrazando culto y servicio, habrá de tener ella dos objetos, el Corazón y la Persona de Jesús y María, y constará de dos grados o partes, culto particular al Corazón y entrega general al servicio de la Persona.

Cabe también aquí dirigir al Corazón los actos de servicio, indirectamente como devoto homenaje (n. 16), e imbuirlos del espíritu de reparación y amor propios del culto. «Pasar toda la vida en espíritu de reparación» propone Pío XI en su encíclica «Misericordissimus» como último medio para cumplir con la reparación al Corazón de Jesús, después de «empeñarse en resarcir el honor ultrajado de la divina majestad, sea orando sin cesar, sea con penitencias voluntarias y llevando con paciencia las desgracias que ocurran»²².

²¹ AAS 20 (1928) 179. Traducción oficial 182, CALVERAS, *Los elementos*, 618 s.

²² AAS 20 (1928) 176, CALVERAS, *Los elementos*, 616.

Armonía práctica.

18. De esta manera estas dos partes o grados en la devoción pueden armonizarse en la práctica sin confundirse y complicar la vida de piedad. Jesucristo quiere que honremos particularmente a su Corazón, por lo mucho que nos ha amado y ha sufrido por nosotros y de nosotros, y en este aspecto el culto de su Corazón tiene razón de fin en sí mismo, y no puede llamarse devoto del Corazón de Jesús quien prescinde por completo de tributar culto particular a su Corazón ; pero tal culto, más que en prácticas particulares podrá consistir mejor en dirigir a su honor todos los actos de la vida, imbuyéndolos en espíritu de amor y reparación, con una intención habitual y virtual, renovada de vez en cuando, a lo menos en el ofrecimiento diario del Apostolado de la Oración. Pero la devoción al Corazón de Jesús ha de pasar a la vida de entrega a Jesucristo por amor en retorno del que nos ha tenido, y ha de llegar a la perfecta consagración al amor divino con el cumplimiento cada vez más completo y amoroso de la divina voluntad; y para ello es estímulo eficaz la consideración y veneración del Corazón de Jesús y del mismo Dios, penetrando en los móviles últimos de toda su actuación ad extra, a saber, su infinita caridad y misericordia.

Antes de pasar adelante a precisar más el doble objeto, corazón y persona, de la devoción al Corazón Divino, entraremos por la encíclica de Pío XII, para averiguar qué eco tienen allí las ideas expuestas sobre las partes y grados de la devoción.

D. AMPLITUD DE LA DEVOCIÓN EN LA ENCÍCLICA

19. Ambas partes y grados y la meta final se tocan en la encíclica de Pío XII, pero sin entablar distinción entre ellos, englobándolos en el culto del Corazón de Jesús, entendido en el sentido general de devoción al Corazón Divino.

En la misma introducción, al mencionar la naturaleza íntima del culto que se debe dar al Corazón de Jesucristo, incluye en él la encíclica el servicio mediante la consagración al amor del Redentor, y el amor plenamente concentrado en Dios, como garantía del perfecto cumplimiento de la divina voluntad:

«Si consideramos su naturaleza peculiar, así como es manifiesto que este culto es un excelentísimo acto religioso, en cuanto exige de nosotros una plena y entera voluntad de entrega y consagración al amor del Divino Redentor, del que es índice al vivo y signo el Corazón herido, así consta igualmente, profundizando un poco más, que este mismo culto pretende

principalmente, que al amor divino respondamos nosotros con nuestro amor. Pues sólo en virtud de la caridad se obtiene que el espíritu humano se sujete plena y perfectamente al dominio de la Deidad excelsa, a saber, cuando nuestro amor así se aficiona a la divina voluntad, que viene a hacerse una cosa con ella, según aquella sentencia: «Quien se adhiere al Señor, un espíritu es con Él»²³ (311).

En el texto que copiamos en la introducción (n. 2) se tocaba la consagración de sí mismo y de todas sus cosas, así sentimientos como actuación exterior, al Criador y Redentor, como medio de cumplir el deber gravísimo de servir a Dios y observar el gran mandamiento del amor de Dios y del prójimo, ello con la seguridad de proceder sinceramente por amor (337). Además, Pío XII hace suyo el texto de Pío XI, que ve contenido en esta devoción el compendio de toda la religión (por esta entrega total al servicio divino), y aun la norma de más perfecta vida, por las ventajas con que lleva al pleno conocimiento, amor e imitación de Cristo (313 s) (n. 11).

Grados en particular.

Recojamos las indicaciones correspondientes a cada grado. Entre las prácticas del culto particular entran el amor y la reparación. De ellas hablan estos textos: «Sus prácticas fundamentales, es decir, los actos de amor y reparación con que se honra el amor infinito de Dios para con el linaje de los mortales, en manera alguna están contaminadas del llamado materialismo y de superstición» (342); «Santa Margarita... consiguió... que este culto... por sus características de amor y reparación se distinguiese de las demás prácticas de piedad cristiana» (339); «Las recompensas que Cristo nuestro Señor en revelaciones privadas ha prometido, son para que los hombres cumplan con más ferviente interés los deberes principales de la religión cristiana, de amor y reparación, y así miren lo mejor posible por su propio provecho espiritual» (347). Censura la encíclica a los que tienen por poco acomodada esta devoción a nuestros tiempos, porque pide principalmente penitencia, expiación, y las demás virtudes, que llaman «pasivas» (312), y alaba entre las instituciones modernas las pías obras de reparación (314). Finalmente, muestra el vivo deseo de que «el pueblo cristiano celebre solemnemente este centenario en todas partes con públicos homenajes de adoración, acción de gracias y reparación al Divino Corazón de Jesús» (353). La correspondencia de amor se menciona en otros textos (311 346 347).

Otros actos del culto son la adoración (345 347 353) y la acción de gracias (345 347 353). Advierte la encíclica a todos, que estén persuadidos de que «en el culto al

²³ 1 Cor. 6, 17.

Augustísimo Corazón de Jesús no son lo más principal e importante las prácticas externas de piedad, y que el motivo de abrazarlo no han de ser principalmente las recompensas prometidas en revelaciones privadas» (347).

20. Respecto del segundo grado, menciona otra vez el texto la imitación de Cristo, al advertir que «el culto se dirige al amor de Dios hacia nosotros..., para vivir a su imitación» (345). Además de los dos lugares ya citados, que hablan directamente de la perfecta consagración al Divino Redentor, trae a colación con alabanzas las consagraciones de las familias, colegios, instituciones y aun naciones al Corazón de Jesús, promovidas muy particularmente por el Apostolado de la Oración bajo los auspicios del Papa (314), y al fin recuerda la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús por obra del Sumo Pontífice (348).

Meta final.

La meta final se insinúa en la encíclica, al proponer el cumplimiento perfecto del mandamiento del amor de Dios por motivo de caridad, de que hemos visto ejemplos. De otro modo todavía se expresa lo mismo: «Este culto tiene por fin que llevemos a la perfección más acabada nuestro amor a Dios y a los prójimos, cumpliendo cada día con más diligencia el mandamiento nuevo» del Divino Maestro, «que os améis unos a otros, así como os amé»²⁴ (345).

Por fin, la principal recomendación que Pío XII desarrolla, para que los fieles no estimen esta devoción como «una práctica piadosa ordinaria, que cada cual pueda a su gusto posponer a las demás, y aun tenerla en menos», está en que «es un religioso homenaje sumamente apto para conseguir la perfección cristiana» (346), porque incluye la pronta entrega al servicio divino por amor.

«En efecto, si la devoción, según el mismo concepto teológico común, expresado por el Doctor Angélico, no parece ser otra cosa, que «una voluntad de dedicarse prontamente a cuanto pertenece al servicio de Dios»²⁵, ¿puede haber servicio de Dios más debido y necesario, ni más noble y suave, que el que se presta al amor? Y ¿qué cosa puede haber más grata y acepta a Dios que el servicio que se hace a la caridad divina, y que se le presta por amor? Ya que todo servicio voluntario en cierto modo es un don, y el amor «constituye el primer don, y es origen de todos los dones gratuitos»²⁶. Es digna, pues, de sumo aprecio una práctica religiosa,

²⁴ Io, 13, 34.

²⁵ *Summa theol.* 2-2 82 1.

²⁶ *Ib.* 1 38 2.

mediante la cual el hombre honra y ama más a Dios, y con más facilidad y expedición se consagra a la caridad divina» (346).

Un reflejo de la mentalidad de la encíclica en este punto puede verse en la manera de nombrar la devoción al Corazón de Jesús. Lo ordinario es llamarla culto (62 veces se emplea esta palabra a este fin), pero también se la designa con otras expresiones de significación más comprensiva, como forma (práctica), acto, género, obsequio de religión, de piedad, de devoción (unas 26 veces). La palabra «obsequium» homenaje, interviene además sola (5 veces), y aplicada a la expiación «homenajes de reparación» (353). No se puede, pues, argüir, de la manera de nombrar esta devoción, que la encíclica reconoce solamente el culto al Corazón de Jesús, antes bien, de todo lo que antecede parece claro que extiende más su contenido.

Por culto al Sacratísimo Corazón entiende la devoción plena y perfecta, esto es, la que abraza el culto y el servicio, y este por amor de caridad. El culto va dirigido al Corazón de Jesucristo en particular, el servicio a la misma persona del Salvador, el Verbo Encarnado, aunque puede ser enderezado al Corazón como homenaje de amor (n. 17). Por tanto, el objeto de la devoción al Corazón Divino es doble, según la encíclica, su Corazón y su misma Persona, y a ambos representa la imagen del Corazón (336).

Esto averiguado, y dejando para el fin tratar de la devoción a la persona de Jesús amante, precisemos ahora que se entiende por Corazón de Jesús, objeto del culto particular.

E. EL CORAZÓN Y SU REPRESENTACIÓN

21. Es preciso llamar la atención sobre los varios sentidos propios que tiene la palabra corazón en el uso corriente, como los tiene en la Sagrada Escritura y los escritores eclesiásticos, porque parece que se quieren desconocer al tratar de la devoción al Corazón Divino, ya que predomina aún el arraigado prejuicio de no entender bajo esta designación sino el corazón físico a solas.

Sentidos de la palabra corazón.

El significado primario de la palabra corazón es el órgano de carne encerrado en el pecho. Porque está en el interior y en medio de la cavidad torácica, ha dado pie a llamar corazón a lo que está en el interior y en medio o en el centro de otras cosas (corazón del mar, o del invierno, o de un árbol o fruta, el corazón o centro del escudo, etc.). Así también, refiriéndonos al interior del hombre, damos el nombre de corazón a su vida íntima, a su parte superior, al alma y a sus potencias, así cognoscitivas como volitivas (corazón

afectivo en sentido lato). Esta práctica es corriente en la Sagrada Escritura²⁷. Extendiendo este significado, atribuimos corazón a Dios, a los ángeles y a los bienaventurados, que no tienen corazón de carne. Finalmente, porque los sentimientos repercuten en los latidos del corazón, designamos con esta palabra la vida afectiva, las potencias (voluntad y sensibilidad o apetito sensitivo, que incluye el corazón de carne como órgano complementario), y sus actos (los sentimientos y tendencias espirituales y sensibles) (corazón afectivo en sentido estricto). Esto es lo que en lenguaje moderno se llama afectividad en sus sectores superior o espiritual, correspondiente al conocimiento intelectual, y medio o central, guiado por la imagen o representación imaginativa²⁸. Finalmente, porque en la vida afectiva entra la parte moral y la responsabilidad de los actos, por corazón se entiende a las veces la misma persona del hombre, sujeto de la responsabilidad.

No es metáfora.

22. El empleo de la palabra corazón en tales sentidos no es metafórico, porque ya con el uso se han hecho propios y han perdido el poder evocador de la metáfora. De la misma manera que no es metáfora llamar arañas a las lámparas de las iglesias, que cuelgan del techo, porque ya no suscita esta

²⁷ Así lo reconoce San Roberto Bellarmino en estas palabras:

«El corazón se toma en las sagradas letras por toda el alma, es decir, para significar todo el hombre interior, ya que por esta razón se contrapone a la carne o al cuerpo: "El limpio de *manos* y puro de *corazón*" (Ps. 29, 4). "Salta de júbilo mi corazón y mi carne por el Dios vivo" (Ps. 83, 3). "Y nuestro ornato no ha de ser el exterior..., sino el oculto en el corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo" (1 Petr. 3, 3). Por lo cual no es de maravillar, si se atribuyen al corazón los actos, así del entendimiento, como de la voluntad, hallándose una y otra facultad en el hombre interior» (*De iustificatione*, Opera VI, 248).

Los sentidos que ha tenido la palabra corazón han sido estudiados en el número de «Études Carmélitaines» 29 (1950), dedicado al corazón: A. GUILLAUMONT, *Les sens des noms du coeur dans l'antiquité*, 41-81; J. DORESSE, *Le coeur et les anciens égyptiens*, 82-87; ADIDEVANANDA, *La notion du coeur dans la vie spirituelle de l'Inde*, 88-95; L. MASSIGNON, *Le coeur (al galb) dans la prière et le méditation musulmannes*, 96-102; J. LHERMTTE, *Le coeur dans les rapports aux états affectifs*, 34-38; F. DOLTO, *Le coeur expression symbolique de la vie affective*, 34-35.

Pueden consultarse los diccionarios en la palabra correspondiente: *Dictionnaire de spiritualité* (VILLER-BAUMGARTNER), Cor 1, 2, 3, 4 (2, 2278-2357); A. BLAISE, *Dictionnaire latin français d'auteurs chrétiens* (Strasbourg 1954) 223; W. BAUER, *Griechisch-Deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neuen Testaments und der übrigen urchristlichen Literatur* (Berlin 1952) 721-733. Cf. SOLANO, J., *Sacrae theologiae summa* (B A C, ed. 3.^a 1956) 224 s.

²⁸ CALVERAS, *Los elementos*, 44-46.

palabra, tomada en este sentido, la imagen del insecto de ocho patas que se descuelga del techo en su hilo, de donde les proviene su nombre a las lámparas colgantes.

No usaba de ninguna metáfora Jesucristo, al declarar a sus apóstoles, que lo que mancha al hombre no es lo que entra, sino lo que sale por la boca. «Lo que sale de la boca procede del corazón, y eso hace impuro al hombre. Porque del corazón provienen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias»²⁹. Pero los malos pensamientos y las obras perversas no proceden del corazón de carne, sino del corazón afectivo, de la sensualidad mal inclinada y de la voluntad que consiente a sus sugerencias. Asimismo sin metáfora y de su corazón afectivo hablaba Jesucristo en el evangelio, cuando invitaba a todos los fatigados y agobiados a tomar sobre sí su yugo: «Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón, y cuando abriendo su pecho mostró el corazón a Santa Margarita, diciendo: «He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres»³⁰. De un mismo y único corazón, con el cual era manso y humilde y a la vez nos ama, se debe entender la palabra corazón en las dos frases del Señor, porque estaría fuera de toda razón suponer en Jesucristo dos Corazones, el uno fuente de su humildad y mansedumbre, y el otro origen y sede de su amor. Ahora bien, este único corazón de Jesús, manso, humilde y también amante, de ninguna manera puede ser su corazón de carne, tornado separadamente de su voluntad y apetito sensitivo, que son las potencias productoras y el asiento propio de las virtudes y el amor.

Pero, según la mentalidad dominante, Jesucristo mostró a Santa Margarita su corazón físico, y a él sólo refería sus expresiones de amor agotador y mal correspondido. Todo lo que además se quiera incluir, pertenece al corazón metafórico, según la nomenclatura seguida en tratados actuales. Estos suelen distinguir tres Corazones para explicar el objeto de las devociones al Corazón de Jesús y de María: el corazón físico, o la víscera de carne que dirige la circulación de la sangre, el corazón metafórico, o el amor y la vida íntima, significada por la expresión metafórica de corazón, y el corazón simbólico, o el corazón físico en cuanto que es emblema del amor o significa el mismo amor. Así ALASTRUEY, G., en su *Tratado de la Virgen Santísima*³¹.

²⁹ Mt. 15, 11 18 19.

³⁰ Mt. 11, 28 29.

³¹ BAC (Madrid 1949), 845 s.

Pensamiento de San Eudes.

23. Muy otro era el pensamiento de San Eudes acerca del Corazón de María: «Si me preguntáis qué se entiende por Corazón de la Santísima Virgen, yo os ruego que consideréis, que este nombre tiene diversas acepciones en la Sagrada Escritura. Significa el corazón material o corporal que llevamos en el pecho..., la facultad y capacidad de amar, que puede hallarse en la parte superior e inferior del alma, tanto natural como sobrenatural, así como el amor, tanto humano como divino, que procede de esta facultad..., la memoria..., la inteligencia..., la libre voluntad de la parte superior y racional del alma... Otras veces da a entender todo el interior del hombre, es decir, todo aquello que puede considerarse como el alma de su vida interior y espiritual». Y termina el Santo: «Yo os digo que por Corazón de la gloriosa Virgen se entienden todos estos... significados que os he expresado, todos los cuales unidos no forman sino un solo corazón de la Madre de amor. Pero entendemos y deseamos reverenciar en primer lugar y principalmente esta facultad y capacidad de amor, tanto natural como sobrenatural, que existe en esta Madre de amor, la cual siempre ha sido empleada por ella en amar a Dios y al prójimo»³². Esta misma concepción supone, al hablar del culto al Corazón de Jesús en el libro 12 de su magna obra *El corazón admirable de la Santísima Madre de Dios*³³.

El mensaje del Corazón de Jesús.

24. Coincide con San Eudes el mensaje del Sagrado Corazón a Santa Margarita, que Pío XII aduce como última corroboración de su pensamiento sobre la razón de ser del corazón simbólico (n. 4). He aquí la parte que nos interesa del primer comunicado, el más explícito:

³² CAMPANA, *Maria nel culto católico* (Turín 1954) II 193 s.

³³ Este libro se intitula «Del divino Corazón de Jesús», contiene 20 capítulos, seguidos de 17 meditaciones en dos series, y termina con las letanías del Divino Corazón. El P. Bainvel da los títulos de los capítulos e indica los temas de las meditaciones. (*La devoción al Corazón de Jesús*, (Barcelona 1922) 349-352). He aquí algunos de estos títulos o temas, por los que se adivina su pensamiento:

Cap. 11. «Que el Corazón de Jesús no es sino uno con el Corazón del Padre y del Espíritu Santo, y que el Corazón adorable de las tres divinas Personas es un horno de amor hacia nosotros.»

Segunda serie. Meditación quinta. «Que el Corazón de Jesús es el principio de la vida del Hombre-Dios, de la vida de la Madre de Dios y de la vida de los hijos de Dios.»

Meditación sexta. «Tres corazones de Jesús, que no forman sino un corazón. Son el Corazón divino, el Corazón espiritual y el santísimo Corazón de su cuerpo deificado.» (Ib.).

«Y me hizo ver que el ardiente deseo que tenía de ser amado de los hombres y de apartarlos del camino de perdición..., le había hecho formar el designio de manifestar su Corazón a los hombres, con todos los tesoros de amor, misericordia, gracia, santificación y salvación que contenía, a fin de que a cuantos quisiesen rendirle y procurarle todo el honor, amor y gloria, que estuviere en su poder, los enriqueciese Él con abundancia y profusión de estos divinos tesoros del Corazón de Dios, que era la fuente de ellos, al cual era menester honrar bajo la figura del corazón de carne, cuya imagen quería que fuese expuesta, y que yo la llevase encima sobre el corazón, para imprimir en él su amor, y colmarlo de todos los dones de que estaba lleno, y para destruir todos los afectos desordenados. Y que derramaría sus gracias y bendiciones, dondequiera que esta santa imagen se expusiese para honrarla»³⁴.

Fijémonos en las palabras que hemos subrayado en el texto; «al cual (el Corazón de Dios) es menester honrar bajo la figura del corazón de carne», donde se propone el objeto directo del culto.

El Corazón de Dios está aquí por el Corazón de Jesús, como es claro, con sólo reparar en el contexto. Se habla de los tesoros divinos de amor, misericordia, gracia, etc., con que Jesucristo quiere enriquecer a cuantos quisieren rendir y procurar a su Corazón todo el honor, amor y gloria que estuviere en su poder, y a este fin forma el designio de manifestar su Corazón con todos estos tesoros. Ahora bien, de tales tesoros se dice que es su fuente el Corazón de Dios, y como el área que los contiene, el Corazón de Jesús. No hay aquí dos Corazones, sino dos expresiones o metáforas de una misma realidad, el Corazón de Jesús, merecedor y depositario de tales tesoros.

Por el Corazón de Jesús, Corazón de Dios, se entiende aquí la afectividad humana y divina de Jesucristo, su Corazón afectivo; porque es manifiesto que el corazón de carne, tornado aisladamente, no es la fuente de los divinos tesoros enumerados en el texto, que el Divino Redentor nos ganó entregándose voluntariamente a la muerte, movido de la divina caridad que reinaba en su voluntad y sensibilidad; ni es menos manifiesto que tales tesoros no los guarda materialmente el órgano del pecho de Jesús; y, por fin, bastantemente indica la afectividad divina en el Corazón venerado la misma expresión Corazón de Dios, fuente de los divinos tesoros de amor y misericordia, que no es otra que la divina caridad y misericordia, fuente inagotable y tesoro infinito.

³⁴ Carta 133 al P. Croiset (3-11-89). CALVERAS, *Los elementos*, 651.

Sensibilización del objeto.

25. El mensaje del Sagrado Corazón habla de la figura del corazón de carne bajo la cual es menester honrar el Corazón de Dios, y recomienda que su imagen sea expuesta en público y se lleve encima. Con esto responde a la necesidad de sensibilizar el objeto del culto, cuando es invisible en sí. En efecto, cuando el objeto venerado es un ser espiritual, y por tanto invisible, se le ha de dar representación sensible, que sirva de imagen para recibir los actos exteriores de culto que se le tributan, y a la vez de recordatorio o reclamo, que induzca a tributárselos. Los atributos del ser espiritual, que pretendemos celebrar en particular, podrán indicarse asimismo en la imagen, mediante rasgos u objetos de significación simbólica. Así veneramos a los ángeles bajo la figura de jóvenes hermosos y con alas, al Padre Eterno, bajo la de un anciano venerable de pobladas barbas blancas con el globo del mundo en la mano, donde las formas humanas del joven y del anciano nos ponen ante los ojos a los seres espirituales para que los veneremos, y los rasgos simbólicos sobreañadidos de hermosura y alas, de barbas blancas y globo del mundo, nos recuerdan sus propiedades o atributos, para que los celebremos, en los ángeles, su perfección y la prontitud en su oficio de enviados; en el Padre Eterno, la antigüedad y el dominio de la divinidad.

Nótese que en el caso de la representación sensible de la persona del Verbo Encarnado, su misma humanidad, unida hipostáticamente a ella, nos da la forma humana que sirva de imagen para el culto, con la particularidad de que entonces la humanidad de Cristo, en cuanto figura, será representación de su persona divina con las dos naturalezas hipostáticamente unidas, divina y humana con alma y cuerpo, y por lo mismo representará a la misma humanidad real asumida por el Verbo.

De semejante recurso habrá que echar mano al proponer a la veneración de los fieles el Corazón afectivo de Jesús, a saber, su capacidad de sentir y tender divina, espiritual y sensible, que no cae bajo nuestras miradas en sí misma, y tiene oculto en el pecho el corazón de carne, su órgano complementario. Y la figura más apropiada a tales fines parece ser el corazón orgánico del Salvador, representado, no con fidelidad anatómica, en que no sería reconocido por la mayoría, sino esquematizado y estilizado para recibir rasgos simbólicos complementarios. Ello por varias razones: a) Siendo el corazón físico parte del corazón afectivo (n. 5), no hay para que buscar en otro objeto una figura representativa del todo a que él pertenece, tal como de la figura humana de Jesucristo se ha de tomar la imagen del Verbo Encarnado, una vez que la sagrada humanidad ha sido asumida por su Persona divina, conforme acabamos de declarar; b) El corazón físico, porque responde a los varios sentimientos con sus latidos de todos experimentados,

ha dado su nombre al corazón afectivo y le designa corrientemente, y visto en imagen nos lleva naturalmente a pensar en el amor; c) Por su configuración más definida se presta a una digna representación estilizada en la imagen del culto, mucho mejor que el pecho y las entrañas, para los cuales valdría en parte la razón anterior, ya que se conmueven ellos también sensiblemente con los afectos, aunque en menos escala, y por tal participación es llamado a las veces pecho y entrañas el corazón afectivo.

Nótese también aquí, que la figura sensible o imagen, porque representa al corazón afectivo en su totalidad, es imagen también del corazón físico, pero no como una fotografía directa de él, por hablar así, que puesta sobre el pecho de la imagen de Cristo solamente nos exteriorice el corazón escondido dentro, sino como una combinación fotográfica de más complejo alcance, representación que no puede llenar plenamente el corazón en su realidad orgánica.

La representación en Santa Margarita.

26. Tal fue la figura con que se presentó el Corazón de Jesús a Santa Margarita en la visión previa al mensaje transcrito más arriba:

«Después de esto se me presentó el divino Corazón, como en un trono de llamas, más resplandeciente que el sol, y transparente como un cristal, con la llaga adorable, y estaba rodeado de una corona de espinas, que significaba las punzadas que nuestros pecados le dan, y una cruz encima, que significaba que desde los primeros instantes de su encarnación, es decir, desde que el Sagrado Corazón fue formado, estuvo la cruz plantada en él, y que desde aquellos primeros instantes estuvo lleno de todas las amarguras que habían de causarle las humillaciones, pobreza, dolores y desprecios, que la sagrada humanidad había de sufrir durante el curso de su vida y en su sagrada pasión»³⁵.

Damos por descontado que en estas apariciones del Sagrado Corazón, no bajó real y visiblemente del cielo la sagrada humanidad de Jesucristo a hablar con la Santa, y que no abrió materialmente su pecho para mostrarle su verdadero corazón glorioso, al decir en la gran revelación de la fiesta litúrgica que se había de establecer: «He aquí este corazón, que tanto ha amado a los hombres». El corazón que Santa Margarita vio, tal como nos lo describe, fue un corazón figurado. Fijémonos en sus pormenores.

³⁵ Ib.

El corazón más resplandeciente que el sol y transparente como un cristal, figura estilizada y espiritualizada, en nada parecida a la forma real del corazón orgánico, es representación o imagen del Corazón afectivo, es decir, de las potencias espirituales y sensibles que lo constituyen, y por tanto también del mismo corazón de carne, complemento del apetito sensitivo. Vale ciertamente por éste, pero no representa a sólo él.

Los rasgos simbólicos que completan la imagen del corazón afectivo en la visión antes descrita son: la corona de espinas que rodea al corazón, la cual significa, según la declaración adjunta, las punzadas que nuestros pecados le dan; una cruz encima, símbolo, según la misma declaración, de la cruz que estuvo plantada en el Corazón de Jesús desde los primeros instantes, es decir, todas las amarguras que había de experimentar durante toda su vida, y previó y saboreó desde los primeros momentos; por fin, las llamas entre las que, como en un trono, se presentó, y la llaga adorable, cuya significación o simbolismo no se expresa en esta visión. El contenido espiritual de la herida del corazón era ya corriente en la veneración tradicional de la llaga del costado (n. 4), y el mismo conservó al pasar a rasgo simbólico en la imagen del Corazón de Jesús. Las llamas toman mucho relieve en la visión siguiente, donde por el contexto aparece claramente que se refieren al incendio de amor que ardía en el Corazón de Jesús³⁶. En cambio, ninguna indicación de sentido simbólico hemos hallado para el resplandor, con que en todas las visiones aparece Cristo, su Corazón y sus llagas: «se me presentó el Divino Corazón más resplandeciente que el sol», «se me presentó Jesucristo, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas como cinco soles». De todas estas visiones, que se sucedían los primeros viernes de mes, dice en general la Santa: «Se me presentaba el Sagrado Corazón como un brillante sol de luz esplendorosa, cuyos ardentísimos rayos caían a plomo sobre mi corazón»³⁷. León XIII recogió

³⁶ «Una vez entre otras (en uno de los primeros viernes), que estaba expuesto el Santísimo Sacramento, se me apareció Jesucristo, mi benigno Dueño todo radiante de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de la sagrada humanidad salían llamas por todas partes, pero esencialmente de su adorable pecho, que parecía un horno y habiéndose abierto, me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazón, que era el vivo foco de las llamas» (Autobiografía). CALVERAS. *Los elementos*, 652.

Ante la vista del Corazón foco vivo de las llamas, le descubrió Jesucristo «las maravillas inexplicables de su puro [amor], y hasta qué exceso le había llevado el amor a los hombres, de quienes no recibía más que ingratitudes y desprecios» (Ib.). No cabe duda, que amor que a tal exceso llevaba, estaba representado en el foco vivo de llamas de su Corazón, por lo mismo las llamas en la imagen simbólica de la anterior visión significaban el amor de Jesucristo.

³⁷ Autobiografía. CALVERAS, *Los elementos*, 652.

este rasgo, junto con las llamas y la cruz, en la encíclica «Annum sacrum», al referirse al Corazón de Jesús, como lábaro de nuestros tiempos: «He aquí hoy puesta ante nuestros ojos otra enseña de dichosísimo presagio y todo divina, el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con refulgente candor»³⁸. Pío XI hizo suyas estas palabras en la encíclica «Miserentissimus»³⁹.

Las primeras imágenes.

27. La primera realización sobre papel de la imagen del Corazón de Jesús la hizo a pluma la misma Santa Margarita para sus novicias, que querían obsequiarla en su fiesta onomástica (20 de julio de 1685). Aunque ella tendría bien viva la forma con que se le apareciera el Sagrado Corazón once años había, con todo, al querer dibujar lo que tantas veces había contemplado, se guió por una de las imágenes corrientes entonces de las llagas e instrumentos de la pasión⁴⁰. Un corazón, que valía por el cuerpo de Jesucristo, aparecía con la llaga y tres clavos, sobresaliendo por encima de la cruz, y enmarcada toda la composición en la corona de espinas. A veces salían llamas del corazón. Esto, ni más ni menos, trazó en el papel la Santa, agrandando la herida hasta ocupar de parte a parte transversalmente todo el corazón, muy abierta en toda su longitud para dar lugar a la palabra «charitas». La bordea por abajo una hilera de gotas de sangre e hilitos de agua, y del cuello del corazón salen las llamas que envuelven la cruz. Toda esta composición está encuadrada en la corona de espinas. Copió también los tres clavos, dos encima y uno debajo de la herida, que no había visto en las apariciones del Corazón simbólico.

Imagen simbólica.

Pero al reproducir la imagen de las llagas y la pasión dio otro significado a los elementos que la componían, y así resultó una imagen radicalmente distinta. El modelo era una imagen sin símbolos, porque la cruz, corona de espinas, clavos y la llaga se referían a los instrumentos y heridas reales de la pasión, y la del Sagrado Corazón es imagen con símbolos, porque han tornado sentido espiritual la cruz, la corona de espinas y la misma llaga. Y porque no se asignó significación particular a los clavos, éstos han desaparecido posteriormente. En las estampas de las llagas, la figura del corazón representaba el cuerpo de Cristo, y su persona considerada como amante, cuando despedía llamas, símbolo del amor; en la imagen simbólica del

³⁸ «Annum sacrum» AAS 31 (1898-1899) 651, CALVERAS, *Los elementos*, 583.

³⁹ «Miserentissimus» AAS 20 (1928) 167, CALVERAS, *Los elementos*, 606.

⁴⁰ CALVERAS, *Los elementos*, 76-78.

Corazón de Jesús la figura sensibiliza y representa su vida afectiva divina y humana, su Corazón afectivo, y en él también al corazón físico.

28. Esta doble representación de la figura del corazón se da en las estampas del Corazón de Jesús, proporcionadas por la Madre Greyfié, superiora de Namur, que la Santa repartía recomendándolas. La imagen del Corazón de Jesús con los tres clavos, la herida, las llamas desbordando en derredor por ocho focos y la cruz encima, esta en el centro de dos coronas concéntricas, la interior de lazos, la exterior de espinas, ambas con Corazones entrelazados, 15 en la de lazos, y 8 en la de espinas, representación de las almas devotas del Sagrado Corazón, cuyo simbolismo explicaba Santa Margarita, diciendo que «los que están en la corona de espinas que rodea a este amable Corazón son los que le aman y siguen por los sufrimientos, y los que están en los «lazos de amor» son los que le aman con amor regocijado»⁴¹. Los Corazones que están en ambas coronas representan a las almas devotas, como imágenes y no como símbolos; en cambio, el corazón central, con las llamas desbordando por ocho focos, es imagen del Corazón afectivo de Jesucristo, pero completado con símbolos, focos de llamas, que simbolizan el amor, corona de espinas, cruz y herida, con su sentido espiritual. Propiamente hablando, es una «imagen simbólica», expresión empleada por Pío VI en carta a Escipión de Ricci⁴². Es imagen por la figura del corazón, que representa el Corazón afectivo, y simbólica por los símbolos complementarios de llamas, cruz, etc. El símbolo del amor actualmente ardiendo lo forman propiamente las llamas, no toda la figura, pero hablando con menos precisión, puede decirse de toda la imagen que es símbolo del amor, expresión que por otra parte no indica todo el valor de la figura exterior del Corazón de Jesús, ya que ésta, además de símbolo del amor por el rasgo de las llamas, es imagen representativa del mismo Corazón afectivo, fuente del amor. No será inoportuno recordar aquí la respuesta de la Sagrada Congregación de Indulgencias de 12 de enero de 1878, negando que se puedan ganar las indulgencias concedidas por Pío VI, a quien rezare ante una imagen del Sagrado Corazón, si no aparece visiblemente en ella la imagen simbólica del Corazón⁴³.

⁴¹ Carta 52 a la M. de Soudeilles (15-9-86), Ib. 680.

⁴² A 29 de junio de 1781 le escribía: «Esta Santa Sede... ha aclarado lo bastante a dónde tiende la sustancia de esta devoción..., a que meditemos y veneremos la inmensa caridad y generoso amor de nuestro Redentor divino en la *imagen simbólica* del corazón». Ib. 574.

⁴³ ASS 10 (1877-1878) 560.

Un solo objeto de veneración.

29. Téngase presente, que el Corazón afectivo de Jesús en sí mismo, y la imagen simbólica que lo sensibiliza y representa, forman como un todo en orden a la veneración, son un solo objeto de culto; ya que la imagen no tiene más razón de ser que hacer sensible el objeto venerado. Así, pues, presentar la imagen equivaldrá a presentar la misma cosa venerada en ella. Cuando el Corazón de Jesús abrió su pecho a Santa Margarita, y mostrándole su Corazón le dijo las palabras de todos sabidas: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres», le hablaba de su Corazón afectivo, con el que verdaderamente nos ha amado, no del Corazón de carne exclusivamente, mientras le presentaba la figura sensible de un corazón arreglado.

F. RAZONES DEL CULTO PARTICULAR

30. En el estudio del objeto del culto entran, también las razones por las que se venera particularmente una parte de la persona (n. 15). Por lo que toca al Inmaculado Corazón de María, el decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, que establece su fiesta en toda la Iglesia, nos da resuelto este punto: «Con este culto la Iglesia tributa el debido honor al Corazón Inmaculado de la bienaventurada Virgen María, al venerar devotísimamente, bajo el símbolo de este Corazón, la eximia y singular santidad del alma de la Madre de Dios, y sobre todo su ardentísimo amor a Dios y a su Hijo Jesús, y la piedad maternal hacia los hombres redimidos con la sangre divina»⁴⁴.

Si honramos una persona, celebrando sus excelencias, éstas son la razón de que tal honor se le tribute. En el caso del Corazón de María las excelencias veneradas, motivo del honor que con el culto le tributamos, son su santidad y su amor a Dios y a su Hijo y su piedad maternal hacia los redimidos. Y tales excelencias las veneramos bajo el símbolo de su Corazón, es decir, bajo la imagen simbólica, donde constan los rasgos que nos las recuerdan, como llamas, para representar su caridad; corona de rosas, para simbolizar sus virtudes; un lirio por remate, para significar su pureza; una o siete espadas que atraviesan el corazón, que recuerdan los dolores de la pasión; finalmente una corona de espinas, que lo rodea, que indican las heridas que le causan nuestros pecados e ingratitudes,

⁴⁴ ASS 37 (1945) 50. El decreto es de 4 de marzo de 1944, publicado en el número de febrero de 1945.

tal como se dejó ver en Fátima en la segunda aparición de 1917⁴⁵. Nótese que el decreto de la Sagrada Congregación no menciona para nada el simbolismo como motivo de particular veneración al Corazón físico de la Virgen. En esto se atiene a la tradición. Ni en San Eudes, ni en los escritores eclesiásticos, ni en la liturgia antigua apunta la idea de símbolo para venerar al Corazón material de la Madre de Dios⁴⁶, paralelamente a lo que reconoce la encíclica de Pío XII respecto del Corazón de Jesús (nn. 3, 4).

31. También las razones particulares para honrar al Sagrado Corazón se expresan en los rasgos simbólicos de su imagen; las llamas expresan su ardiente amor divino y humano a Dios y a los hombres; la cruz, sus padecimientos de toda la vida, previstos desde el primer instante de ella; la corona de espinas, nuestras ingratitudes, que le afligen y piden reparación; la herida, su corazón herido y sediento de amor (n. 26). El simbolismo, como motivo particular para venerar el Corazón de Jesús, es desconocido en las revelaciones de Santa Margarita. Para precisar qué lugar se le concede en ellas, resumiremos así las características que señalan al objeto del culto.

Distinción entre objeto venerado y figura representativa. El objeto venerado es el Corazón de Dios, a saber, el Corazón afectivo de Jesús. La figura es la imagen simbólica, composición artificiosa de un corazón estilizado con rasgos añadidos, apta para expresar sensiblemente el Corazón afectivo y las particularidades por las que se le venera. Representa también al Corazón físico de Cristo, pero como incluido en el Corazón afectivo, y sin pretender ser su retrato o sustitución al exterior.

Simbolismo, no en el objeto venerado, sino en la imagen figurativa. El Corazón de Dios, o Corazón afectivo de Jesús, se venera por las perfecciones que tiene en sí, no por las que signifique o simbolice como existentes en otro objeto. El simbolismo como motivo particular de veneración del Corazón real de Jesús, ya afectivo, ya físico, hemos dicho antes que es completamente desconocido en las revelaciones de Santa Margarita. El simbolismo se limita a

⁴⁵ FONSECA-JIMÉNEZ. *Las maravillas de Fátima* (Barcelona 1944) 38.

⁴⁶ En nuestra obrita, *El objeto del culto al Inmaculado Corazón de María* (Barcelona 1948) 48-51, puede verse el resumen de las conclusiones que sacan sobre este tema BOVER, J. M., *Origen y desenvolvimiento de la devoción al Corazón de María en los santos padres y autores eclesiásticos*, y GARCÍA-GARCÉS, N., *La devoción al Corazón de María en la poesía religiosa de la Edad Media*, «Estudios marianos», 4 (1945). La ausencia del simbolismo está anotada por el P. Bover, 51.

los rasgos que acompañan a la figura del corazón, como la cruz y la corona de espinas, tomadas de la imagen de las llagas con nueva significación espiritual. c) Imagen y símbolo en la figura representativa. El corazón esquematizado, como sensibilización del corazón afectivo, constituye su imagen para recibir los actos de culto y ser reclamo a la devoción. El simbolismo se halla en los rasgos complementarios. La figura completa es una imagen simbólica y no mero símbolo (n. 28).

En semejante concepción del objeto del culto, el Corazón físico de Jesús no tiene el relieve exterior que le da la práctica actual, al atribuirle el papel representativo, como símbolo del amor del Redentor; pero queda englobado en el corazón afectivo, como parte de él, y por lo mismo venerado por sí mismo con culto absoluto.

G. OBJETO DIRECTO Y COMPLETO

32. La cosa venerada y la razón por la que se la venera se completan para formar el objeto directo del culto al Corazón de Jesús, que es el Corazón afectivo. Porque en la capacidad de amar sensible, espiritual y divina, que lo forma, se entienden así las mismas potencias (voluntad divina y humana y apetito sensitivo con el corazón físico su complemento), como sus actos (amor y los demás sentimientos y tendencias); las potencias son propiamente el corazón afectivo, la cosa que se venera (*ratio formalis quae*), y los actos son la razón de venerarla, las perfecciones particulares por las cuales veneramos especialmente el corazón (*ratio formalis qua o propter quam*). La razón de símbolo en el corazón o en la imagen para tributar por nuevo motivo culto de latría al Corazón del Divino Redentor, es tema de estudio aparte, que propone la encíclica.

33. Téngase bien presente que la cosa directamente venerada es, a saber, potencias y actos, formando el Corazón afectivo, y la imagen simbólica bajo la cual se la venera, constituyen el objeto total o completo del culto, que lleva el mismo nombre que la cosa directamente venerada, Corazón Inmaculado de María, Corazón Sacratísimo de Jesús. Esto supuesto, cabe afirmar de ambos Corazones, bajo tales nombres, lo que es propio de cada parte o elemento del conjunto, cuando no interesa especificar de cual en particular se afirma. Y así, tal como puedo decir, que en los ángeles tenemos el símbolo y la imagen al vivo de la prontitud en el servicio divino, porque se los venera en forma de jóvenes con alas, símbolo de la ligereza, así también se puede afirmar con León XIII en la encíclica «*Annum sacrum*», que

«en el Corazón de Jesús está el símbolo y la imagen al vivo de la infinita caridad de Jesucristo»⁴⁷, es decir, en el Sagrado Corazón, tal como se propone a la veneración de los fieles, bajo la figura de un corazón de carne, con símbolos del amor y sufrimientos de su Corazón real y verdadero⁴⁸. Pío XII, que hace suyo este pasaje de su predecesor (317), recorre a cada paso a este modo de hablar en la encíclica. Un ejemplo se ha ofrecido ya en la recomendación del mensaje del Corazón de Jesús a Santa Margarita (n. 4): «Cristo nuestro Señor... con palabras expresas y reiteradas señaló a su Corazón como símbolo que excitase a los hombres a conocer y reconocer su amor» (340). Lo señaló como símbolo, porque lo presentó en las apariciones bajo la imagen del corazón de carne, que entre sus rasgos cuenta con las llamas símbolo del amor, y puede ser llamada símbolo de él, hablando sin querer precisar los conceptos (n. 28).

II. OBJETO DEL CULTO PARTICULAR SEGÚN LA ENCÍCLICA

34. Conforme al plan de exposición que nos trazamos al principio (n. 7), hora es ya de entrar en la encíclica «Haurietis aquas», para recoger, sistematizar y resumir lo que contenga acerca de los tres puntos que encierra el objeto del culto particular al Sagrado Corazón, a saber, el Corazón venerado, la imagen figurativa bajo la cual se le venera y los motivos de la veneración particular que se le da.

A. EMPLEO DE LA PALABRA CORAZÓN

El prejuicio general, que no reconoce a la palabra corazón más sentido propio que el material del corazón físico al tratar del culto al Corazón de Jesús, requiere que desde el principio pongamos en claro que tal exclusivismo no lo comparte la encíclica de Pío XII. En primer lugar, la palabra corazón aparece en ella empleada con la variedad de sentidos ya corrientes de que se dijo anteriormente (n. 21), cuando no se habla del Corazón de Jesús, y primero en las citas bíblicas.

Sea ejemplo el tan conocido texto de la carta a los romanos: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros Corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado»⁴⁹. El sentido de «nuestros Corazones» lo da el contexto, «las almas de los creyentes»: «Con sobrada razón el Apóstol de las gentes...

⁴⁷ «Annum sacrum» AAS 31 (1898-1899) 649, CALVERAS, *Los elementos*, 580.

⁴⁸ CALVERAS, *Los elementos*, 80.

⁴⁹ Rom. 5, 5.

atribuye a este Espíritu de amor la efusión de la caridad en las almas de los creyentes» (310). Otros ejemplos se podrían citar⁵⁰.

Otro tanto sucede cuando habla la encíclica del Corazón de Dios, una vez citando a San Gregorio Magno, y otra por su cuenta.

Jesucristo, durante sus correrías apostólicas, actuaba su triple amor en sus milagros y sufrimientos, y en sus discursos y parábolas, especialmente aquellas que tratan de la misericordia. «En tales obras y palabras, como advierte San Gregorio Magno, se manifiesta el mismo corazón de Dios: "Conoce el corazón de Dios en las mismas palabras de Dios, para que con más ardor suspires por las cosas eternas"»⁵¹ (330). El otro texto en parte ya se ha citado (n. 2): «Es ésta la religión de Jesús, fundada toda en el Mediador hombre y Dios; de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios, sino pasando por el Corazón de Cristo, conforme a lo que El mismo dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí»⁵² (344). La cita bíblica manifiesta que por Corazón de Dios y Corazón de Cristo entiende la encíclica las mismas personas, a Dios y a Cristo. En todos estos textos del documento pontificio solamente por prejuicio podría verse aludido exclusivamente el corazón de carne.

La misma manera de hablar se emplea cuando se nombra al Corazón de Jesús. Acabamos de ver como se entiende por Corazón de Cristo al mismo Jesucristo, su persona. El examen minucioso del redactado de la encíclica muestra que «Corazón de Jesús, del Redentor, del Verbo Encarnado», significa de ordinario el corazón afectivo divino y humano del Salvador. Más aún, en diversas partes y por entregas se nos describe en que consiste tal corazón y cómo funciona, hasta trazarnos la psicología humano-divina de Jesucristo. Su actuación a través de toda la vida terrena del Redentor, y actualmente en la gloria, se presenta al vivo en un largo apartado de que se hizo mérito al principio (n. 2). Por brevedad limitaremos los comprobantes de esta apreciación a lo indispensable para que conste su realidad objetiva.

⁵⁰ Estos son: Deut. 6, 4-6 (318); Ter. 31, 3 32-34 (320); Eph. 3, 17-19 (321).

⁵¹ SAN GREGORIO MAGNO, *Registr. Epist. IV, 31 ad Theodorum medicum*, P. L. 77, 706.

⁵² Io. 14, 6.

B. EL CORAZÓN DEL VERBO ENCARNADO

Dios amó con el Corazón del Verbo Encarnado

35. Afirma el texto, que «el fiel cristiano, al venerar al Corazón de Jesús, adora a una con la Iglesia un signo y una como huella (quasi vestigium) de la caridad divina, que llegó al extremo de amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano con tantas maldades contaminado» (344).

Como se realizó esta delicadísima prueba o muestra de la divina caridad, que quiso amarnos con el Corazón del Verbo, consta en un pasaje anterior, donde se explica, siguiendo a Santo Tomás, como «la caridad de la Trinidad Augusta es principio de la humana redención, a saber, en cuanto redundando copiosamente en la voluntad humana de Jesucristo y en su adorable Corazón, le indujo, movido de la misma caridad, a derramar su sangre para redimirnos de la servidumbre del pecado⁵³. «Con un bautismo tengo de ser bautizado, y qué angustias las mías, hasta que se cumpla»⁵⁴(338). Jesucristo sintió ansias congojosas de derramar su sangre por nosotros, porque la divina caridad le había inflamado en deseos de obrar nuestra redención, inundando su voluntad y llegando hasta su sensibilidad y su corazón complemento de ella. Así nos amó el Corazón del Verbo Encarnado, es decir, su voluntad y sensibilidad, que constituyen el corazón afectivo.

La vida afectiva del Salvador.

36. Después de la advertencia registrada antes, de que las citas bíblicas y eclesiásticas nunca refieren los afectos sensibles de Cristo a su Corazón físico como símbolo de su amor infinito (n. 2), se hace notar, como salvedad, que tales testimonios ponen de relieve toda la vida afectiva del Salvador, aunque no describen su sede y fuente y como el centro de toda ella, a saber, su Corazón vivo y dotado de la capacidad de sentir no menos que el nuestro. Por su importancia para lo que al presente tratamos, merece copiarse el pasaje entero.

Pero si los evangelistas y los demás escritores eclesiásticos no describen de intento el corazón de nuestro Redentor, vivo y dotado de la capacidad de sentir no menos que el nuestro, palpitando y vibrando por los varios movimientos y afectos del alma, y por la ardentísima caridad de su doble voluntad; sin embargo, frecuentemente ponen de relieve su divino amor y las conmociones sensibles que lo acompañan, tales como el deseo, la alegría, la tristeza, el temor y la ira, según se traslucen por su rostro,

⁵³ Cf. *Summa theol.* 3 48 4.

⁵⁴ Io. 12, 30.

palabras y ademanes. Principalmente el rostro de nuestro adorable Salvador fue el índice y como un espejo fidelísimo de aquellos afectos, que conmoviendo en varios modos el alma, como olas que entrechocaban llegaban a su Corazón santísimo, y allí rompiendo lo alteraban. Porque tienen aplicación también aquí las advertencias de psicología humana y reacciones concomitantes, que sacó de la experiencia ordinaria el Doctor Angélico: "La perturbación de la ira llega hasta los miembros exteriores, y principalmente a aquellos en que se refleja mejor la huella del corazón, como en los ojos y en la cara y en la lengua"»⁵⁵ (327).

Tenemos trazado aquí el cuadro completo de la vida afectiva de Jesucristo en sus tres planos, divino, espiritual y sensible, y registrados los constitutivos del corazón afectivo en sentido estricto, así los actos, como su sede o fuente, es decir, las facultades que lo integran.

Los actos son, la caridad de la voluntad divina, en el plano de la divinidad, la caridad de la voluntad humana y los demás sentimientos y afectos espirituales del alma, en el plano espiritual, y en el plano inferior sensitivo, las conmociones sensibles o pasiones, deseo, alegría, tristeza, temor e ira, con la alteración corporal concomitante, que se manifiesta en la expresión del rostro, palabras y ademanes, y en la variación del pulso por el cambio de ritmo en los latidos del corazón.

Las potencias, en que tal actividad se despliega, son la voluntad divina, la voluntad humana y la capacidad de sentir o apetito sensitivo con el corazón físico que altera su ritmo al compás de los sentimientos sensibles.

Nótese que estando la voluntad y el apetito sensitivo radicados en el alma, es corriente que se atribuyan a esta los sentimientos y afectos producidos directamente por aquellas. El texto analizado habla de los afectos que conmueven en varios modos el alma, y afirma que el Corazón del Redentor palpita y vibra por los varios sentimientos de ella. En esta apreciación el alma, como principio de la voluntad y del apetito sensitivo, forma parte con estas del corazón afectivo de Jesús junto con las demás potencias y actos que acabamos de enumerar.

En tan riquísima vida afectiva del Corazón de Jesús, al corazón material solo le toca responder al movimiento de los sentimientos sensibles con sus latidos en el plano psíquico, porque no experimenta en sí, ni la doble caridad divina, ni los sentimientos espirituales del alma, y ni siquiera los sentimientos sensibles,

⁵⁵ *Summa theol.* 1-2 48 4.

salvo siempre su cometido fisiológico de influir mediante la circulación de la sangre en las alteraciones corporales de las emociones (n. 5).

Esto averiguado, el palpitir y vibrar del Corazón del Redentor, por los varios movimientos y afectos del alma y por su ardentísima caridad divina y espiritual, de que habla el texto, no se refiere solamente a estas conmociones orgánicas; alude también y principalmente a las conmociones del alma de varios modos, como olas que entrechocaban y por los sentimientos sensibles llegaban hasta el corazón de carne, y allí como rompiendo lo alteraban, provocando los latidos.

Otra descripción.

37. Estos mismos constitutivos del Corazón de Jesús, potencias y actos, con una indicación sobre su funcionamiento, propone la encíclica en otro texto anterior, para justificar su observación de que no solo es espiritual, sino también sensible «el amor del Corazón de Jesús, que se describe precisamente en el evangelio, las cartas de los apóstoles y las paginas del Apocalipsis» (323).

Según la doctrina católica solemnemente definida y confirmada por los Papas y los concilios ecuménicos, el Verbo «unió a su divina Persona realmente una naturaleza humana, individual, íntegra y perfecta». «En verdad, la asumió en ninguna manera disminuida ni alterada en lo espiritual y corporal, conviene a saber, provista de entendimiento y voluntad y de las demás facultades cognoscitivas internas y externas, asimismo del apetito sensitivo y todas las conmociones naturales» (323). Y pues consta que «Jesucristo poseía un cuerpo verdadero, dotado de todos los afectos que le son propios, y entre ellos el amor, que campea sobre todos los demás, no puede haber duda alguna de que estaba provisto de un corazón físico semejante al nuestro, como quiera que sin este excelentísimo miembro del cuerpo no puede darse la vida humana, hasta en lo que toca a los afectos» (324). Nótese bien las palabras siguientes, en que se formula la conclusión lógica del precedente discurso:

«Por consiguiente, el Corazón de Jesucristo, unido hipostáticamente a la divina Persona del Verbo, palpitó también sin ninguna duda con el amor y las demás conmociones afectivas, con tan entera concordia y armonía, tanto con la voluntad humana llena de la divina caridad, como con el mismo infinito amor, que el Hijo comunica con el Padre y con el Espíritu Santo, que entre estos tres amores no hubo jamás oposición ni disonancia» (324).

Es de advertir que en la enumeración de las facultades, que constituyen el corazón, se incluyen no solo las afectivas (voluntad y apetito sensitivo con todas las conmociones naturales, a las que contribuye necesariamente el corazón material), sino también las cognoscitivas (entendimiento y demás facultades cognoscitivas internas y externas). Es manifiesto, por tanto, que el corazón afectivo se toma aquí en sentido más amplio por toda la vida interior.

Psicología del Corazón de Jesús.

38. Una nota psicológica se toca al fin del texto examinado, la armonía completa en la vida afectiva de Jesucristo, porque entre el amor y las demás conmociones afectivas de la sensibilidad, y la caridad de su voluntad y el infinito amor de su divinidad, jamás hubo oposición ni disonancia. Otras indicaciones semejantes dejan caer los sitios paralelos. «La ardentísima caridad que, infundida en su alma, enriquece la voluntad humana de Cristo», en su «actuación es ilustrada y dirigida por una doble y perfectísima ciencia, a saber, la beatífica y la comunicada o infusa»⁵⁶ (327 s).

Vimos anteriormente (n. 35), que la caridad de la Trinidad Augusta indujo a Jesucristo a morir por nosotros, movido por la misma caridad, redundando copiosamente en su voluntad humana y en su adorable Corazón (338). «Enseñados por la palabra divina y los textos dogmáticos de la fe católica, que en el alma santísima de Jesucristo reina perfecta consonancia y armonía, y que Él dirigió expresamente sus tres amores a conseguir el fin de nuestra redención» (328). «Según la fe, por la cual creemos que en la Persona de Cristo están unidas ambas naturalezas, humana y divina, podemos concebir las estrechísimas relaciones que existen entre el amor sensible del Corazón físico de Jesús y el doble amor espiritual, a saber, el humano y el divino. Porque hay que decir de estos amores no solo que coexisten en la adorable Persona del Divino Redentor, sino también que se unen entre sí con vínculo natural, en cuanto al amor divino están subordinados el humano y sensible, los cuales presentan una semejanza analógica de aquel» (344). Aunque el Corazón de Jesús hoy ya «no esta sujeto a las perturbaciones de esta vida mortal, sin embargo vive y palpita, y esta unido indisolublemente con la Persona del Verbo divino, y en ella y por ella con su divina voluntad» (336).

Recorrido de la vida de Cristo.

39. La vida afectiva de Jesucristo, que se describe en el recorrido de los misterios de su existencia mortal y gloriosa, nos presenta en actuación su corazón afectivo en cada ejemplo propuesto, porque no pueden provenir del corazón físico exclusivamente los sentimientos humanos y divinos que se

⁵⁶ Ib. 391-3.

atribuyen a su Corazón; ni pueden llamarse con propiedad dones del Corazón de Jesús la eucaristía, su Madre Santísima, la Iglesia y los sacramentos, y el mismo don del Espíritu Santo, si en su concesión, que se describe en este recorrido, no hubiese intervenido el amor divino y humano de Jesucristo, tal como declara el texto siguiente:

«Y así rebosando el Corazón de Cristo de amor divino y humano, y siendo rico acaudalado de cuantos tesoros de gracias adquirió nuestro Redentor con su vida, sus padecimientos y su muerte, es sin duda la fuente perenne de la caridad, que su Espíritu (el Espíritu Santo) derrama en todos los miembros de su cuerpo místico» (336).

Con esta clave podremos interpretar el verdadero sentido y alcance del prologo con que la encíclica abre esta sección:

«Plácenos ahora meditar y contemplar por unos momentos los múltiples afectos humanos y divinos de nuestro Salvador Jesucristo, que durante el curso de su vida mortal por participación reflejó su Corazón, y refleja ahora, y reflejará por toda la eternidad. En las paginas del Evangelio principalmente brillará para nosotros la luz que nos ilustre y fortalezca, para poder entrar en el sagrario de este divino Corazón, y admirar junto con el Apóstol de las gentes «las soberanas riquezas de su gracia a impulsos de su bondad para con nosotros en Cristo Jesús»⁵⁷ (329).

El sagrario que guarda las soberanas riquezas de la gracia es el Corazón de Jesús, rebosando de amor divino y humano, rico acaudalado de todos los tesoros de gracias adquiridos por nuestro Redentor, su Corazón afectivo, que puede participar con la voluntad y el apetito sensitivo, y reflejar con los latidos los múltiples afectos divinos y humanos del Salvador. Veámosle actuar en algún paso de su vida, como ejemplo:

«Su Corazón se conmovió con amor invicto y grandísima pena, cuando, al recibir el beso del traidor, le dirigió aquellas palabras, que parecen la última invitación de su Corazón misericordiosísimo al amigo, que con animo impío, pérfido y obstinado le iba a entregar a los verdugos: "Amigo, ¡a lo que has venido! ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?"»⁵⁸ (331).

⁵⁷ Eph. 2, 7.

⁵⁸ Mt. 26, 50; Lc. 22, 48.

El Corazón misericordiosísimo, que con tales palabras dirigía la última invitación al traidor pérfido y obstinado, evidentemente no es el corazón de carne considerado aparte de la voluntad y sensibilidad del Redentor.

“¿Mas quién podrá describir dignamente los latidos del Divino Corazón, índices de su infinito amor, provocados en el momento de dar a los hombres los dones máximos? Aún antes de tomar la última cena con sus discípulos, Cristo nuestro Señor, al saber que iba a instituir el sacramento de su Cuerpo y Sangre, habla sentido agitarse su Corazón con conmoción intensa, que manifestó a sus apóstoles en estas palabras: "Con deseo desee comer esta Pascua con vosotros antes de padecer"⁵⁹; conmoción que sin duda fue más vehemente, cuando tomando un pan, habiendo dado gracias, lo partió y se lo dio a ellos diciendo: "Este es mi cuerpo, que por vosotros es entregado, haced esto en memoria de mí"⁶⁰. Con razón, pues, se puede afirmar que la divina eucaristía, como sacramento y como sacrificio, que t.1 respectivamente da a los hombres y continuamente inmola, "desde levante hasta poniente"⁶¹, y también el sacerdocio, son ciertamente dones del Corazón Sacratísimo de Jesús» (331 s).

Conmoción tan profunda se desarrolló primero en su voluntad y sensibilidad y se reflejó en los latidos. Así todo su Corazón afectivo tomó parte en la institución de la eucaristía.

De lo expuesto en este apartado sobre el Corazón del Verbo Encarnado, aparece que sentido tiene en el texto de la encíclica la expresión Corazón de Jesús, y que no hay razón para pensar en solo el corazón de carne, cuando en el contexto suenan latidos, palpitaciones, conmociones. Tanto más cuanto que aun la misma apelación al corazón físico a las veces tampoco tiene este sentido exclusivo. En vista de ello no podemos dejar este tema, sin antes poner en claro que sentido tiene la designación «corazón físico», repetidamente empleada en la encíclica.

C. EL CORAZÓN FÍSICO DE JESÚS

40. Lo obvio es entender por esta expresión el corazón orgánico o su representación. Ejemplos de tal sentido nos han salido al paso. «En los Libros Sagrados nunca se hace mención cierta de un culto especial tributado al

⁵⁹ Lc. 22, 15.

⁶⁰ Lc. 22, 19 26.

⁶¹ Mal. 1, 11.

Corazón físico del Verbo Encarnado, como símbolo de su encendidísima caridad» (317). Las citas bíblicas y eclesiásticas «nunca refieren los afectos» sensibles de Jesucristo «a su Corazón físico, de manera que lo señalen directamente como símbolo de su infinito amor» (327) (n. 3). Otro ejemplo todavía. La encíclica condena a los que «afirman que la contemplación del Corazón físico de Jesús impide llegar al íntimo amor de Dios» (342).

Participación en la vida orgánica y afectiva.

Pero a las veces se habla de él en su actuación fisiológica relacionada con los afectos. En la enumeración de las facultades de la naturaleza humana de Cristo, íntegra y perfecta, se añadía un corazón físico, como el nuestro, no menos necesario para la vida orgánica que para los afectos sensibles (324) (n. 37). En la introducción se consignó que el corazón actúa, no solo según las necesidades orgánicas del cuerpo, sino también acorde con el apetito sensitivo, para producir la conmoción corporal que acompaña a los sentimientos sensibles (n. 5). A tal alteración del organismo concurre el corazón junto con el sistema vascular de las venas y arterias regulando la circulación de la sangre por el cuerpo. Variándola se distribuyen diversamente, según la conveniencia del sentimiento, las hormonas y otros principios vitales, que han de favorecer y completar la excitación nerviosa específica, para la conmoción corporal correspondiente.

Los latidos, parte manifiesta de tal reacción, se mencionan y ponderan en la encíclica. Un ejemplo tenemos en el fragmento sobre la institución de la eucaristía, copiado poco ha. Veamos otro, copiado en parte al principio (n. 3), donde se da al latido todo su relieve:

«Debemos meditar con gran amor los latidos de su Sacratísimo Corazón, con los cuales pareció como que contase Él mismo el tiempo de su terrena peregrinación, hasta aquel supremo momento, en que, como testifica el evangelista, "clamando con gran voz, dijo: Consumado está e inclinando la cabeza, entregó el espíritu"⁶². Entonces se paró y cesó la palpitación de su Corazón, y su amor sensible quedó suspenso, hasta que triunfando de la muerte, se levantó del sepulcro. Y después que su cuerpo, conseguido el estado de la gloria sempiterna, se unió de nuevo el alma del Divino Redentor, vencedor de la muerte, su Corazón Sacratísimo no ha dejado nunca, ni dejará, de andar con imperturbable y plácido latido, ni cesará tampoco de significar su triple amor con que el Hijo de Dios se

⁶² Mt. 27, 50; Io. 19, 30.

une al Padre celestial y a la universal comunidad humana, de quien es Cabeza mística con pleno derecho» (328 s).

Amor sensible y latido andan aquí a la par como partes de un todo, obra el uno del apetito sensitivo y el otro del corazón físico.

Se le atribuyen *los sentimientos*.

41. En otros textos, llevando adelante semejantes relaciones, se atribuyen al corazón de carne los sentimientos:

«El hecho de que el Verbo de Dios haya asumido una verdadera y perfecta naturaleza humana, y se haya plasmado y como modelado un corazón de carne, que no menos que el nuestro, fuese capaz de sufrir y ser traspasado, este hecho, decimos, si no se le ve y considera a la luz que emana, no solo de la unión hipostática y substancial, sino también de la redención humana como su complemento, bien podría ser para algunos escándalo y necedades (324).

La frase «un corazón capaz de sufrir y ser traspasado» supone dos modalidades en el corazón, una corporal, para recibir la herida de la lanza, y otra psíquica, para sufrir. Ésta, que se atribuye aquí al corazón de carne, no se da en el corazón físico tornado por solo el músculo motor de la circulación de la sangre, que carece de centros nerviosos sensitivos.

Vale por el apetito sensitivo.

Para salvar la verdad real, y no solo la manera popular de hablar, en este texto de la encíclica, hay que entender por corazón de carne algo más que el puro músculo, a saber, la misma capacidad sensitiva completa. Y tal es precisamente el pensamiento de su autor, quien en otros sitios llama a dicha facultad corazón físico. Esto es indudable, fijando la atención en las varias enumeraciones, que se dan en el texto, de los actos y las potencias o facultades que componen el corazón afectivo. Las potencias, en las dos enumeraciones examinadas anteriormente (nn. 36, 37), son, la voluntad divina, la voluntad humana y la capacidad de sentir o apetito sensitivo con el corazón de carne como complemento (323, 327). En otra enumeración se menciona (da facultad de sentir y percibir» del Corazón de Cristo, «perfectísima y mejor que la de todos los demás cuerpos humanos» (328). Repárese ahora en la siguiente descripción de los amores del Corazón de Jesús: «De una cosa corporal, como es el Corazón de Jesucristo, y de su natural significación, nos es concedido y conveniente subir apoyados en la fe, no solo a contemplar su amor sensible, sino más arriba a considerar y adorar también su altísimo amor infuso, y finalmente, en un vuelo suave y sublime a un mismo tiempo, (elevarnos) hasta meditar y adorar el amor divino del Verbo Encarnado, ya

que según la fe podemos concebir las estrechísimas relaciones que existen entre el amor sensible del Corazón físico de Jesús, y su doble amor espiritual, a saber, el humano y el divino» (343 s).

Se habla primeramente en este texto del amor sensible propio del Corazón de Jesucristo, tomado como cosa corporal, y luego se contrapone el amor sensible del Corazón físico de Jesús a su amor espiritual, así el humano, que está en su voluntad humana, como el divino, que se asienta en la divina. Es manifiesto, pues, que el corazón físico está aquí por el apetito sensitivo. Esta misma substitución puede adivinarse en el primer texto que presentamos en favor del corazón afectivo de Jesucristo: «La caridad de la Trinidad redundando en la voluntad humana de Jesucristo y en su adorable Corazón» (338). En orden descendente se contrapone aquí a la voluntad humana, no el apetito sensitivo, sino el Corazón adorable, como atribuyéndole sus veces.

En semejante substitución la encíclica parece fundarse en la doctrina del Doctor Angélico, pues aduce la Suma teológica para explicar psicológicamente la conmoción corporal que acompaña al sentimiento sensible en las emociones (327). En la cuestión citada, afirma Santo Tomas, que el corazón físico es el instrumento de las pasiones para el movimiento corporal⁶³, y en razón de ello considera al corazón como el órgano del apetito sensitivo, no para el sentimiento en si, que coloca en éste apetito y es causa de la misma alteración del corazón, sino para la conmoción corporal que le acompaña⁶⁴, a que contribuye regulando la circulación de la sangre, como se ha dicho poco ha, y por ella la distribución de las hormonas por el cuerpo⁶⁵. En esta concepción los sentimientos sensibles pueden atribuirse al apetito sensitivo y al corazón, que juntos integran la potencia sensitiva⁶⁶, lo cual podrá significarse citando uno u otro, el mismo apetito o el corazón físico.

⁶³ *Summa theol.* 1-2 48 2.

⁶⁴ *De veritate*, 26, 6.

⁶⁵ CALVERAS, *La afectividad*, 101 s.

⁶⁶ Esta doble atribución se halla en San Buenaventura en el sermón 5° de los Ángeles, hablando de los oficios de San Rafael, al explicar el misterio del poder del corazón del pescado sobre brasas para echar al demonio: «¿Acaso el corazón del pescado daba al ángel tanto poder? De ninguna manera. Nada podría, si en ello no hubiese misterio. Pues con esto se nos da a entender, que no hay nada que así nos libre hoy de la esclavitud del diablo, como la pasión de Cristo, que *procedió de la raíz del corazón*, o sea de la caridad. Porque el corazón es la fuente del calor de toda la vida. Por tanto, si pones el *Corazón de Cristo*, es a saber, la *pasión que pasó procedente de la raíz de la caridad*

Tres objetivos de la reacción orgánica.

42. El Angélico señala tres objetivos o finalidades a la conmoción que acompaña al sentimiento: a) completarlo como la materia respecto de la forma para constituir la emoción; b) ser su manifestación natural, como señal o índice, ya que a cada sentimiento corresponde una modalidad reactiva que lo descubre, principalmente en la variación del pulso y del latido del corazón; c) finalmente, preparar el organismo para la acción subsiguiente, pues la excitación de la emoción tiene una finalidad operativa, v. gr., el huir de miedo ante la inminencia de un grave peligro⁶⁷.

La encíclica toca el segundo objeto de la reacción orgánica, cuando con insistencia llama la atención sobre los latidos del corazón, como índice o señal del amor y los demás sentimientos (324, 327, 331, 336), de que se han propuesto ejemplos (nn. 36, 37, 39). Y nos parece que se refiere al primer objeto, de contribuir con la difusión de las hormonas a la conmoción corporal complemento de la emoción, cuando hace al Corazón de Jesús «partícipe de la vida del Verbo Encarnado de manera verdaderamente íntima» (333), hasta en los sentimientos, y también al tercero, de preparar el organismo para la acción subsiguiente, cuando a continuación añade, «empleado hasta como instrumento de la divinidad, no menos que los demás miembros de la naturaleza humana, en la realización de las obras de la gracia divina y la divina omnipotencia» (333). A ambos objetos alude, creemos, la segunda enumeración de las potencias que integran el corazón efectivo (n. 27), al vindicar para Cristo un corazón físico como el nuestro, «como quiera que sin éste miembro, no puede darse la vida humana, hasta en lo que se refiere a los efectos» (324).

Es una novedad de la encíclica consignar este doble papel del corazón físico, de íntima relación con la vida orgánica y afectiva de Jesucristo, que no compete a su representación gráfica, además del carácter manifestativo de los latidos, fundamento para la imagen simbólica, a que de ordinario suele atenderse.

D. LA IMAGEN SIMBÓLICA

43. Toca ahora averiguar si la encíclica reconoce la figura sensible o imagen del Corazón afectivo de Jesús y con que rasgos simbólicos.

y de la fuente del calor, sobre el recuerdo inflamado, al momento el demonio será atado, para que no te pueda dañar) (Quaracchi 1898) t. IX, 626 s.

⁶⁷ Cf. CALVERAS, *La afectividad*, 83-100.

La imagen del corazón.

La encíclica habla de intento de la imagen exterior del Corazón de Jesús, haciendo resaltar su legitimidad y utilidad, al salir al paso de la objeción que algunos ponen contra el culto al Corazón Divino, diciendo que «la contemplación del Corazón físico de Jesús impide llegar al íntimo amor de Dios, y que retrasa al alma en su camino progresivo hacia las virtudes más elevadas». «Claro está, dice Pío XII, que pensarán, quienes así sienten, que la imagen del Corazón de Cristo nada significa superior a su amor sensible», y así no reconocen en ella como «un nuevo fundamento para el culto de latría, que solo corresponde a lo que es divino por su misma naturaleza. Pero tal manera de interpretar las sagradas imágenes a nadie se oculta, que es enteramente falsa, porque limita excesivamente su amplia significación» (343). Recuerda aquí la encíclica la doctrina de los doctores católicos con Santo Tomas sobre el culto relativo que a las imágenes se da, de la misma categoría que el que se tributa absolutamente al objeto que ellas representan, y continua así:

«Así pues, a la misma Persona del Verbo Encarnado, como a su fin, se dirige el culto ciertamente relativo que a las imágenes se da, ora sean reliquias relacionadas con los acerbos tormentos, que el Salvador pasó por causa nuestra, ora la misma figura (simulacrum), que las supera a todas en fuerza expresiva, a saber, el Corazón traspasado de Cristo puesto en la cruz» (343).

Según las últimas palabras, la figura o imagen simbólica, mucho más expresiva que las reliquias, es el corazón herido del crucificado. A continuación pondera la encíclica la utilidad de tal representación del Corazón de Cristo para elevarnos a contemplar y venerar los tres amores de su Corazón real:

«Y así de una cosa corporal, como es el Corazón de Jesucristo (que vemos en la imagen), y de su natural significación, nos es concedido y conveniente subir apoyados en la fe cristiana, no solo a contemplar su amor sensible, sino más arriba a considerar y adorar también su altísimo amor infuso, y finalmente en un vuelo suave y sublime a un mismo tiempo (elevarnos) hasta meditar y adorar el amor divino del Verbo Encarnado» (343).

Ello, añade el texto, porque estos tres amores están estrechamente enlazados con plena armonía, y no coexisten únicamente en la Persona del Verbo. Y ello también porque el Corazón imagen representa la naturaleza humana y divina, y aun la misma Persona del Verbo, y en ellas las potencias de que estos tres amores nacen (voluntad divina y humana y apetito sensitivo), las cuales constituyen el Corazón afectivo de Jesús: «El Corazón de

nuestro Salvador presenta en cierta manera la imagen de la divina Persona del Verbo, y asimismo de sus dos naturalezas, a saber, la humana y la divina» (336).

Rasgos simbólicos.

44. Veamos ahora que rasgos simbólicos reconoce la encíclica en la imagen del Sagrado Corazón. Uno nos ha indicado en el primer pasaje copiado y comentado, la herida, al decirnos que la figura, más expresiva que las reliquias, era el Corazón traspasado de Cristo puesto en la cruz (in cruce acti). Tal alusión a la cruz, que se repite otra vez al enunciar plenamente el culto al Corazón de Jesús: «el culto con que veneramos el amor de Dios y de Jesucristo para con el género humano, a través del augusto signo del Corazón traspasado del Redentor clavado en la cruz (cruci affixi)» (338), creemos que no es mera redundancia de estilo, sino indicación para precisar el objeto. La herida, rasgo simbólico de la imagen del Sagrado Corazón, fue real en su Corazón, cuando estuvo pendiente de la cruz muerto ya. No la conservó en su Corazón glorificado, aunque su costado quedó abierto, como sus pies y manos. Así lo supone la encíclica: «A1 Padre celestial muestra su corazón vivo y como herido y ardiendo con amor más crecido, que cuando lo hirió exánime la lanza del soldado romano» (337). En el corazón real de Jesús glorioso la herida actualmente es moral, no física. Es la herida invisible del amor, que nos descubre la herida visible, recibida en la cruz (n. 4).

Insiste la encíclica en éste rasgo simbólico, que solo cabe ahora en el Corazón figurado, y no en la representación de su Corazón real. «El Corazón herido es índice al vivo y signo del amor del Divino Redentor» (311). «Los argumentos sobre los que se funda el culto del Corazón traspasado de Jesús» (346). Recuérdense los textos citados en la introducción acerca del culto tradicional de la herida del costado y del corazón (334, 339) (n. 4).

Contrasta con tal práctica el silencio o la parquedad de palabras respecto de los demás símbolos de la imagen, dibujada y propagada por Santa Margarita. Una sola vez cita el texto las llamas y el resplandor, reproduciendo, como antes hiciera Pío XI, el pasaje de León XIII, que presenta al Corazón de Jesús como nuevo lábaro de salvación para nuestros tiempos (n. 26). Pero al copiarlo omite, poniendo puntos suspensivos, el rasgo de la cruz «con la cruz sobrepuesta»: «He aquí hoy puesta ante nuestros ojos otra enseña de dichosísimo presagio y todo divina, el Corazón Sacratísimo de Jesús brillando entre llamas con refulgente candor» (350). Por fin en toda la encíclica no se menciona la corona de espinas.

Razón del silencio.

45. Tal proceder tiene su verdadera explicación en el intento de la encíclica que declaramos en la introducción (n. 1). No pretende ella dar doctrina sobre el culto al Corazón Divino, ni menos definir todos los particulares que con él se relacionen, cuales son los símbolos complementarios de la imagen. Las llamas y el resplandor salen incidentalmente en una cita de León XIII, que hace alusión al lábaro de Constantino, al que se contraponen como nueva enseña de victoria el Corazón de Jesús. La insistencia en mentar la herida del costado y del corazón tiene su razón en que la antiquísima devoción popular hacia ella fue como la preparación a la veneración moderna del Corazón de Jesús como símbolo del amor, tema fundamental en la encíclica, que trata de justificar tal novedad.

La omisión del inciso «con la cruz sobrepuesta» indicada con puntos suspensivos, sin más intención tal vez que abreviar la cita, al mismo tiempo que se conserva la indicación de las llamas y el resplandor, no arguye segundas intenciones. Creemos que equivale a sacar las cosas de sus quicios, querer ver en ésta insignificancia un intento deliberado de simplificación de los símbolos en la imagen, o cuando menos una permisón tácita para prescindir de ellos, cuando Pío XII, en la misma encíclica, apela solemnemente a las apariciones de Jesucristo a Santa Margarita, en que proponía su Corazón como símbolo para llamar la atención de los hombres a conocer y reconocer su amor (n. 4). Una innovación aquí de otra manera debía proponerse más a tono con la "seriedad del documento". Con más fundamento en la insistencia acerca de la herida del corazón podría verse la desaprobación de la tendencia extremada de quienes no quieren imagen simbólica de ninguna clase, contentos con la herida del costado, manado sangre y agua, símbolos de los sacramentos⁶⁸ por la cual se entre en el corazón, que debe quedar oculto dentro del pecho, y cierto constituye tal insistencia una confirmación de la respuesta de la Sagrada Congregación de Indulgencias, que excluya tal solución (n. 28). Semejante iteración diríamos que va también contra los que admitiendo la imagen exterior del Corazón, la desnaturalizan, viendo en ella tan solo la reproducción del corazón oculto en el pecho; ya que el corazón real glorificado de Jesús no conserva la herida (337) (n. 44), la cual debe figurar en la imagen simbólica, que es representación del Corazón afectivo en todo su complejo.

46. Toca el turno ya a las razones en que funda la encíclica el culto particular que tributamos al Corazón del Salvador, con preferencia a las demás partes

⁶⁸ Cf. La relación del Congreso de Tilburg (junio de 1955), publicada en «Cristiandad» (1956) 245 247; véase «Manresa» 29 (1957) 301 s.

de su divina Persona, sea el Corazón afectivo, sea el Corazón físico considerado aparte, sea, en fin, por razón de la imagen simbólica el Corazón tornado como objeto completo del culto (n. 32).

Empezaremos reproduciendo un texto que reúne todos los motivos de veneración del Corazón afectivo de Jesucristo fundados en sus perfecciones: «Cuando adoramos al Corazón de Jesucristo, en él y por él adoramos, tanto el amor increado del Verbo Divino, como su amor humano y los demás afectos y las virtudes, ya que uno y otro amor movió a nuestro Redentor a inmolarse por nosotros y por toda la Iglesia, su Esposa» (336).

Las virtudes de Cristo no se habían mencionado todavía en los textos anteriormente citados. Sobre el amor y los demás afectos y sentimientos de su alma, insistiendo en los sensibles, para vindicar su existencia en el Corazón de Jesús, conocemos ya el pensamiento de la encíclica (nn. 36, 37); y varias veces se ha tratado antes de la caridad divina, en que redundaba la voluntad humana de Jesucristo, infundida por la caridad de la Santísima Trinidad (nn. 35, 38). Insistiremos todavía en el amor creado del Corazón de Jesús para precisar su objeto y poner de relieve las excelencias y prerrogativas que de él provienen. Diremos después del amor divino.

Amor creado del Corazón de Jesús.

47. El amor del Corazón humano de Jesús se dirigía en primer lugar a su Padre y luego a los hombres por respeto de él:

«El misterio de la divina Redención es primero y naturalmente un misterio de amor, a saber, de amor justo, de parte de Cristo para con su Padre Celestial, a quién el sacrificio de la cruz, ofrecido con espíritu amante y rendido, presenta una satisfacción superabundante e infinita, para pagar las culpas del linaje humano. Es además un misterio de amor misericordioso de la Augusta Trinidad y del Divino Redentor hacia la universalidad de los hombres; ya que no pudiendo ellos en manera alguna expiar bastantemente sus delitos, Cristo, mediante las incontables riquezas de méritos, que nos ganó con el derramamiento de su sangre, pudo restablecer y perfeccionar el pacto de amistad entre Dios y los hombres», violado por el pecado» (321 s) (n. 3).

En otra fórmula más breve vemos anotados los dos términos del amor de Cristo: «Con toda razón es considerado el Corazón del Verbo Encarnado como el principal índice y símbolo de aquel triple amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres» (327).

Excelencias y prerrogativas.

48. De la actuación de este amor al Padre y a los hombres en el plano sensible y espiritual, en plena armonía con el amor divino, en el Corazón afectivo de Jesús, se siguen para éste mismo Corazón notables excelencias y prerrogativas, que la encíclica va apuntando o declarando, ofreciéndose la ocasión en el desarrolló de su tema principal. Las recogeremos aquí a fin de que, apreciadas en su conjunto, quede desvanecida la impresión primera que su lectura deja, con su insistencia en legitimar el simbolismo como motivo de veneración al Corazón Divino, como si éste fuese la única o la principal razón de su culto particular.

Se apuntó en la introducción, que podemos venerar en el Corazón de Jesús «un signo y una como huella (quasi vestigium) de la caridad divina» (344) (n. 3), y al recoger las notas psicológicas de la vida afectiva de Jesucristo (n. 38), se dieron los fundamentos de tal veneración en las «estrechísimas relaciones que existen entre el amor sensible del Corazón físico de Jesús y el doble amor espiritual, humano y divino», ya que «no solo coexisten en la adorable Persona del Divino Redentor, sino también se unen entre sí con vínculo natural, en cuanto al amor divino están subordinados el humano y el sensible, los cuales presentan una semejanza analógica de aquél» (344). Completemos ahora la cita:

«No pretendemos que el Corazón de Jesús haya de entenderse de manera que exista y se adore en la que llaman imagen formal⁶⁹, o sea, el signo perfecto y absoluto de su amor divino, como quiera que su íntima esencia de ninguna manera puede ser adecuadamente reproducida por imagen alguna creada; sino que el fiel cristiano, al venerar al Corazón de Jesús, adora, a una con la Iglesia, un signo y una como huella de la caridad

⁶⁹ Además de la imagen expresiva o figura, que reproduce los contornos exteriores de un objeto, existe la imagen natural fundada en la semejanza de naturaleza, como el hijo respecto del padre, y no en un mero accidente como la figura exterior. Para que tal imagen se de, no basta que la semejanza alcance únicamente al género, debe llegar hasta la especie ínfima, aunque sólo sea analógicamente, como es el caso de las criaturas respecto de Dios, su Criador. Todos los seres creados le son semejantes analógicamente en cuanto existen, los vivientes lo son además en cuanto viven, pero solo el ángel y el hombre llegan a serlo en la ínfima especie en cuanto entienden y aman, razón por la cual solo ellos, aunque muy imperfectamente, son imagen de Dios. La imagen imperfecta de Dios en el ángel y en el hombre, y las demás perfecciones repartidas en el universo, como reflejos que son de la infinita perfección del Criador, sirven de otras tantas huellas (vestigium) o indicios (signum, index) para subir a su conocimiento.

divina, que llegó al extremo de amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano con tantas maldades contaminado» (344). La misma concepción de la imagen natural de la divina caridad en la armonía de los tres amores en el alma de Cristo, se insinúa más brevemente en este texto:

«Enseñados que en el alma santísima de Jesucristo reina la máxima consonancia y armonía, es manifiesto que con todo derecho podemos contemplar y venerar el Corazón del Divino Redentor, como imagen expresiva de su caridad» (328).

El mismo fondo de ideas refleja este otro pasaje de la encíclica, donde la imagen es llamada símbolo, por el carácter común de manifestativos de alguna cualidad. Fragmentariamente ya se ha citado antes (nn. 38, 39):

«Nada, por tanto, prohíbe que adoremos al Sacratísimo Corazón de Jesús, como partícipe que es y símbolo natural y muy expresivo de la caridad inexhausta, en que arde nuestro Divino Redentor, aun hoy, para con el linaje de los hombres. Pues aunque ya no está el sujeto a las perturbaciones de esta vida mortal, sin embargo, vive y palpita, y está unido indisolublemente con la Persona del Verbo Divino, y en ella y por ella con su divina voluntad» (336).

Bajo otro aspecto el Corazón afectivo del Redentor es imagen natural de la divinidad, en la plenitud de la misericordia. Así lo declara la encíclica, comentando a San Pablo:

«A fin de que seáis capaces de comprender la caridad de Cristo, para que seáis colmados de toda plenitud de Dios⁷⁰. De esta plenitud de Dios, que lo abarca todo, es imagen expendidísima el mismo Corazón de Cristo Jesús, es decir, de la plenitud de la misericordia, que es propia del Nuevo Testamento (342).

49. De tal plenitud de amor divino y humano en que rebosa el Corazón del Salvador, provienen muy estimables prerrogativas, como ser el área depositaria de los tesoros de gracias, adquiridos con la redención (334), y la fuente perenne de la caridad que el Espíritu Santo, que es Espíritu suyo, derrama en los fieles.

⁷⁰ Eph. 3, 14 16-19.

«Y así rebosando el Corazón de Cristo de amor divino y humano, y siendo rico acaudalado de cuantos tesoros de gracias adquirió nuestro Redentor con su vida, sus padecimientos y su muerte, es sin duda la fuente perenne de la Caridad, que su Espíritu derrama en todos los miembros de su cuerpo místico» (336) (n. 39).

Por la intervención intensa del amor y sentimientos íntimos de Jesucristo, al concedérmolos, pueden llamarse con propiedad dones del Corazón de Jesús la eucaristía, su Santísima Madre, la Iglesia y los sacramentos, y el mismo don del Espíritu Santo (331334) (n. 39), a la vez que son documentos o ejecutorias de su triple amor (328) (n. 3).

Recordemos que la caridad de la Augusta Trinidad llegó a la delicadeza de amarnos con el Corazón del mismo Verbo Encarnado (344), como se expuso anteriormente, inflamando la voluntad humana y conmoviendo la misma sensibilidad de Cristo, e induciéndole así, movido por la misma caridad, a derramar su sangre para redimirnos (n. 35). Por lo mismo podemos «considerar» en el Corazón del Salvador, «como un compendio de todo el misterio de nuestra redención» (336) (n. 3). Y porque Jesucristo «dirigió manifiestamente sus tres amores a conseguir el fin» de ella, podemos asimismo «contemplar y venerar su Corazón como testigo de nuestra redención, y a la vez como una escala mística, por donde subamos al abrazo de nuestro Salvador Dios»⁷¹ (328).

Amor divino increado.

50. En la veneración del Corazón afectivo del Verbo Encarnado se llevan la preeminencia la voluntad divina y su correspondiente amor. La voluntad divina de la Persona de Jesucristo constituye la parte principal del Corazón afectivo del Verbo Encarnado, porque como reguladora de su voluntad humana y de su sensibilidad, hace reinar en su alma santísima perfecta concordia y armonía (328). A su vez su amor increado (336) y misericordioso (321), su caridad divina hacia nosotros, porque es el principio primero de nuestra redención (338), es «la razón principal del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús» (317), según la encíclica. Pero según ella, tal caridad se entiende de las tres divinas Personas, porque, como sabemos ya, fue la caridad de la Augusta Trinidad la que impulsó a Jesucristo a obrar nuestra redención inflamando su voluntad y sensibilidad (336), amándonos así con el Corazón del Verbo Encarnado (344) (n. 35), y por ello la misma redención «es misterio de amor misericordioso de la Augusta Trinidad y del Divino Redentor hacia la

⁷¹ Tit. 3, 4.

universalidad de los hombres»(321), y la caridad de la Trinidad Augusta esta directamente relacionada con el Corazón humano de Jesucristo.

Tal extensión del amor innato a las tres divinas Personas de la Trinidad Santísima, en el culto del Corazón Sagrado, se propone en la encíclica con toda claridad; porque «el Corazón de Jesucristo palpité también con el amor y las demás conmociones afectivas con entera concordia con el mismo infinito amor, que el Hijo comunica con el Padre y con el Espíritu Santo» (324). Y siendo esto así, el culto del Corazón de Jesús, al honrar su amor increado, se dirige a las tres divinas Personas, ya que «no es otra cosa, en suma, que el culto del amor divino y humano del Verbo Encarnado, y también el culto del amor con que a su vez el Padre y el Espíritu Santo aman a los hombres pecadores» (338); y en forma más breve, incluyendo las tres Personas en Dios, este culto «es, por la naturaleza misma de las cosas, el culto del amor con que Dios nos amó por medio de Jesús» (345), y «se dirige todo a la misma caridad de Dios» (350), «al amor de Dios hacia nosotros, para adorarlo, agradecerlo y vivir a su imitación. (345).

Aprobaciones pontificias.

51. La inclusión del amor divino en el objeto del culto al Corazón de Jesús tiene antecedentes en documentos pontificios. Pío XII recuerda en la presente encíclica la resolución de la Sagrada Congregación de Ritos de 25 de enero de 1765, aprobada por Clemente XIII el 6 de febrero siguiente, que concede celebrar la fiesta litúrgica, «entendiendo la Sede Apostólica, que con ello solo se ampliaba un culto ya existente y en vigor, cuyo objeto era "renovar simbólicamente la memoria del divino amor", que movió al Salvador nuestro a ofrecerse como víctima expiatoria de los pecados de los hombres»⁷² (341).

Pío XI, en la encíclica «Miserentissimus», indico con bastante claridad, aunque sin insistir en ello, que el amor increado entraba en el objeto de la devoción al Corazón Divino, al consignar que «al enfriarse la caridad de los fieles, se nos propuso la misma caridad de Dios, para honrarla con particular culto, y al declarar, comparando la consagración con la reparación, que «si lo primero y principal en la consagración es que al amor del Creador corresponda el amor de la criatura, de ahí se sigue naturalmente lo otro, que deben compensarse las injurias de cualquier modo inferidas al mismo increado amor, si alguna vez fuere despreciado con el olvido, o violado con la injuria»⁷³.

⁷² NILLEE, N., *De rationibus fectorum SS. Cordis Iesu et Purissimi Cordis Mariae* (Innsbruck 1885), I 167, CALVERAS, *Los elementos*, 573 s.

⁷³ AAS 20 (1928) 166 169, CALVERAS, *Los elementos*, 605 s.

Posición dogmática de la encíclica.

52. Pío XII, su inmediato sucesor, insiste de tal manera sobre la primacía del amor divino en el objeto de este culto, que la encíclica «Haurietis aquas» parece tomar en éste punto carácter dogmático, acabando de una vez con las dudas y disensiones sobre si tal amor entra directa o indirectamente en el culto del Corazón de Jesús, como símbolo de su amor.

Ya al principio de la exposición doctrinal hace de paso la afirmación, que acabamos de mencionar, que «la caridad divina es la razón principal de este culto» (317) (n. 50), y apunta que las imágenes con que tal caridad se pone de relieve en ambos Testamentos, son «como un anticipo del Corazón sacratísimo y adorable del Divino Redentor, que había de ser «signo e índice nobilísimo del amor divino» (317) (n. 3); y a través de toda la encíclica insiste repetidamente en esta idea, que realzan particularmente las enumeraciones de los tres consabidos amores venerados en el Corazón de Jesús⁷⁴.

Pasa más adelante Pío XII, y rebate en su raíz semejantes limitaciones en el amor objeto de este culto. Nacen ellas de ver venerado con el únicamente el corazón de carne, porque relacionándose éste con sus latidos solamente con el amor sensible, de tal amor tan solo puede ser símbolo real y natural, al parecer de los tales. Al objeto de deshacer tal fundamento, pone todo cuidado la encíclica en precisar las facultades que intervienen en la vida afectiva del Redentor, las cuales forman su Corazón afectivo, objeto directo de la veneración (nn. 3537). Además, contra tal opinión dirige directamente, al parecer, estas afirmaciones, que en parte se han citado antes (números 43, 46):

«El Corazón de nuestro Salvador presenta en cierta manera la imagen de la divina Persona del Verbo, y asimismo de sus dones naturalezas, a saber, la humana y la divina. Cuando adoramos al Corazón de Jesucristo en él y por él adoramos, tanto el amor increado del Verbo Divino, como su amor humano y los demás afectos y las virtudes» (336).

Argumento espléndido contra concepción tan estrecha del culto al Corazón de Jesús está en el concepto de imagen natural de la infinita caridad de la Trinidad y de la plenitud de la " divina misericordia, que podemos venerar en

⁷⁴ Siete veces recurre la encíclica a esta forma más llamativa de la enumeración de los tres amores, sensible, espiritual y divino del Corazón de Jesús. Las hemos citado en su totalidad, a saber, Pág. de la encíclica: 323 324 (nn. 37 50), 327 (n. 36), 328 (n. 40), 336 (nn. 38 39 46), 338 (n. 35), 343 (nn. 41 53).

el Corazón afectivo de Jesús, por las perfecciones de armonía interior y plenitud de misericordia que le ennoblecen, según expusimos poco ha (n. 48).

El amor divino objeto directo.

53. Hay quienes admiten, que el amor increado del Verbo entra en el objeto del culto al Corazón de Jesús, pero solo indirectamente, por hallarse en la Persona del Verbo, a quien pertenece también el Corazón físico⁷⁵. Tal parecer viene expresamente reprobado en el texto de la encíclica, apoyándose precisamente en esta suposición:

«Según la fe podemos concebir las estrechísimas relaciones que existen entre el amor sensible del Corazón físico de Jesús y el doble amor espiritual, a saber, el humano y el divino. Porque hay que decir de estos dos amores, no solo que coexisten en la adorable Persona del Divino Redentor, sino también que se unen entre sí con vínculo natural, en cuanto al amor divino están subordinados el humano y el sensible.» (344) (n. 38).

Pero aun después de publicada la encíclica la idea de un objeto indirecto se refugia en el amor de las divinas Personas, Padre y Espíritu Santo. Hay quien en el texto citado anteriormente (n. 50), que incluye a ambos nominalmente en el objeto venerado (338) no ve más que una indicación hecha de paso y sin insistencia, y cree que sus palabras se atienden y explican suficientemente, haciendo de este amor objeto mediato e implícito del culto, y no necesariamente objeto directo y explícito, ya que la atribución directa y explícita en este culto se hace ordinariamente al Verbo Encarnado⁷⁶.

Que la indicación a las Personas divinas no esta hecha aquí de paso y sin insistencia, se ve leyendo lo que sigue a continuación, a saber, que la caridad de la Trinidad Augusta es principio de la humana redención (338) en la forma que hemos expuesto y ponderado anteriormente (nn. 35, 47, 50). Además la inclusión de las mismas Personas en el amor misericordioso causa de la redención (321) nos ha salido al paso al principio de este apartado (n. 47), y la comunicación del amor infinito del Hijo con el Padre y el Espíritu Santo (324) se ha citado para confirmar la extensión del objeto del culto a las tres

⁷⁵ Esta es la suposición del P. Vermeersch, quien por lo mismo admite en el culto el amor increado sólo como objeto indirecto, en unidad de Persona, ya que la Persona de Jesucristo entra como último término en el objeto completo del culto al Corazón de Jesús, VERMEERSCH, A., *Práctica y doctrina de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús* (Barcelona 1921) II 77 88. Cf. CALVERAS, J., *El simbolismo en el Corazón de Jesús como objeto de culto*, «Manresa», 22 (1950) 10 s.

⁷⁶ NICOLAU, M., *La encíclica «Haurietis aquas»*, «Razón y fe» t. 184 280.

Personas divinas (n. 50). Otra vez todavía habla la encíclica de esta comunicación, entrando por ella las tres Personas de la Trinidad Augusta en el plano supremo del objeto del culto. Vamos a copiar este largo fragmento en toda su integridad, para que aparezca todo el pensamiento de la encíclica acerca del objeto del culto al Sagrado Corazón:

«Con toda razón es considerado el Corazón del Verbo Encarnado como el principal índice y símbolo de aquel triple amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres. Es, a saber, símbolo del divino amor que comunica con el Padre y el Espíritu Santo, y que solo en Él, como Verbo Encarnado, se manifiesta a nosotros por medio del caduco y frágil cuerpo humano, ya que "en Él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente"⁷⁷. Es además símbolo de aquella ardentísima caridad, que, infundida en su alma, enriquece la voluntad humana de Cristo, y cuya actuación es ilustrada y dirigida por una doble y perfectísima ciencia, a saber, la beatífica y la comunicada o infusa. Y por fin, y esto de manera más natural y directa, es símbolo también de su afecto sensible, ya que el cuerpo de Jesucristo, formado por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, goza de perfectísima capacidad de sentir y percibir, y más sin duda que todos los demás cuerpos humanos» (327 s).

Pensamiento dominante de la encíclica.

54. Querer relegar a segundo plano en el culto del Corazón de Jesús el amor increado del Padre y del Espíritu Santo, equivale a quitar la clave del monumental arco que Pío XII levanta a su excelencia, superior a la de todas las demás devociones, en la tesis fundamental de la encíclica «Haurietis aquas», a saber, que el culto debido al amor que el Redentor y la Trinidad Augusta tienen a los hombres todos (316 s), lo enseña a practicar de manera excelente y mejor que cualquiera otra devoción, el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, tal como lo ha aprobado la Iglesia, el cual «no es otra cosa, en suma, que el culto del amor divino y humano del Verbo Encarnado, y también el culto del amor con que a su vez el Padre celestial y el Espíritu Santo aman a los hombres pecadores, porque... la caridad de la Trinidad Augusta es principio de la humana redención» (338), en la forma expuesta ya (n. 35). Por esta razón es «tan importante» este culto, «hasta ser considerado, cuanto a la práctica y ejercicio, como la más perfecta profesión de la religión cristiana», ya que esta es la religión de Jesús, fundada toda en el Mediador hombre y Dios» (344).

⁷⁷ Col. 2, 9.

De la exposición doctrinal de la encíclica se desprende, que la mediación del Redentor se da a través de su Corazón, sea en la relación de la Trinidad para con los hombres al obrar la redención, sea de parte de los hombres para con Dios, al corresponder a la divina caridad. La caridad de la Trinidad Augusta, es decir, el Corazón de Dios, nos amó con el Corazón del Verbo (338), en cuanto tal caridad, infundida en la voluntad y sensibilidad de Jesucristo, le movió a derramar su sangre por nosotros. A su vez «no se puede llegar al Corazón de Dios, sino por el Corazón de Cristo, conforme a lo que El mismo dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí»⁷⁸ (344) (n. 34).

Veneración del corazón físico.

55. Los motivos propuestos en la encíclica para venerar el Corazón afectivo del Salvador, especialmente los que se relacionan con el amor creado sensible, alcanzan también al corazón de carne, como complemento que es del apetito sensitivo para la conmoción orgánica que acompaña a los sentimientos sensibles. Como miembro principal interviene en ella para las tres finalidades que le señala Santo Tomás, de completarlos como la materia respecto de la forma para constituir la emoción, de ser su manifestación natural como señal o índice, con la variación distintiva del pulso y del latido y, finalmente, de preparar el cuerpo para la acción subsiguiente, conforme con la finalidad operativa de la emoción (442).

Hace resaltar la encíclica el segundo oficio de la conmoción sensible de los sentimientos, a saber, el ser su manifestación natural, al objeto de presentarlo por motivo especial para tributar el culto de latría al Corazón de Jesucristo. En efecto, antes de emprender la parte doctrinal expositiva, como presupuesto que se debe tener en cuenta para su mejor inteligencia, advierte que «el motivo por el cual la Iglesia tributa culto de latría al Corazón del Divino Redentor es doble. El primero, que alcanza también a los demás miembros del cuerpo de Jesucristo, se funda en que su Corazón, como parte nobilísima de la naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo Divino. El otro motivo, que de manera especial pertenece al Corazón del Divino Redentor, y asimismo por especial razón exige que se le tribute culto de latría, proviene de que su Corazón, más que ningún otro miembro de su cuerpo es índice natural o símbolo de su inmensa caridad hacia el género humano: "En el Sagrado Corazón según advertía nuestro predecesor, de feliz memoria, León XIII, está el símbolo y la imagen al

⁷⁸ Io. 14, 6.

vivo de la infinita caridad de Jesucristo, que nos mueve a la mutua correspondencia de amor"»⁷⁹ (316 s).

Tres conceptos se tocan aquí como motivos de especial veneración al Corazón de Jesús, a saber, ser índice natural en relación con la finalidad manifestativa de la emoción, ser símbolo y ser imagen al vivo o figura. El primero constituye una novedad de la «Haurietis aquas», pues hasta el presente en los documentos pontificios solo habían jugado los conceptos de símbolo e imagen y también signo, en relación con el Corazón de Jesús, como fundamento para su veneración. No vamos a detenernos en el análisis de tales conceptos, que en adelante habrá de entrar en la teología del Corazón de Jesús. Lo establecimos respecto del signo y símbolo en relación con la imagen del Sagrado Corazón en nuestra obra *Los elementos de la devoción*⁸⁰. Nos contentaremos con las indicaciones indispensables.

Nociones.

56. El signo, que se define corrientemente «lo que conocido en si nos lleva al conocimiento de otra cosa», constituye como el género, en que se comprenden el índice, el símbolo y en alguna manera la imagen. Lo que el signo nos hace conocer puede ser una idea, un objeto real o un objetivo práctico. El signo a las veces toma carácter representativo de la cosa significada en orden al honor o veneración que se le tributa, y entonces se equipara a la figura representativa o imagen. Ello especifica las clases de signo, a saber, ideológico, real, práctico y representativo. Son signos ideológicos el símbolo y la imagen, en cuanto nos suscitan una idea, o nos la recuerdan, pero el símbolo como tal no tiene carácter representativo, que se substituya por la cosa significada. La imagen puede completarse con rasgos simbólicos, que recuerden las propiedades por las cuales la cosa es honrada. Por ellos la imagen del Sagrado Corazón es una imagen simbólica, según se declaro detenidamente en su lugar (nn. 26, 27, 28, 31), y puede ser llamada símbolo, hablando con menos precisión, como entonces se advirtió (n. 28).

A los signos reales pertenece el índice, porque nos lleva al conocimiento de la existencia, o del lugar, o de la naturaleza o carácter de la cosa que se nos oculta o no esta a la vista. Por índice se entiende, así el indicio que nos descubre lo que buscamos, como el indicador que nos lo proporciona. Aplicando estos conceptos a los sentimientos del corazón, indicios suyos son la expresión del rostro y los latidos del corazón, y con más exactitud el

⁷⁹ «Annum sacrum» ASS 31 (1898-1899) 649, CALVERAS, *Los elementos*, 580.

⁸⁰ CALVERAS, *Los elementos*, 65-75.

pulso, cuyo variado ritmo responde a la variedad de los sentimientos, de manera que se puede deducir de él cuales ocupan actualmente el corazón⁸¹.

El rostro y el corazón, índices.

57. Del rostro y del corazón como índices de los sentimientos de Cristo habla la encíclica, al vindicar la existencia de los afectos sensibles en su Corazón. Los evangelistas y los escritores eclesiásticos, aunque «no describen de intento el corazón de nuestro Redentor, vivo y dotado de la capacidad de sentir, no menos que el nuestro; sin embargo, frecuentemente ponen de relieve su divino amor y las conmociones sensibles que lo acompañan, tales como el deseo, la tristeza, el temor y la ira, según se traslucen por su rostro, palabras y ademanes» (327). Tales muestras exteriores son indicios o indicaciones del sentimiento actual que reina en el corazón. El indicador o índice exterior principal es el rostro. Así lo advierte la encíclica:

«Principalmente el rostro de nuestro adorable Salvador fue el índice y como un espejo fidelísimo, de aquellos afectos, que conmoviendo en varios modos al alma, como olas que entrecrocaban llegaban a su Corazón santísimo, y allí, rompiendo, lo alteraban» (327) (n. 35).

Aplica aquí la encíclica las advertencias de psicología humana y reacciones concomitantes que hace el Angélico: «La perturbación de la ira llega hasta los miembros exteriores, y principalmente a aquellos en que se refleja mejor la

⁸¹ Santo Tomas ya reconocía, que si la emoción es vehemente, se manifiesta exteriormente por ciertos indicios, por los cuales aun los menos perspicaces la pueden notar; y que si es muy ligera, los médicos inteligentes la pueden descubrir por la alteración del corazón, que se trasluce por el pulso (*De malo*, 16, 8). Lo que estos alcanzan, mejor lo logran así el buen ángel como el demonio, quienes de la emoción advertida pueden por deducción venir al conocimiento probable de los pensamientos que la motivaron, pero sin que lleguen a conocerlos en sí mismos, como los ve Dios y la persona que los tiene (*De veritate*, 8, 13; *De malo*, 16, 8). A la objeción que una misma señal responde a varias emociones, como el rubor de la cara, que puede nacer de ira y de vergüenza, se responde que un mismo signo puede ciertamente serlo de varios sentimientos, tomado en general, pero en particular y concretamente presenta siempre algunas diferencias propias, que el demonio y el ángel conocen mejor que el hombre (*De malo*, 16, 8 ad 14). Esta observación del Doctor Angélico ha sido comprobada experimentalmente en los laboratorios psicológicos por lo que hace a las reacciones orgánicas propias de la vida vegetativa, como cambios en la presión y circulación de la sangre, en la respiración, etc., que de alguna manera intervienen en todas las emociones. Cf. DUMAS, G., *Nouveau traité de psychologie* (París 1932) II, 413; CALVERAS, *La afectividad y el corazón*, 23, 94-96.

huella del corazón, como en los ojos, en la cara y en la lengua»⁸² (327). Pero el mismo corazón tiene manifestadores o indicadores más directos de los sentimientos del alma, ya que estos al perturbar su mismo ritmo, producen las palpitaciones y latidos que los delatan. Índices los llama también la encíclica, al describir los sentimientos del Sagrado Corazón en los actos trascendentales de su vida:

¿"Mas quién podrá describir dignamente los latidos del Divino Corazón, índices de su infinito amor, provocados en el momento de dar a los hombres los máximos dones, esto es, a sí mismo en el Sacramento de la Eucaristía, a su Madre Santísima, y el oficio sacerdotal transferido a nosotros?" (331).

Por los latidos o cambio de ritmo, que delata el pulso, supera el corazón al rostro en el papel de indicador o índice de los sentimientos íntimos del Redentor. «Con toda razón, pues, es considerado el Corazón del Verbo Encarnado como el principal índice y símbolo de aquel triple amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres» (327). Como el Corazón físico de Jesús cumplió en su vida mortal y continua en su vida gloriosa su cometido de índice del amor del Salvador aparece en el pasaje copiado anteriormente (n. 40), donde Pío XII nos invita a meditar devotamente los latidos del Corazón Divino en su vida terrena y celestial (328 s).

A todo este complejo de ideas se refiere la palabra índice, cuando en el texto que comentamos se dice que el «Corazón de Jesús, más que ningún otro miembro de su cuerpo, es índice natural de su inmensa caridad».

Participación en la vida física y afectiva.

58. Pero el Corazón de Jesús no es tan solo un manifestador o delator de los sentimientos como su rostro, y como un resonador de ellos por las palpitaciones y latidos, es además causa de la misma conmoción que acompaña a los sentimientos sensibles, como impulsor de la circulación de la sangre y por ella difusor de las hormonas que completan la acción nerviosa para alterar el cuerpo (n. 40). A esta acción más íntima del Corazón en la vida física y afectiva del Salvador aluden las expresiones de la encíclica, que recogimos al hablar del corazón físico, y será oportuno recordar aquí.

⁸² *Summa theol.* 1-2 48 4.

Al vindicar para Cristo un corazón físico como el nuestro, da por razón que «sin este miembro no puede darse la vida humana, hasta en lo que se refiere a los afectos» (324). Y como fundamento para constituir legítimamente con el corazón un símbolo de la caridad inmensa del Salvador al morir para unirse a la Iglesia en místico desposorio, afirma que el Corazón de Jesús «participa de la vida del Verbo Encarnado de manera verdaderamente íntima» (333), a saber, en los sentimientos y en la misma vida orgánica, y que ha sido «empleado como instrumento de la divinidad, no menos que los demás miembros de la naturaleza humana en la realización de las obras de la gracia divina y la divina omnipotencia» (333). Tal participación del corazón en la vida orgánica y afectiva se concreta en las otras dos finalidades que señala Santo Tomás a la conmoción corporal de los sentimientos por obra del corazón (nn. 42. 55), y a ellas creemos que hacen alusión estas palabras de la encíclica, según expusimos antes (n. 42). De hecho el corazón de Jesús es más que un resonador de los sentimientos, influye en la producción de la conmoción corporal que los completa. Se le ha comparado a un manómetro que registra la presión de los sentimientos; pero tal comparación no lo expresa todo. El corazón es además motor, porque haciendo circular la sangre difunde por el organismo las hormonas excitantes con los nervios de las alteraciones sensibles de la emoción. Por tales actividades entra a formar parte del corazón afectivo como órgano complementario del apetito sensitivo, y es acreedor por razón especial al culto de latría debido en general a todas las partes de la humanidad de Cristo por razón de su unión hipostática con el Verbo, y ello con carácter absoluto, por razón de sí mismo, por ser suyas propias todas las actividades que en este oficio desarrolla.

Símbolo e imagen.

59. Las otras dos razones de «símbolo e imagen de la inmensa e infinita caridad de Jesucristo», que la encíclica invoca para tributar particularmente a su Corazón el culto de latría, se refieren, no al mismo corazón físico, como la razón de índice, sino a la imagen simbólica, bajo la cual se venera el Corazón afectivo del Salvador. Lo deducimos del lugar paralelo, donde habla otra vez la encíclica de esta tributación particular del culto de latría, cuando vindica la legitimidad y utilidad de la imagen del Sagrado Corazón (n. 43). Dice de los adversarios del culto al Corazón físico, que «no pensarán que en la imagen del Corazón de Cristo se apoye como en un nuevo fundamento el culto de latría, que solo corresponde a lo que es divino por su misma naturaleza» (343). Para rebatirlos recuerda la encíclica la doctrina de los doctores católicos con Santo Tomás sobre el culto relativo que a las imágenes se da, de la misma categoría que el que se tributa absolutamente al objeto que ellas representan, y continua así: «Así, pues a la misma Persona del Verbo Encarnado, como a su fin, se dirige el culto ciertamente relativo que a las imágenes se da, ora sean reliquias relacionadas con los...

tormentos» del Salvador, «ora la misma figura (simulacrum), que las supera a todas en fuerza expresiva, a saber, el Corazón traspasado de Cristo puesto en la cruz» (343).

Hay motivo, por tanto, para tributar especialmente culto de latría, pero relativo, a la imagen simbólica del Corazón de Jesús, a saber, el corazón traspasado de Cristo puesto en la cruz. Tales indicaciones a la herida del corazón en la cruz excluyen, según hicimos notar (n. 44), el mismo Corazón real, que actualmente en la gloria no está herido físicamente, sino solo moralmente de amor.

De lo que antecede se deduce, que al Corazón físico de Jesús se le debe especialmente el culto de latría de dos maneras, absoluto a él mismo, por la razón de índice, relativo a su imagen simbólica por el motivo de símbolo e imagen. Y adviértase que esta segunda razón se funda en la primera, en cuanto que para formar la imagen del Corazón afectivo del Salvador se recurre precisamente a la figura del corazón de carne, porque este corazón es el elemento sensible del Corazón afectivo (n. 25), en el cual se integra por su actuación en la conmoción corporal de los sentimientos sensibles, por la que es su índice natural (n. 57). Y adviértase, por fin, aunque la encíclica no haga hincapié en ello, que más razón hay para tributar el culto de latría al Corazón afectivo tornado en todo su complejo para adorar en él y por él, tanto el amor increado del Verbo Divino, como su amor humano y los demás afectos y las virtudes» (336) (nn. 4654), con las excelencias y prerrogativas que de aquí se derivan.

El Sacratísimo Corazón de Jesús o del Divino Redentor.

60. Tales distinciones en el término del culto particular de latría dirigido al Corazón de Jesús, son necesarias para precisar los conceptos y formar un cuerpo coherente de doctrina, que no se ha logrado hasta el presente en parte por falta de tal precisión. Pero no son indispensables en la práctica de la devoción, antes serían estorbo, porque la piedad prefiere simplemente dirigir la adoración a un solo objeto siempre el mismo. Y este habrá de ser el objeto completo, que abrace Corazón afectivo y físico de Jesús con la imagen que los representa. Y de este habla ordinariamente la encíclica bajo la denominación del Sacratísimo Corazón de Jesús o del Divino Redentor, cuando trata de su culto particular, y de él afirma, sin precisar más, cuanto corresponde a cualquiera de las partes que lo integran (n. 32). Quienes, no habiendo caído en la cuenta de tal proceder, ven en la denominación del Corazón de Jesús solo el Corazón físico, han de dar del magnífico y profundo documento de Pío XII una interpretación superficial e inexacta.

Al terminar la exposición del objeto del culto al Sagrado Corazón, según el pensamiento de la encíclica «Haurietis aquas», creemos que lo que ella entiende por objeto completo del culto particular al Sacratísimo Corazón de Jesús se puede formular así, reducido a dos puntos.

El Corazón afectivo del Verbo Encarnado, esto es, su vida íntima, especialmente la afectiva, así actos como potencias, a saber, sus virtudes y sentimientos, y en especial sus tres amores, el divino que comunica con el Padre y el Espíritu Santo, y por tanto la infinita caridad de la Augusta Trinidad, el amor espiritual y el sensible, este con la conmoción corporal que lo acompaña; y juntamente sus fuentes y sedes respectivas, la voluntad divina identificada con la divina naturaleza, la voluntad humana y el apetito sensitivo con el corazón de carne como su complemento, por lo cual a las veces es llamado corazón físico, o por corazón físico se entiende el apetito sensitivo (n 26).

La imagen simbólica bajo la cual se le venera, la figura del corazón traspasado por la lanza.

Ambas cosas, Corazón afectivo e imagen simbólica, forman un todo complejo, un objeto único de veneración.

Ésta es la tesis que desarrolla tácitamente sin anunciarla la encíclica, a la vez que insiste en su intento principal de valorar y vindicar el mismo culto en su forma actual. Nos la ha descubierto el análisis a fondo que del texto hemos hecho; y la síntesis ordenada y más o menos simplificada con que lo hemos presentado en este estudio parece ponerlo bastante claro.

III. DEVOCIÓN A LA PERSONA DE JESÚS

61. La devoción al Corazón de Jesús comprende el culto particular a su Corazón y el servicio o devoción por caridad a su Persona, según la encíclica, tal como se declaró al principio (nn. 10, 13, 1620). Vamos a recoger brevemente lo que su texto insinúa acerca de ésta devoción, que no se haya consignado ya en el apartado que dedicamos a la distinción de grados o partes en la devoción al Corazón Divino.

El Corazón por la Persona de Jesús.

En el lenguaje común a las veces por corazón se entiende la persona del hombre, porque en la vida afectiva, designada ordinariamente por la palabra corazón, entra la parte moral de la responsabilidad, y de ella se pasa fácilmente a su sujeto, que es la persona. Se consigna ya que en la encíclica la

palabra corazón a las veces se emplea en este sentido (n. 34): «Es esta la religión de Jesús, fundada toda en el Mediador hombre y Dios, de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios sino por el Corazón de Cristo, conforme a lo que El mismo dice: «Nadie va al Padre, sino por mi»⁸³ (344 s). La misma cita bíblica manifiesta que por Corazón de Dios y Corazón de Cristo entiende la encíclica a las mismas personas, a Dios y a Cristo.

Al hablar de la imagen simbólica (n. 43), un texto nos dijo que el Corazón del Redentor «presenta, en cierta manera, la imagen de la divina Persona del Verbo» (336). Tal afirmación la estampa la encíclica después de un largo párrafo, en que expone como el don del Espíritu Santo enviado a los apóstoles es la primera señal manifiesta de su munífica caridad, después de su triunfal ascensión a la diestra del Padre, y como de él proviene el origen de la Iglesia y su admirable propagación a todos los pueblos gentiles.

El Espíritu del Corazón de Jesús.

62. En el desarrolló de estas ideas se llama al Espíritu Santo, Espíritu del Corazón de Jesús, habiendo permitido como fundamento, que «el Espíritu Paráclito, siendo como es el amor mutuo personal, a saber, del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, es enviado por ambos, y bajo la forma de lenguas de fuego derrama en las almas (de los apóstoles) la abundancia de la caridad divina y de los demás carismas celestiales» (335). Tal infusión de la divina caridad procedió también del Corazón de nuestro Salvador, «en el cual se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos»⁸⁴, «porque esta caridad es don del Corazón de Jesús y de su Espíritu, quien ciertamente es Espíritu del Padre y del Hijo» (335).

Obsérvese bien como se propone aquí la procesión del Espíritu Santo en el doble inciso de la última frase: «Espíritu del Corazón de Jesús y Espíritu del Hijo». Luego el Corazón de Jesús es equivalente del Hijo, y vale por la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Tan singular manera de expresarse se repite todavía: «Esta divina caridad es don preciosísimo del Corazón de Cristo y de su Espíritu» (335). «Y así, rebosando el Corazón de Cristo de amor divino y humano es, sin duda, la fuente perenne de la caridad, que su Espíritu derrama en todos los miembros de su cuerpo místico» (336). Y prosigue la encíclica: «Así, pues, el Corazón de nuestro Salvador presenta en cierta manera la imagen de la divina Persona del Verbo» (336). A la verdad, si el Corazón de Jesús se toma a las veces por la segunda

⁸³ Io. 14, 6.

⁸⁴ Col. 2, 3.

Persona de la Trinidad, es lógico que la imagen simbólica que lo sensibiliza en cierta manera también la represente.

El Corazón del Verbo Encarnado.

63. La encíclica insiste en llamar el Corazón de Cristo «Corazón del Verbo Encarnado» (327, 335), «Corazón de una Persona divina, esto es, del Verbo Encarnado» (344); más aun, hace resaltar el fundamento dogmático de tales atribuciones, que está en la unión hipostática de la humanidad de Jesucristo, y por lo mismo de cada una de sus partes con la Persona del Verbo:

«En este punto doctrinal, tan importante como delicado, es necesario tener siempre presente que la verdad del símbolo natural con que el Corazón físico de Jesús se refiere a la Persona del Verbo, descansa toda en la verdad primaria de la unión hipostática» (344).

Lo mismo hemos visto que hacía, al proponer el primer motivo para tributar culto de latría al Corazón del Redentor, el cual se funda en que su Corazón, como parte nobilísima de la naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo Divino» (316) (n. 55). Y de paso todavía lo recuerda: «El Corazón de Jesús, unido hipostáticamente a la Divina Persona del Verbo» (324).

De este principio fundamental, tan inculcado por la encíclica, saca ella consecuencias importantísimas en orden a la práctica del culto.

«Asentada esta verdad fundamental, se comprende que el Corazón de Jesús sea el Corazón de una Persona Divina, a saber, del Verbo Encarnado, y así representa y pone casi ante los ojos todo el amor con que nos ha querido y nos quiere aún. Por esta razón es tan importante el culto del Sacratísimo Corazón, hasta ser considerado, en cuanto a la práctica y ejercicio, como la más perfecta profesión de la religión cristiana. Porque es ésta la religión de Jesús» (344) (n. 2).

Sigue el fragmento comentado antes, que no se puede llegar al Corazón de Dios sino por el Corazón de Cristo, camino, verdad y vida (n. 61), y continúa: Siendo esto así, fácilmente deducimos que el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús es, por la misma naturaleza de las cosas, el culto del amor con que Dios nos amó por medio de Jesús, y al mismo tiempo el ejercicio de nuestro amor, que nos lleva a Dios y a los hombres» (345).

Y a continuación se insinúan los tres grados en la práctica de este culto, extendido al servicio, que antes distinguimos y declaramos, recogiendo y ordenando las indicaciones del texto (nn. 19, 20). A la devoción a la Persona del Corazón de Jesús corresponde cuanto incluimos en el grado segundo, y no repetimos aquí.

CONCLUSION

Armonía de devociones.

64. En suma, la devoción al Corazón de Jesús, con la práctica asidua y fervorosa de sus dos grados progresivos de culto particular al Corazón y de devoción o vida de entrega a la Persona de Jesucristo amante, prácticamente armonizados con mutuo provecho (n. 18), la cual da por resultado el cumplimiento perfecto y por amor del gran mandamiento del amor de Dios y del prójimo⁸⁵, nos lleva derechamente a Dios por el Corazón de Jesús, y por medio de Él de manera perfecta tributamos a la Trinidad Augusta y al Verbo Encarnado el retorno de amor por la obra de nuestra redención, que constituye el principal deber de la religión cristiana (n. 54).

La devoción al Corazón de Jesús así entendida, de conformidad con la encíclica de Pío XII, es la devoción fundamental de nuestra religión, en que pueden y deben armonizarse las demás devociones. Porque el Corazón de Jesús, si del culto particular al Corazón subimos a la devoción de la Persona, no es otro que Jesucristo del evangelio, que convive entre nosotros oculto bajo las especies sacramentales y reina glorioso en el cielo, pero considerado integralmente, en su actuación múltiple y en los móviles que la rigen, hasta la última raíz de toda su actividad, los tres amores divino, espiritual y sensible, a Dios y a los hombres, que vibran al unísono en su Corazón divino y humano.

Tal manera de concebir a Jesucristo, divulgada por la devoción a su Corazón adorable, da nuevo realce a la devoción a la sagrada pasión y a la Eucaristía, haciendo ver en ellas otras tantas generosas manifestaciones de la inconmensurable caridad divina y humana del Verbo Encarnado. Así la devoción al Corazón de Jesús, extendida y propagada, lejos de oponerse a las devociones tradicionales en la Iglesia, para venerar al Divino Redentor, las fomentara y promoverá más y más. Porque «podemos afirmar, dice Pío XII en su encíclica, que nadie sentirá jamás debidamente de Jesucristo crucificado,

⁸⁵ Mc. 12, 30 31; Mt. 22, 37 39.

sino se le descubren las místicas interioridades de su Corazón, ni será fácil entender el ímpetu amoroso que impulso a Cristo a dársenos a sí mismo por alimento espiritual, sino es fomentando particularmente la devoción al Corazón eucarístico de Jesús, la cual — para valernos, prosigue Pío XII, de las palabras de nuestro predecesor, de feliz memoria, León XIII—, nos recuerda «aquel acto de amor sumo con que nuestro Redentor, derramando todas las riquezas de su Corazón, a fin de permanecer con nosotros hasta la consumación de los siglos, instituyó el adorable Sacramento de la Eucaristía»⁸⁶. A la verdad «no es pequeña partecita de su Corazón la Eucaristía, como dada a nosotros con caridad tan grande de su Corazón»⁸⁷ (351).

APÉNDICE

CONTROVERSIAS RECIENTES

65. No siendo precisamente el intento de la encíclica de Pío XII proponer la doctrina del objeto del culto al Sagrado Corazón, no basta recurrir a ella, como indicamos al principio (n. 1), para resolver definitivamente las recientes controversias o cuestiones acerca de tal objeto; más aún, por su tema fundamental y manera de tratarlo con su particular estilo (n. 1), que se presta

⁸⁶ «Litt. Apost. quibus Archisodalitas a Corde Eucharistico Iesu ad S. Ioachim de Urbe erigitur», 17 febrero 1901. «Acta Leonis», t. 22 (1903) 116.

⁸⁷ S. ALBERTO MAGNO, *De Eucharistia*, dist. 6 tr. 1 c. 1. Opera omnia (Borgnet, París 1890), t. 38 353, Pío XII en el radiomensaje al segundo Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador, celebrado en Quito (19 junio 1949), insistió en la armonía íntima entre la devoción a la Eucaristía y el culto del Sagrado Corazón:

«Pero hay... otra coincidencia que, por lo mucho que nos satisface, no querríamos pasar en silencio. Nos referimos a la feliz unión, en un solo homenaje, del Santísimo Sacramento del Altar y del Corazón Sacratísimo de Jesús.

Ni por su objeto, ni por su motivo, ni por su fin o por su origen podrían confundirse estas salvadoras devociones. Pero, en cambio, ¡cuántas felices coincidencias!

Ambas se ponen ante los ojos un mismo Señor, infinitamente amante; la una, honrando su amor bajo el símbolo natural de su Corazón; la otra, adorando aquel Cuerpo y aquella Sangre, en donde este amor se nos da enteramente. Ambas gozan del privilegio de hacer vibrar las fibras más sensibles del alma humana, de exaltar los mismos sentimientos, partiendo, como parten, de una misma e idéntica caridad.

¡Amad al Corazón Sacratísimo de Jesús, y os sentiréis movidos necesariamente a buscarlo donde está, que es en la Eucaristía! ¡Postraos ante el Dios de los tabernáculos y os sentiréis forzosamente heridos por aquellos dardos que os arrastrarán al Corazón divino para restituirle amor por amor!

¿Hubo acaso algún enamorado del Corazón Sacratísimo, que no lo fuera de la Eucaristía? O mejor dicho, ¿no fue precisamente en el Sacramento del Altar, donde encendieron sus ansias y saciaron sus anhelos todos los apóstoles del Corazón Divino? AAS 41 (1949) 331.

a interpretaciones, no solo diferentes, sino opuestas, prevemos que no producirá de momento la deseada uniformidad en la exposición del objeto del culto. Quizás en algunos puntos de pie a que la divergencia de pareceres aumente, apoyándose unos y otros en la misma encíclica diversamente interpretada. Pero en otros por la claridad con que propone la solución, v. gr., el amor divino objeto directo del culto (nn. 5254), quedará dicha la última palabra.

Origen de las controversias.

Las recientes controversias, que las más de las veces no son sino nuevos puntos de vista y estudio, se han suscitado en gran parte por reacción contra la crisis por la que la devoción al Corazón de Jesús pasa en algunas regiones. Tal reacción se ha manifestado en Congresos y publicaciones en serie o individuales⁸⁸, después de la guerra mundial, en que se han indagado las

⁸⁸ Los congresos celebrados en la postguerra son por orden cronológico los siguientes:

a) Congreso nacional del Apostolado de la Oración en París (14-17 de junio de 1945), sobre el tema general «el Sagrado Corazón y la doctrina del Cuerpo Místico». Las memorias se editaron con éste título en 1946 (Apost. de la Prière, Toulouse-París). Hizo un resumen de los trabajos en el mismo congreso el P. Brouillard. S. I. Una larga recensión de la parte teológica por el P. J. Jacques, S. C. I. *Culte et théologie du Sacré Coeur* se publicó en «L'Année théologique», fasc. II-III. 1947. Cf. J. N. ZORE, S. I. *Recentiorum quaestionum de cultu SS. Cordis Iesu conspectus*, «Gregorianum» 38 (1956) 105 106 109 110.

b) Congreso de PP. Jesuitas en Suiza (Bad Schönbrunn) (1951), de carácter científico y práctico, sobre los fundamentos escriturísticos de la devoción y su desarrollo desde la época de los padres de la Iglesia hasta nuestros días, con la indicación de algunas tesis relacionadas con ella. Los trabajos se publicaron en el libro *Cor Salvatoris* (Herder 1954, 2.^a ed. 1956). Cf. ZORÈ, o. c. 110-113.

c) Congreso de espiritualidad eudista en París (1954). Trata de la devoción al Corazón de Jesús según la doctrina y apostolado de San Eudes. Sus trabajos vieron la luz pública en el libro *Le Coeur du Seigneur* (París 1955). Cf. ZORÈ, o. c. 117 118.

d) Congreso privado de Directores jesuitas del Apostolado de la Oración en Roma (septiembre de 1948). a quienes Pío XII tuvo una alocución publicada en AAS 40 (1948) 500 s. Se reconoció la urgencia de un estudio teológico a fondo de la devoción. A ello obedece la fundación de la «Coetus Scriptorum S. I. de Sacro Corde» en España (1954).

e) Congreso de Tilburg (Holanda) promovido por los M. S. C. (junio 1955), para estudiar la crisis de la devoción y proponer remedios. Se tocaron algunos temas doctrinales sobre la devoción. Una breve idea de las sesiones la dio al clero de París el mismo secretario del Congreso P. P. VAN GELOVEN, M. S. C. en abril de 1956. Puede verse traducida al español en «Cristiandad» (1956) 244-247.

causas de la crisis, y propuesto y ensayado remedios. Las causas se han hallado en la indiferencia de los fieles, que miran esta devoción como una de tantas devocioncillas dejadas al gusto de cada uno (342), en él desvió y desafecto en sectores piadosos y de acción apostólica, por no cuadrar con su mentalidad actual (312), y entre el elemento culto por insatisfacción doctrinal, porque se echa de menos un fondo teológico coherente, y bien fundado en la escritura y la tradición, respecto de la naturaleza del culto al Corazón de Jesús, que acabe con la desorientación entre los teólogos, los cuales no entienden lo mismo por este Corazón y, en consecuencia, exponen de manera diferente su culto. Para subvenir a esta última necesidad se han estudiado los problemas doctrinales relacionados con la devoción al Corazón de Jesús. Aquí interesan tan solo los que tocan al objeto del culto.

Pero antes quisiéramos llamar la atención sobre cierta mentalidad, extendida en amplios sectores, sobre el Corazón y su simbolismo, embebida en la misma terminología con que se proponía generalmente, hasta hace poco, la doctrina de la devoción al Corazón Divino (n. 22), mentalidad que se trasluce en los comentarios de la misma encíclica de Pío XII, tergiversando el verdadero sentido de sus frases y aún matizando la traducción de los textos. Por los prejuicios en que está fundada es un obstáculo al estudio objetivo de los nuevos problemas en torno del culto del Sagrado Corazón. Y porque su origen esta en un enfoque descentrado del problema del objeto del culto, que se infiltra todavía en los estudios actuales, creemos de utilidad empezar por aquí la recensión de las cuestiones actuales acerca del culto al Corazón de Jesús.

La imagen simbólica.

66. A la necesidad de dar representación sensible al objeto del culto, cuando es espiritual e invisible, como el Corazón afectivo de Jesús, satisficieron las revelaciones a Santa Margarita con la imagen simbólica, compuesta de la

Un número monográfico publicó en 1950 «Études carmélitaines», con el título *Le Coeur*, en que se trata histórica y filosóficamente de la palabra y del objeto (nota 27). A. DÉRUMEAUX con su artículo *Crise ou évolution dans la dévotion des jeunes pour le Sacré Coeur*, al presentar la mentalidad de la juventud francesa con testimonios de los mismos jóvenes o sus dirigentes, dió gran impulso al movimiento de reacción. Cf. ZORÈ, o. c. 106. Otro número dedicó «La Vie spirituelle» en junio de 1952 al estudio de temas teológicos sobre la devoción al Corazón de Jesús. Cf. ZORÈ, o. c. 116.

Un recuento de las obras y artículos de carácter más o menos doctrinal aparecidos en el ultimo decenio, con una indicación de su contenido, puede verse en el artículo de ZORÈ. La lista se podría completar, v. gr.

CALVERAS, J., *El simbolismo en el Corazón de Jesús como objeto de culto*, «Manresa», 22 (1950) 9-40.

CALVERAS, J., *La afectividad y el corazón según Santo Tomás* (Barcelona 1951).

figura del corazón de carne con los rasgos simbólicos de cruz, corona, etcétera (nn. 2628), la cual forma, con el Corazón afectivo, como un todo en un solo objeto de culto, y puede presentarse por el mismo Corazón (n. 29). Según advertimos al tratar este punto, cuando Jesucristo, descubriendo su Corazón a Santa Margarita, le dijo: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres», mientras le presentaba la figura de un corazón estilizado, le hablaba de su Corazón afectivo, con el que verdaderamente nos ha amado, no del corazón de carne exclusivamente (n. 29).

Interpretaciones varias.

67. Quien prescindiendo de la interposición de la imagen simbólica, quiera ver en el corazón presentado por Jesucristo a la Santa el mismo corazón físico del Salvador, su corazón de carne, con el prejuicio además de tomarlo separadamente, sin relación con la voluntad y el apetito sensitivo para formar el corazón afectivo, en las palabras que el Señor le dirigió habrá de ver propuestas a la veneración, como relacionadas entre si, dos cosas, a saber, el corazón físico y el amor que Jesús refiere expresamente al corazón presentado: «Este corazón que tanto ha amado». ¿En que consiste tal relación? He aquí un problema, originado de la inexacta interpretación de los datos, cuya solución ha dividido a los teólogos, sin que se haya llegado todavía a una coincidencia general de pareceres.

Unos la han puesto en la causalidad, haciendo del corazón físico órgano del amor y sentimientos de Jesucristo, como su principio productivo, a lo menos parcialmente con la voluntad y la sensibilidad, como Galliffet, de que se dirá luego; otros recurren al símbolo, diciendo que el corazón físico significa el amor, como símbolo natural suyo, en cuanto con sus latidos le da resonancia, y nada dicen de su origen y sede, que es la voluntad y sensibilidad, por donde el amor de Jesucristo queda presentado a la veneración como en el aire y en abstracto, solo simbolizado y a los más delatado en el corazón de carne.

Sentido de la frase: «He aquí mi corazón»

68. A consecuencia de tal diversidad, las palabras del corazón de Jesús a su confidente han de sonar de distinta manera para unos y otros. Y no será poca su dificultad, si quieren dar una declaración lógica de todo el contexto. Lo copiaremos y ensayaremos tal declaración, con lo que aparecerá lo desviado de tales soluciones.

«Descubriéndome (mi Dios) su divino Corazón: "He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse, para atestiguarles su amor." ».⁸⁹

Según la primera solución del corazón órgano, el sentido de las palabras del Señor sería: He aquí mi corazón, que ha intervenido como principio parcial en el grande amor que he tenido a los hombres; pero semejante participación no justifica lo que a continuación se añade, que «nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse, para atestiguarles su amor». Tales palabras solo tienen aplicación a la persona de Jesús, o a su Corazón tornado en sentido afectivo, a saber, incluyendo su voluntad y sensibilidad con la vida íntima que en ellas se desarrolló, de donde derivan todas las muestras que Jesús nos ha dado de su amor en su vida y pasión y en el don perpetuo de la Eucaristía. De su voluntad nació la última muestra, que su Corazón exánime en la cruz fuese atravesado con la lanza para derramar sangre y agua, símbolos de los sacramentos, que habían de dar y conservar la vida a la Iglesia.

En la segunda solución del corazón símbolo del amor, las palabras de Jesús deberían entenderse de esta otra manera: He aquí este corazón de carne, símbolo natural del grande amor que he tenido a los hombres, cuya actuación ha acompañado siempre con el variado ritmo de sus pulsaciones. Esta participación de mera resonancia y de manifestación del amor por el simbolismo justifica mucho menos todavía, que el ser su causa parcial, la atribución al corazón de carne de las expresiones finales del Señor a su confidente.

En la concepción de Santa Margarita la interpretación de las palabras de Jesús es esta, que saca verdaderas todas sus expresiones: He aquí figurado mi Corazón afectivo (mi voluntad divina y humana y mi sensibilidad con el Corazón físico su complemento), que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse, etc. El Corazón afectivo es el que de hecho ha amado en Jesucristo con amor excesivo, origen de todas las muestras hasta los mayores sacrificios, en razón de testimoniar a los hombres su amor.

Trasposición del simbolismo.

69. Nótese que en la segunda solución ha pasado al mismo Corazón físico el simbolismo del amor de Jesús, que en las revelaciones de Santa Margarita estaba en el rasgo simbólico de las llamas de la «imagen simbólica» exterior, «en la cual hemos de venerar y meditar la

⁸⁹ CALVERAS, *Los elementos*, 654.

inmensa caridad y generoso amor de nuestro Redentor Divino, a donde tiende realmente la sustancia de esta devoción», según las palabras de Pío VI a Escipión de Ricci (n. 28). Como consecuencia de tal transposición del simbolismo, el Corazón físico, que era venerado con culto absoluto, englobado en el Corazón afectivo (n. 31); pasa a ser objeto de culto relativo convertido en mero símbolo del amor, enteramente desligado de la potencia afectiva.

Proceso histórico.

70. Interpretó bien el pensamiento de Santa Margarita el P. Croiset en su libro *La devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo*, publicado en 1691, al año siguiente de la muerte de la Santa.

En la devoción al Corazón de Jesús no es el Corazón de carne tornado precisamente como tal, lo que se venera, aunque tal culto es legítimo. El Corazón tiene un sentido más amplio y espiritual, el amor de Jesucristo, invisible, que es menester sensibilizar, y no hay cosa mejor para tal efecto que el Corazón de carne⁹⁰.

Todavía en 1735 se hacía eco de esta concepción el P. Bernardo Hoyos, distinguiendo claramente entre el Corazón real y el Corazón pintado, al dar cuenta del primer sermón del Sagrado Corazón predicado en Valladolid el día de su fiesta:

«Tomó el predicador por asunto, que el Sacramento, que hasta aquí había estado oculto en las especies y por esto olvidado, se ponía patente por la providencia en el Corazón del Salvador, del Corazón real del Salvador,

⁹⁰ «(La devoción al Sagrado Corazón) no se reduce... a amar solamente y honrar con singular culto el corazón de carne semejante al nuestro, que forma parte del adorable cuerpo de Jesucristo. No es que este corazón de carne no merezca nuestras adoraciones. Lo que se pretende es hacer ver que no se toma aquí la palabra corazón sino en sentido figurado, y que el divino Corazón, considerado como parte del cuerpo adorable de Jesucristo, no es propiamente sino el objeto sensible de esta devoción y que su principal motivo no es otro que el amor inmenso que Jesucristo nos tiene. Ahora bien, siendo este amor enteramente espiritual, no era posible hacerlo sensible. Por tanto, ha sido menester hallar un símbolo, y ¿qué símbolo más propio y natural del amor, que el corazón?»

CROISET, J., *La dévotion au Sacré Coeur de N. S. Jésus Christ* (Montreuil 1895), 1. 1 c. 1 45.

patente en su Corazón pintado. Llenóle bien, aprovechando aquel casi profético texto del Eclesiástico: "Cor suum dabit in similitudinem picturae."».⁹¹

Pero presto se desfiguró la manera primitiva de concebir el objeto del culto, primero, porque no se tuvo presente la advertencia del P. Croiset de tomar la palabra Corazón en sentido figurado, el ordinario en el lenguaje corriente y en la fraseología bíblica de ambos Testamentos (n. 21), cuando se había de la vida afectiva del hombre; y además, porque se extendió luego el prejuicio de ver solamente el Corazón material de Jesucristo, siempre que se nombra su Corazón en la devoción al Corazón Divino (n. 21). El P. Galliffet.

71. El P. Galliffet publicó en Roma en 1726 un libro sobre el culto del Sagrado Corazón⁹², que junto con unos «Excerpta» del mismo presento en 1727 a la Sagrada Congregación de Ritos como postulador de la causa para la concesión de oficio y misa del Corazón de Jesús. El promotor de la fe, Prospero Lambertini, después Benedicto XIV, entre otras dificultades contra tal concesión, presentó la que fue definitiva para que la causa se difiriera. «Añadí de viva voz, escribe siendo Papa, que los postuladores ponían como verdad adquirida, que el Corazón es, como se dice, el coprincipio sensible de todas las virtudes y afectos, y como el centro de todos los gozos y penas íntimos; pero que había aquí un problema filosófico, "pues los filósofos modernos colocan el amor, el odio y los otros afectos del alma, no en el Corazón, como en su asiento, sino en el cerebro»⁹³. Rozándose aquí opiniones discutidas, sobre un tema en que la Iglesia no se había pronunciado, no procedía conceder la petición. La Sagrada Congregación contestó el 12 de julio de 1727 con la frase evasiva «Non proposita». Habiendo insistido los postuladores, vino la respuesta negativa el 30 de julio de 1729⁹⁴. El desviarse tan pronto de la concepción de Santa Margarita para buscar caminos nuevos,¹ llevo al fracaso.

A las nuevas y poderosas instancias presentadas en Roma desde 1762, introducida de nuevo la causa, la Sagrada Congregación publicó por fin la suspirada concesión de oficio y misa del Corazón Divino el 26 de enero de 1765, con esta declaración, que cita en resumen Pío XII en la encíclica (341) (n. 51): «Entendiendo que, con la celebración de la misa y oficio que se pide, no se hace más que ampliar el culto ya instituido; y renovar simbólicamente la

⁹¹ Eccli. 38, 28. CALVERAS, *Los elementos*, 776 s.

⁹² GALLIFFET, J. DE, *De cultu SS. Cordis Dei et Domini Iesu Christi universis christiani orbis provinciis iam propagato* (Roma 1726).

⁹³ *De servorum Dei beatificatione* (Prato 1831), t. 4 705. Cf. BAINVEL, J., *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús* (Barcelona 1922) 127.

⁹⁴ Cf. «Nuntius Apostolatus Orationis» (1957) 39.

memoria del divino amor con que el Unigénito Hijo de Dios tomó la naturaleza humana, y hecho obediente hasta la muerte, dijo que daba ejemplo a los hombres de ser manso y humilde de Corazón»⁹⁵.

72. De las palabras subrayadas en el texto anterior se deduce con bastante claridad, que el objeto del culto al Sagrado Corazón es el Corazón afectivo, venerado por el amor divino y humano, que mostró el Hijo de Dios encarnándose y obedeciendo hasta la muerte. La alusión al Corazón afectivo se pone en labios del mismo Hijo de Dios, que dijo que daba ejemplo de ser manso y humilde de Corazón. Su amor divino y humano demostrado de la manera ya dicha, es el tema cuya memoria se venera simbólicamente con la celebración de la misa y oficio del Sagrado Corazón. Más, ¿en qué forma se venera tal objeto por razón de tal amor? Aquí comienzan las dudas, y comenzaron las disputas entre católicos y jansenistas, y la división en el mismo campo católico, por la vaguedad e imprecisión de la frase «renovarse simbólicamente» su memoria con la celebración de la misa y el oficio.

Puede darse por averiguado que tales expresiones miran a excluir las ideas del P. Galliffet, que los promotores repitieron en sus replicas a las excepciones del promotor de la fe:

«El Corazón de Jesús se ha de considerar como el símbolo o el asiento natural de todas las virtudes y afectos de Cristo nuestro Señor, y principalmente del inmenso amor que tuvo a su Padre y a los hombres y además como el centro de todos los dolores íntimos del amantísimo Redentor, que paso durante toda su vida, pero especialmente al tiempo de la pasión, para salvación de los hombres»⁹⁶.

La práctica de Roma ha evitado en adelante las expresiones que pudiesen indicar casualidad respecto del mismo sentimiento del amor, tocando disputas científicas, tales como «principium, organum, fons, origo»⁹⁷.

Los jansenistas y sus contrarios.

73. Los jansenistas en la expresión «renovar simbólicamente la memoria del amor» vieron la exclusión del Corazón material en el objeto del culto, de manera que se venerase el amor tan solo bajo la imagen simbólica, y

⁹⁵ NILLES, *De rationibus fectorum*, I 152, CALVERAS, *Los elementos*, 573.

⁹⁶ NILLES, *Ib.* I 145, BAINVEL, *La devoción*, 83 s.

⁹⁷ Estas dos últimas las cambió por «symbolum», al aprobar el Concilio provincial de Québec en 1873, donde se leía: «Christi caritatis fontem et originem in eius corde existere» (NILLES, I 155). Cf. BAINVEL, *La devoción*, 91.

combatieron con más audacia a los devotos del Corazón Deífico, como que tributasen adoración a una criatura, al venerar el Corazón físico como símbolo del amor. La condenación del sínodo de Pistoya por Pío VI en 1794 puso de manifiesto su mala fe, pues en sus ataques suponían que los devotos daban culto de latría al Corazón de Jesús y a la misma humanidad de Cristo, prescindiendo de su unión con la divinidad⁹⁸.

Hubo al mismo tiempo escritores católicos que, admitiendo la adoración del Corazón de Jesús, contra los jansenistas, creían con el P. Croiset (n. 70), que no es la adoración del Corazón de carne como tal Corazón, enteramente legítima por otra parte, lo propio de la devoción al Corazón de Jesús, sino la veneración de su amor divino y humano bajo el símbolo de un Corazón. Tal fue Feller, combatido por el cardenal Gerdil⁹⁹. Esta opinión fue rechazada como una connivencia con los jansenistas. Y en reacción contra el sínodo de Pistoya, se insistió en el Corazón físico como objeto del culto, venerado como símbolo del amor de Jesucristo. Se miro con prevención toda ampliación a otros objetos más espirituales, que fueron designados con la expresión de Corazón metafórico, y aun se llegó a tener ojeriza a todo lo que oliera a metafórico o figurado, prevención que puede explicar la poca precisión con que a las veces el concepto de metáfora y el epíteto «metafórico» son aplicados por los tratadistas. De entonces data el criterio cerrado, que aun hoy perdura, de no conceder a la palabra Corazón más sentido que el del miembro corporal, al tratar del Corazón de Jesús. En él se inspira la nomenclatura corriente en los tratados de la devoción a los corazones de Jesús y María, con su distinción entre Corazón físico, metafórico y simbólico (n. 22).

Últimas desviaciones.

74. Las últimas consecuencias desviadas de esta ideología se sacaron a principios del siglo actual, al querer medir la extensión del objeto simbolizado, por la capacidad significativa del Corazón constituido en símbolo. Se olvidó que a la imagen simbólica se había acudido para sensibilizar el Corazón afectivo, e invertidos los papeles, por la imagen se quería medir ahora la cosa representada. Partiendo de que el Corazón es símbolo real y natural de solo el amor humano, especialmente del sensible, porque los latidos, fundamento de tal simbolismo, solo responden a la conmoción de los sentimientos sensibles, sea ella directa, sea por concomitancia a los espirituales, se defendió que solo el amor humano de Jesucristo constituía el objeto del culto al Corazón de Jesús. El amor divino del Salvador solo entraba en la devoción al Corazón

⁹⁸ DENZINGER, *Enchiridion symbolorum* (1948) 1561 1563.

⁹⁹ BAINVEL, *La devoción*, 131; MARTORELL, A., y CASTELLÁ, J., *Theses de cultu Sacratissimi Cordis Iesu* (Barcelona 1880), 70.

Divino, en cuanto que Jesucristo es termino, como la persona, del culto tributado a su Corazón, y en la persona de Jesucristo esta el amor divino con que nos ha amado (n. 53).

Reacción actual.

75. En los últimos lustros se ha iniciado una vuelta a considerar el Corazón afectivo como parte principal del culto al Sagrado Corazón. Ha contribuido a ello, por una parte, el estudio teológico de la devoción para contrarrestar a la crisis que en algunas partes atraviesa, que ha descubierto la insuficiencia del mero simbolismo para unir en un solo objeto de culto dos cosas del todo desligadas, si se prescinde del Corazón afectivo del Salvador, a saber, el Corazón físico y el amor y los demás sentimientos, máxime los espirituales. El Corazón de Jesús invocado en muchos títulos de las letanías del Sagrado Corazón, no es ni el Corazón físico, ni el amor en abstracto. Esto ha movido a varios teólogos a establecer como objeto propio del culto al Corazón de Jesús el principio original y el sujeto de toda la vida interior moral, es decir, el Corazón ético o afectivo, que comprende las potencias volitivas espirituales y sensibles, y el mismo Corazón material. Este, y mejor su representación, sirve de imagen simbólica que lo sensibilice¹⁰⁰. A tal cambio de interpretación del objeto principal del culto ha cooperado el recurso a la Sagrada Escritura, para buscar en la revelación las fuentes de la devoción al Corazón de Jesús, con el intento de revalorizarla. Constantemente en ella la palabra Corazón se toma en sentido afectivo, y en el evangelio se presenta en acción toda la vida afectiva del Salvador (n. 21).

La mentalidad moderna.

76. Por su parte la misma piedad de los fieles, especialmente entre la juventud, en el culto al Corazón de Cristo ha ido atendiendo más a su interior, a su vida íntima, que se desarrolla en su Corazón afectivo, y de aquí se ha pasado a la misma persona del Redentor en cuanto nos ama, de manera que la expresión Corazón de Jesús significa ya normalmente al mismo Jesucristo amante, el que vemos en su imagen actual, la figura de Jesús con el Corazón simbólico sobre el pecho. En consecuencia, el mismo Corazón de carne va quedando en segundo término en la práctica de la devoción, y aun en la predicación del Corazón divino, y a algunos les estorba la imagen simbólica para llegarse directamente al Salvador. En el Congreso de Tilburg (junio de 1955) alguien preconizó, para dar gusto a estos tales, suprimir en la iconografía

¹⁰⁰ Este es el parecer de LERCHER, L. : «No hay duda de que el corazón físico, y mejor su imagen presentada con la herida, cruz, espinas y llamas que salen, se toma con razón como símbolo de la caridad de Cristo», *Institutiones theologiae dogmaticae* (Barcelona 1948) III 250.

del Corazón de Jesús la imagen simbólica, colocada en el pecho, para dejar solo la herida del costado manando agua y sangre, símbolos de los sacramentos (n. 45). Dos ponentes volvieron por el valor intrínseco de la imagen simbólica, y su oportunidad aun para nuestros tiempos¹⁰¹. Pero reconocieron todos que hasta el presente en la teología y en la predicación el Corazón de carne ha sido considerado en si mismo de una manera exclusiva¹⁰². Poco se ha atendido a lo que el Corazón físico ha participado en la vida, pasión y gloria del Redentor, contentándose con ver en el un símbolo del amor, porque su resonancia se experimenta en los latidos, y casi no se acude al presente al campo científico para aprovechar sus progresos en la explicación del papel que le corresponde en la vida afectiva¹⁰³, si ya no se rehúsan sus aportaciones.

Posición de la encíclica «Haurietis aquas».

77. ¿Qué posición toma la encíclica «Haurietis aquas» ante estas dos concepciones antitéticas? De toda la exposición del presente estudio consta bastante, que sigue la primitiva presentación de la devoción en los escritos de Santa Margarita, empezando por reconocer la imagen simbólica distinta del Corazón físico, defendiendo, además, su legitimidad y utilidad, y poniendo en ella el nuevo fundamento para tributar el culto de latría relativo al Corazón de Jesús, por razón de ser imagen y símbolo de su inmensa caridad para con los hombres (nn. 43, 59). Al Corazón físico reserva la razón de índice, para tributar el culto de latría absolutamente al Corazón de Jesús (n. 58), razón fundada en algo más íntimo que ser este Corazón resonador de los sentimientos por el latido, en su participación activa como causa en la vida orgánica y afectiva, en razón de impulsor de la sangre y por ella distribuidor de las hormonas por todo el cuerpo (n. 58). Pero bajo este concepto entra a formar parte del Corazón afectivo, como órgano complementario del apetito sensitivo (nn. 41, 42).

¹⁰¹ *El congreso de Tilburg «Cristiandad»* (1956) 245 248.

¹⁰² *Ib.* 245.

¹⁰³ Los nuevos descubrimientos de la fisiología en la vida orgánica y afectiva, mediante la actuación del sistema nervioso autónomo, y de la endocrinología en el juego de las hormonas para excitar los nervios y músculos en la reacción orgánica de las emociones, y el estudio a fondo del desarrollo de estas, realizado en los laboratorios de psicología, no han interesado generalmente. Excepciones hubo a fines del siglo pasado en los hermanos Jungmann y en el P. Ramière, Cf. BAINVEL, *La devoción*, 129 s. y CALVERAS, *La afectividad y el corazón según Santo Tomás*, 181 s. En este trabajo hicimos notar la gran intuición del Doctor Angélico, al señalar los tres objetivos de la reacción orgánica, de que hablamos antes (n. 42), y como su explicación psicofisiológica del proceso emotivo, cambiando los espíritus por las hormonas encuadra bien con los conocimientos actuales de la ciencia. *La afectividad*, 96-114.

Al insistir la encíclica en el rasgo simbólico de la herida recibida en, la cruz, desaprueba la tendencia a prescindir por completo de la imagen simbólica en el pecho de las imágenes del Sagrado Corazón, y diríamos también a los que, admitiendo la imagen exterior del Corazón, la desnaturalizan, viendo en ella tan solo la reproducción del Corazón oculto en el pecho, que actualmente no está herido físicamente (337) (n. 44), y no la representación del Corazón afectivo en todo su complejo (n. 45).

A este se refiere de ordinario la encíclica, cuando habla del Corazón Sacratísimo de Jesús o del Divino Redentor como objeto completo del culto (nn. 33, 60). Se detiene en describir sus componentes, sus actos y la concordia que reina en toda su actuación con otras notas de su psicología, pondera sus virtudes, excelencias y prerrogativas, y los tesoros y dones que "de él nos provienen, y aun recorre toda la vida mortal y gloriosa del Salvador bajo el aspecto de las repercusiones afectivas de su Corazón ante la variedad de las circunstancias (nn. 3539, 4649). Todo este magnífico cuerpo doctrinal queda sin sujeto real que lo encarne, en la otra concepción simplista de solo el corazón de carne, por un lado, y por otro, los tres amores en abstracto, sin sujeto donde radiquen, con solo el enlace del simbolismo.

78. En la encíclica la palabra corazón se toma con toda la amplitud que tiene en el lenguaje corriente y escriturístico, aun referido al Corazón de Jesús (n. 34); más aun, entiende con ella la persona del Salvador (nn. 34, 61). Y la misma expresión «corazón físico» sobrepasa el significado del puro corazón de carne, hasta entenderse por el mismo apetito sensitivo (n. 41). Pero ello no se descubre sino a través de un estudio detenido del texto. La sola lectura de la encíclica, máxime en una traducción matizada conforme al prejuicio antiguo de no ver en el Corazón de Jesús sino el corazón de carne como símbolo del amor, no logrará forzar el criterio cerrado de no ver en la palabra corazón más que el corazón físico, hasta desterrar la nomenclatura impropia de corazón metafórico aplicada a todo lo que en este no se incluya. Y podrá muy bien ser, casos hemos visto ya, que la insistencia repetida de la encíclica en la legitimidad del simbolismo del corazón respecto del triple amor de Jesucristo, se interprete como la confirmación definitiva de semejante desviada concepción e impropia nomenclatura.

Por fin, la encíclica parece tomar un tono dogmático, conforme advertimos antes (nn. 52, 53), al incluir el amor divino como objeto directo en el culto al Sagrado Corazón. Desaprueba expresamente la razón fundamental de la opinión contraria, a saber, la mera coexistencia del amor divino y el amor humano en la Persona del Verbo Encarnado (344), y hace hincapié en las

estrechísimas relaciones de armonía y concordia que reinan entre ellos en el alma del Salvador (n. 45).

Culto o devoción.

79. Pero aun dentro de la concepción primitiva que late en el fondo de la encíclica, hay puntos más concretos de estudio que necesitan ulterior resolución.

La devoción al Corazón Divino, ¿es una devoción o un culto? Algunos autores recientes han tocado esta cuestión, entendiendo por devoción una devoción, esto es, una práctica piadosa de supererogación, dejada al gusto espiritual de cada fiel, y tomando el culto por algo más serio, una práctica organizada y propuesta oficialmente por la Iglesia¹⁰⁴. De que la devoción al Corazón de Jesús sea esto segundo no se puede dudar después de los documentos públicos de León XIII, Pío XI y Pío XII, que recuerda la presente encíclica en la introducción (313, 314), a la vez que hace suyas las aprobaciones pontificias anteriores, al indicar la historia del culto (340, 341). En la parte parentética final declara expresamente, que «no se trata de una práctica piadosa ordinaria, que cada cual pueda a su gusto posponer a las demás y tenerla en menos, sino de un religioso homenaje sumamente apto para conseguir la perfección» (346). Para evidenciarlo, recurre al concepto clásico de devoción, según el Angélico, «la voluntad de entregarse prontamente a cuanto pertenece al servicio de Dios»¹⁰⁵ (346).

Entendida así la devoción, el tema cobra un alcance mucho mayor, el examen de las partes o grados que componen la devoción al Corazón Divino, y constituyen su mismo objeto. Lo tocamos largamente en el cuerpo de nuestro estudio. Aquí indicaremos las discusiones que ha suscitado. La devoción completa abraza el culto y el servicio. El culto puede tributarse al Corazón de Jesús como parte principalísima de su naturaleza, el servicio solo puede prestarse a la misma persona divina del Salvador, aunque puede referirse como acto de honor al corazón, como testimonio de que se presta por amor (n. 17). Hay, pues, dos partes o grados en la devoción completa al Sagrado Corazón (nn. 9, 13, 15, 19), que pueden armonizarse prácticamente, con mutuo provecho (n. 18), y ha de superarlos la meta final de la perfecta caridad, en la cual el culto particular al Corazón de Jesús y la plena y entera voluntad de entrega y consagración al amor del Divino Redentor (311)

¹⁰⁴ Cf. GALTIER, S. L., *Le Sacré Coeur* (Cathedra Petri) (1936), prefacio; AGOSTINI, E., S. C. I., *Il Cuore di Gesù* (Bologna 1950) 3-8. JACQUES, J., S. C. I., en el artículo *Culte et théologie du Sacré Coeur*, «L'Année théologique» (1947) 274.

¹⁰⁵ *Summa theol.* 2-2 82 1.

suban del plano de la virtud de la religión a la región superior de la caridad perfecta (311) (nn. 11, 14, 19, 20).

Por no haber sabido ver con claridad estos dos grados de la devoción al Corazón de Jesús y los dos objetos correspondientes al culto y al servicio, han surgido divergencias recientes sobre el objeto de la devoción o culto al Corazón de Jesús, sin que se precisen bien estos conceptos; unos lo cifran en el culto particular al mismo Corazón, que solo por extensión alcanza a la Persona de Jesucristo, mientras quieren verlo otros en la devoción generosa a la Persona del Redentor en cuanto amante, en cuanto tiene corazón, pero dispensándose cada vez más del paso por su Corazón al dirigirse a Jesucristo. Todos reconocen que la devoción completa al Corazón de Jesús abraza ambos extremos, pero no aciertan con la fórmula de reducir a un concepto único dos realidades distintas y paralelas, el culto y el servicio, con sus objetos propios, dentro del campo de la devoción al Corazón Divino (n. 13)¹⁰⁶. La encíclica admite ambas realidades, sin entablar distinción manifiesta, ni ensayar un concepto unívoco. Las entiende comprendidas en la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús (nn. 19, 20, 6163), y reconoce que la imagen simbólica puede representar la Persona del Verbo Encarnado, además del Corazón afectivo (336) (nn. 43, 61).

Relación con la reparación.

80. Si en el objeto directo de la devoción entra la Persona como término inmediato del servicio, pertenece también a esta devoción la reparación general por todos los pecados de la humanidad, en cuanto todos ellos dicen

¹⁰⁶ El P. BILLOT, S. I., resume así su pensamiento: «Id ad quod dirigitur adoratio, non est cor cum praecisione a divina hypostasi, sed est ipsa Incarnati Verbi persona, considerata in corde suo, necnon in omnibus turn ad divinitatem turn ad humanitatem pertinentibus, quae in eodem corde symbolizantur». *De verbo Incarnato*, ed. 8 rom., 343. El corazón es símbolo de la Persona amante, con todo lo que le corresponde, según el P. JACQUES en el art. *Culte et théologie*, citado en la nota 105 (282), y el P. AGOSTINI, en su libro *Il cuore di Gesù*, quien resume su pensamiento así: El Corazón de Jesús es Jesús considerado según su Corazón. Donde no se da el corazón, no hay culto del Corazón de Jesús. Con todo Corazón de Jesús y Jesús «non convertuntur simpliciter». El Sagrado Corazón es siempre Jesús, pero Jesús no es siempre el Sagrado Corazón. En esta explicación no hay que distinguir más entre elementos que entran en el objeto venerado «exercite, mediate, indirecte, improprie», ni es menester recurrir al objeto «per extensionem» (Franzelin, Bainvel, Diekamp), para comprender toda la vida interior de Cristo, significada por el símbolo del corazón, ni se distinguen elementos primarios y secundarios del culto, ya que en el Verbo Encarnado no se puede decir que algo se venera secundariamente (73-152). Cf. ZORÈ, o. c. 113-115.

relación con la Persona del Redentor, malbaratando el fruto de la redención¹⁰⁷. Al culto particular del Corazón dicen relación más directa, aunque vaya también y primeramente al mismo Jesucristo, la reparación particular por las irreverencias e ingratitud en la Eucaristía, y por las penas de la pasión.

El amor de las Personas Divinas.

81. Que la caridad infinita de la Trinidad Augusta sea objeto directo del culto al Corazón de Jesús es otro tema de estudio. La encíclica lo da por averiguado, como cosa fundamental en el concepto amplísimo de la devoción al Corazón Deífico, que propone y declara (n. 54). Si por tal caridad se ha de entender el amor substancial de la divinidad o el nocional, el amor espirado por el Padre y el Hijo, y que relación tiene el amor espirado o el Espíritu Santo con la devoción y culto del Sagrado Corazón, son puntos que merecen más estudio¹⁰⁸. La encíclica solo aporta estos textos: «El Corazón del Verbo Encarnado es símbolo del divino amor que comunica con el Padre y el Espíritu Santo, y que solo en El, como Verbo Encarnado, se manifiesta a nosotros por medio del caduco y frágil cuerpo humano» (327) (n. 53), «El Corazón de Cristo palpité también con el amor y las demás conmociones afectivas con entera concordia con el mismo infinito amor que el Hijo comunica

¹⁰⁷ Cf. Hebr. 6, 6.

¹⁰⁸ Los ha tratado el P. JACQUES, en el artículo ya citado. El amor del Verbo es por su naturaleza idéntico con el amor del Padre y del Espíritu Santo, pero el culto no se dirige a la naturaleza divina, sino a la Persona del Verbo Encarnado, que posee el amor divino también personalmente, de modo relativo propio del Verbo, que nos redimió con su amor divino y humano. *Culte et théologie*, 282. En otro art. *Cor lesu et Sancta Trinitas* habla de cómo el Corazón de Jesús nos introduce en el mismo misterio de la Santísima Trinidad y nos revela la vida interna de este inefable misterio «La Vie Spirituelle» (1952) 590-600. Cf. ZORÈ, o. c. 116. El P. FELIPE DE LA TRINIDAD, O. C. D., en el art. *Du Coeur du Christ à l'Esprit d'Amour*, habla de las relaciones del Sagrado Corazón con el Espíritu Santo. El Verbo de Dios es fuente del Amor, de Él procede el Espíritu de Amor. Esta es la clave del culto al Sagrado Corazón. Este culto es teológico. Es el culto de la Trinidad. «Jesús nos ama como Verbo divino con el ímpetu con que espira el Amor en unión con el Padre; y Él mismo nos ama también como Verbo Encarnado con su voluntad humana arrastrada "entraînée" en la espiración del Espíritu Santo», «Études carmélitaines» (1950) *Le Coeur*, 385 388. Cf. ZORÈ, o. c. 114, y el comentario que hace a las últimas frases, la voluntad humana de Cristo es movida por la caridad divina. La espiración en la divinidad es acto nocional increado, propio del Padre y del Verbo, que se termina en el Espíritu Santo. El Verbo Encarnado espira junto con el Padre el Espíritu Santo, pero como Verbo, no en cuanto unido con la naturaleza humana, de modo que Cristo como hombre no es ni Spirans ni Spirator, sino solo partícipe del Amor espirante y del Amor espirado, como las almas de los justos, ciertamente de una manera supereminente e inefable, pero siempre finita. Ib. 114.

con el Padre y con el Espíritu Santo» (324) (n. 50). Más aún, el Espíritu Santo es llamado Espíritu del Corazón de Jesús, después de recordar que el Espíritu Paráclito, «siendo como es el amor mutuo personal, a saber, del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, es enviado por ambos» (335) (n. 61). Tal amor mutuo personal del Padre al Hijo y del Hijo al Padre es distinto manifiestamente del amor infinito substancial, que el Hijo comunica con el Padre y el Espíritu Santo.